
EL JARDÍN
DE
LOS ESPEJOS
Helen Flix
HF books

El Jardín de los Espejos

Helen Flix



El Jardín de los Espejos

Helen Flix

Primera edición Marzo del 2026
© Helen Flix 2026
Maquetación: Luís Gascó
Portada: Helen Flix
Editor: HF Books
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este obra, solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Deseo expresar mi gratitud a la Asociación Psicoanalítica Freudiana de Viena, por su labor rigurosa y constante al servicio del psicoanálisis. A la doctora Jean Shinoda Bolen, de quien he aprendido una forma más profunda y simbólica de mirar el alma humana.

Gracias a Merce Sorribas, lectora cero, por su mirada sincera, curiosa e incisiva. Y a Luis, no solo por su apoyo técnico, sino por la paciencia de escuchar cada capítulo, dialogarlo conmigo y sostenerme cuando aparecían la duda o el cansancio.

Por último, mi agradecimiento más hondo a mis lectores, por su compañía fiel y por el deseo compartido de seguir caminando juntos a través de las historias que aún están por venir.

Prólogo

Este libro propone un recorrido inspirado en la psicología compleja de Carl Gustav Jung, el proceso de *individuación*, entendido como el camino mediante el cual una persona se aproxima a su verdad interior.

El jardín de los espejos articula ese trayecto a través de una narración simbólica en la que la memoria, los vínculos, el cuerpo y el inconsciente dialogan en un espacio donde el tiempo deja de ser lineal. Los escenarios y los objetos no funcionan como decorado, sino como manifestaciones de procesos psíquicos en transformación.

La novela no ofrece respuestas ni modelos a imitar. Acompaña un movimiento, el repliegue hacia lo interior, el reconocimiento de las partes escindidas y la lenta integración de la experiencia vivida. En este sentido, la lectura no busca comprensión intelectual inmediata, sino resonancia.

Este prólogo no pretende guiar la interpretación, sino ofrecer una clave de entrada.

Cada lector recorrerá este jardín desde su propio momento vital y encontrará en los espejos aquello que esté preparado para mirar.

Luis Gascó Roig

Humanista

En las últimas páginas del libro hay un glosario de los protagonistas

Nota de la autora

Escribir «*El jardín de los espejos*» ha sido un acto de escucha prolongada.

No nació de la urgencia de contar una historia, sino de la necesidad de comprender un proceso que nos ocurre a todos en algún momento de la vida, cuando lo que hemos sido deja de sostener lo que somos.

Mientras lo escribía, entendí que este libro no buscaba explicar, sino acompañar. Cada escena, cada símbolo y cada silencio surgieron desde un lugar de respeto hacia aquello que no es una revelación instantánea. La historia de Clara se fue construyendo al mismo ritmo que ciertas preguntas personales encontraban espacio para ser revisadas lentamente.

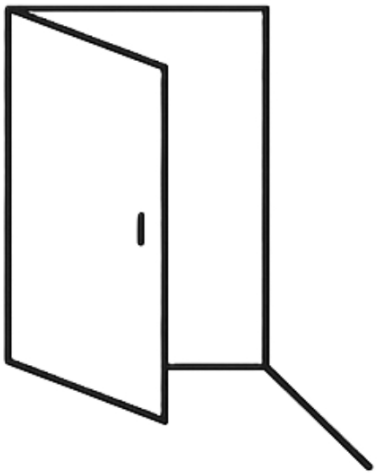
Este no es un libro para leer de manera distraída. Es una invitación a detenerse, a tolerar la incomodidad de no entenderlo todo y a reconocer que algunos procesos solo se integran cuando se viven.

Si algo deseo como autora es que este libro llegue a quienes estén preparados para mirarse con honestidad.

Y… que, al cerrarlo, no se lleven una respuesta, sino una sensación de coherencia interior.

Gracias por acompañar este recorrido.

Helen Flix



ACTO I

LA PUERTA ABIERTA

El viaje consciente, la búsqueda académica y el despertar interior.

Toda travesía comienza con una pregunta.

A veces, la más pequeña abre la grieta por donde entra la luz.

Clara llega a Viena convencida de que persigue respuestas históricas, cartas, fechas, retratos, documentos que expliquen a una emperatriz. Pero lo que aguarda tras los archivos es una voz más antigua que los registros, una memoria que no pertenece solo al pasado.

En los salones del Hofburg, el brillo imperial no oculta la fisura por donde se filtra el misterio. Cada carta, cada vestido preservado en penumbra, cada anotación marginal parece observarla a ella, como si la investigación se hubiera vuelto un espejo.

La razón empieza a transformarse en intuición. El conocimiento se vuelve emoción. Y, sin darse cuenta, Clara cruza el primer umbral.

Viena enciende la pregunta. Pero será el castillo de Rosenklang quien sostenga la respuesta.

Aún no lo sabe, pero el espejo la ha reconocido. El viaje académico apenas disfraza un rito de iniciación.

La puerta está abierta.
Y… el alma, dispuesta a entrar.

CAPÍTULO 1

Viena

Desarraigo/propósito racional

«No logramos desprendernos del pasado; los impulsos inconscientes están siempre vivos y actúan en nosotros».

Sigmund Freud

Viena la recibió con un aire húmedo y una luz casi dorada, como si el otoño quisiera ralentizar su paso por las calles antiguas. Clara caminaba despacio, arrastrando la maleta y cargando con la mochila, sintiendo el peso de algo más que libros y ropa.

Había pronunciado muchas veces el nombre de esa ciudad en su pensamiento —Viena, la cuna del psicoanálisis, el territorio donde la mente aprendió a hablar de sí misma—, pero ahora que estaba allí, ese pensamiento le parecía demasiado solemne para la textura real de las cosas, el olor a bosque, a mercados callejeros y el sonido metálico de los tranvías.

«No puedo creer que esté aquí». La frase le nació en un suspiro, entre orgullo y temor.

Tenía una habitación alquilada en un edificio antiguo, a dos calles del «Café Landtmann», donde Freud solía reunirse con sus alumnos. Su directora de tesis, la doctora Margaret Lowell, había insistido en que eligiera un lugar tranquilo, «con historia, pero sin demasiados fantasmas», había dicho riendo, hasta que se presentara en la Universidad y le adjudicaran el alojamiento en la Residencia de alumnos.

Clara sonrió al recordarlo. Sabía que Margaret la había recomendado personalmente a la universidad. No podía defraudarla.

Ese pensamiento la acompañaba como un murmullo constante, más íntimo que la voz de su propia conciencia.

Llamó al timbre de la calle; una voz de mujer le abrió la puerta, subió las escaleras anchas de mármol, que recordaban a un palacete más que a una finca de vecinos. La maleta y la mochila que llevaba cargada a la espalda le pesaron de repente. La mujer morena que le abrió la puerta de madera repujada y con adornos de bronce le habló sin esperar a sus respuestas, mientras se dirigían al cuarto que ocuparía. La dejó en el quicio de la puerta de la habitación. No entendió lo que le había dicho, pero tampoco pareció importarle a la casera.

Dejó la maleta en el suelo, la mochila en la cama, se sacó su abrigo, dejándolo en un perchero al lado de la puerta. Y desde la ventana del apartamento, vio por primera vez la ciudad con la calma de quien empieza una vida nueva.

Los tejados parecían respirar a ritmo lento; la luz del final de la tarde se filtraba por las cortinas como un velo de polvo dorado. Se sentó frente al escritorio, buscó su cuaderno y escribió una sola frase:

«La memoria no pertenece al pasado, sino a quien se atreve a mirarla».

Después, lo cerró y se quedó en silencio.

El eco de esa frase le recordó a su madre, a la mujer que siempre había creído en los signos, en los sueños, en la poesía escondida bajo lo racional. Clara había querido escapar de eso, construir una vida hecha de certezas. Y, sin embargo, algo en Viena le devolvía esa herencia como un reflejo inevitable.

Estaba allí para trabajar en su tesis doctoral: *Comprender el dolor detrás del mito. Encontrar una manera de reconciliar la belleza con la verdad.*

La verdad era que estaba materializando el sueño de su madre, una mujer que siempre huía de la realidad escondiéndose en los mitos románticos y en la belleza; soñadora, espiritual y sensible, que combatía la melancolía con música, lectura y películas clásicas.

De adolescente, Clara pensaba que su madre representaba a Sisí y su padre a Francisco José, serio, conservador, alemán emigrado de niño durante la guerra, trabajador y disciplinado, pero que adoraba a su esposa y sostenía sus excentricidades y desconexiones del mundo real.

Decidió llamar a su madre, que estaría esperando impaciente. Calculó que, en ese momento, en su casa, serían las once de la mañana.

—Hola, cariño —la voz de mamá sonó expectante.

—Ya he llegado. Estoy en la habitación; es… —buscó la palabra— indescriptible. Es historia hecha realidad.

—Me alegra mucho, hija. Lo importante es el camino, no el fin. Pase lo que pase con la tesis, ya es un éxito; estás en Viena.

—Gracias, mamá. Voy a cambiarme de ropa; aquí ya hace frío. Ha sido un viaje largo. Te iré llamando y enviando mensajes.

—No gastes dinero en llamadas, con saber que estás bien me basta. ¡Ah! Y mándame alguna postal para mi colección.

—Sí, mamá. Te enviaré alguna postal. Besos… a ti y a papá.

Terminó la llamada con algo de nostalgia, aunque aún no llevaba allí ni dos horas.

Miró en su reloj de pulsera la hora que era; recordó que los vieneses cenan pronto, que no era una ciudad 24 horas.

Al llegar, el taxi que la había traído desde el aeropuerto la había dejado delante de un restaurante que tenía «shawarma», así que se vistió con el abrigo y el pañuelo de cuello, bajó a comprarse cena y se subió de nuevo al cuarto.

La dejó encima del radiador de la calefacción que ya estaba encendido para que mantuviera caliente el paquete enrollado que contenía su kebab mixto y unas patatas fritas; mientras se duchaba. Estaba molida.

Había adelantado su llegada a Viena dos días para pasear como una turista más, sin pensar en la tesis ni en su autoexigencia. Quería

ver el Palacio de Schönbrunn, la casa de Mozart, el Belvedere, el museo de Freud y terminar el día en el parque Prater.

Al día siguiente pensaba visitar el Hofburg y la cripta imperial de los Capuchinos, donde descansaba Sisí; fotografiarla y enviar la imagen a su madre. Luego la iglesia de San Pedro, el reloj Anker y, por la noche, el concierto que había reservado desde Los Ángeles. Su madre le había comprado un vestido de noche precioso; no quiso preguntar cuánto costó.

Mamá era descendiente de un empresario naviero que emigró al Nuevo Mundo en 1720, huyendo del colapso de la Compañía de los Mares del Sur. Por generaciones, su familia había estado acostumbrada a vivir en la abundancia, aunque atravesaron un bache durante la guerra de Secesión, que lograron superar al establecerse en California.

Exhausta, cenó con cuidado, recogió todo y lo cerró en la bolsa de plástico del restaurante para que la habitación no oliera a comida. Se secó la media melena castaña, ondulada de forma natural, que su abuela siempre comparaba con la actriz Hedy Lamarr, nacida también en Viena. Cayó rendida en la cama.

Durmió profundamente. Al amanecer se levantó pronto, impaciente como una niña en Navidad. Se vistió y bajó a desayunar en la primera cafetería que encontró. El cielo gris la hizo cambiar de planes; decidió empezar por la Casa Museo de Freud.

Tuvo el impulso de conectar con lo que para ella era el corazón del viaje, estar en la cuna del psicoanálisis y conocer de cerca la esencia de su creador.

El portal era como todos los de la zona; unas banderolas señalaban la casa museo. Estaba frente a la calle Berggasse, 19. Allí vivió con toda su familia y tuvo la consulta durante cuarenta y siete años.

Subió despacio las escaleras de mármol blanco. El edificio conservaba las banderolas con el rostro del maestro y el aire silencioso de los lugares que aún piensan. Compró la entrada, explicó que venía de Estados Unidos y captó una mueca de

desaprobación en la encargada. Sonrió levemente y, por fin sola, paseó por las estancias privadas del doctor.

Vio su sombrero, su bastón y un abrigo colgado en un perchero. Pasó largo rato ante su despacho y la silla diseñada por Augenfeld, de respaldo afinado y apoyabrazos envolventes; pensó que parecía el cuerpo de una madre esperando a su hijo.

No supo cuánto tiempo permaneció allí imaginando a Freud atendiendo pacientes o escribiendo. El reloj de su muñeca vibró; faltaba media hora para la visita guiada al Palacio de Schönbrunn. Salió apresurada, tomó un taxi y pidió al conductor que la llevara a toda velocidad.

El hombre fue muy amable y sorteó el tráfico de aquellas horas dejándola en la puerta que la conducía más rápidamente a la visita.

Clara le dio una generosa propina.

La visita guiada le provocó contradicciones, la emoción de ver por primera vez las estancias privadas de la emperatriz —sus ropas, alhajas, retratos— y, a la vez, la incomodidad de la historia oficial que magnificaba al personaje e ignoraba a la mujer.

Preguntó sobre su tristeza y su soledad; la guía se molestó y la remitió a la tienda de recuerdos. Una turista británica la llamó «americana maleducada». Clara se apartó del grupo y continuó sola.

En la tienda compró tazas con la imagen de Sisí, postales, un broche y las horquillas de estrellas para el cabello. *Se lo merecía*, pensó; estaba allí gracias al esfuerzo familiar.

Terminó el día tal y como había planeado en el Prater, visitando el museo de Madame Tussauds, cenó algo rápido y volvió al alojamiento.

El siguiente día lo planeó con más estrategia e intentó no cansarse tanto, para estar relajada y con buena cara, para poder lucir el fabuloso vestido en la ópera; se hizo selfis y lo fotografió todo, para enviárselo al día siguiente a la familia.

Al llegar al alojamiento, le esperaba un mensaje; la secretaria del profesor Amsel pedía retrasar un día el encuentro, por la cancelación

de su vuelo debido a las primeras nevadas en Londres.

Con un día libre más, decidió aprovechar para pasear sin prisa por las avenidas del casco antiguo. Por la tarde, sus pasos —guiados por el mapa del móvil— la condujeron al Café Landtmann.

Sin ser consciente, se debatía entre la emoción de saberse parte de una historia intelectual y una intuición que aún no sabía nombrar.

El aire olía a hojas húmedas; ese olor le asombraba; en California no solía llover. Había llegado a la esquina, el mismo lugar donde Freud y sus discípulos se reunían un siglo atrás. El suelo ajedrezado y los espejos ligeramente manchados por el tiempo conservaban el encanto de lo vivido.

Clara eligió una mesa junto a la ventana, desde donde podía ver el ir y venir de los tranvías y escuchar las conversaciones en un alemán que aún le resultaba demasiado rápido, demasiado preciso.

Pidió un *melange*[1] además del *wiener suppentopf*, que Margaret le había recomendado, y mientras esperaba, abrió su libreta. No escribió nada. Solo pasó los dedos por las páginas, como si al hacerlo pudiera reconocer en ellas el orden de su pensamiento.

«He llegado hasta aquí. No puedo permitirme fallar.»

Las palabras eran un recordatorio, no un consuelo. Había dedicado años a estudiar símbolos, sueños, proyecciones… pero, en realidad, lo que más temía era no entender los suyos.

Un leve tintineo la distrajo. El camarero dejó la taza y un pequeño plato con una rosa seca. No era parte del servicio habitual en Estados Unidos.

—Disculpe —dijo Clara, en un alemán vacilante—, creo que esto…

—Siempre la ponemos ahí —respondió sonriendo—. Es tradición. Cada día, una rosa para quien escribe.

Clara asintió. Pero mientras revolvía el café, la rosa se desprendió del borde del plato y cayó sobre su cuaderno. Al tocar el papel, dejó una mancha oscura, casi violeta.

Por un instante, creyó oír una voz. No una palabra, sino un tono, una vibración sutil, como si la ciudad misma respirara dentro de la cafetería.

—Viena —pensó— tiene memoria.

Y en esa idea hubo algo más que admiración, ¿una promesa, una llamada?

La puerta del local se abrió. Una mujer con abrigo largo entró, dejó sobre la mesa un libro antiguo envuelto en un pañuelo de encaje. Clara la observó sin intención de hacerlo; la mujer la miró un segundo, y algo en sus ojos —una familiaridad inquietante, un brillo que no reconoció— le hizo estremecerse.

La desconocida pidió un café y lo pagó, pero no lo bebió. Solo escribió una frase en una servilleta y la dejó junto al libro antes de salir.

Clara, sin saber por qué, se acercó.

La servilleta decía:

«No estudies los símbolos. Escúchalos».

El reloj marcaba las seis y media. Las campanas cercanas sonaron más graves que antes. El camarero, al servirle la sopa, rompió el instante.

Cuando salió, la ciudad se había vuelto irreal; las luces se reflejaban sobre el pavimento como si las calles fueran espejos. Caminó despacio hacia su apartamento con el libro de la mujer en las manos. No recordaba haber decidido tomarlo y, sin embargo, lo llevaba.

Subió los tres pisos de escaleras. Cada peldaño crujía bajo el peso de su cuerpo y de algo que no sabía nombrar. Pensó en todas las personas que habrían vivido allí, quienes quizá conocieron a Sisí, a condesas y baronesas del imperio, o a sirvientes que hicieron fortuna al servicio de los emperadores.

Al entrar, el silencio era tan denso que podía oír su propia respiración. Abrió la ventana. Afuera, olía a pan recién hecho.

Dejó el libro sobre el escritorio, encendió la lámpara y, con un gesto casi automático, retiró el pañuelo. La tapa era de cuero verde oscuro, sin título; solo un grabado diminuto, una rosa y una nota musical entrelazadas.

«Schloss Rosenklang», leyó en letras apenas visibles. Buscó la traducción, «El Castillo del Eco de las Rosas».

Sintió una punzada en el pecho.

El nombre resonó en su mente con una claridad casi física, como si lo hubiera escuchado antes. Buscó en vano en la primera página, estaba en blanco. Solo al girar la página, notó una línea escrita a mano en el borde interior:

«A veces, el alma recuerda antes que la razón».

Dejó el libro y se recostó en la cama sin desvestirse. La lluvia comenzó a golpear los cristales, constante, hipnótica. Se quedó dormida sin quererlo.

Entre el sueño y la vigilia creyó oír el eco de una melodía antigua. No sabía si provenía de la calle, del reloj del vecino o del propio libro.

En su sueño, caminaba entre un jardín cubierto de niebla. No había sol ni luna, solo una claridad de agua. En el centro, una mujer de espaldas cortaba rosas negras y las dejaba caer sobre el suelo. Cada vez que una caía, un sonido metálico se repetía en el aire, *klang, klang…*

Despertó sobresaltada. El libro estaba abierto sobre su pecho y, en la página en blanco, una gota de agua había dejado una huella perfecta en forma de rosa.

Amaneció con un silencio distinto. Los sonidos de los tranvías llegaban lejanos, como si aún pertenecieran al sueño. Clara se incorporó despacio. La mancha en forma de rosa se había secado, dejando una leve aureola en el papel.

No sabía si aquello había ocurrido de verdad o si su mente, agotada por el viaje, había decidido ofrecerle un símbolo. Recordaba

haber dejado el libro sobre el escritorio. ¿Cómo había terminado en su pecho?

Fue hacia la pequeña cocina. Dudó unos segundos, nadie le había explicado a qué tenía derecho con el alquiler. Vio una cafetera con un cestito de cápsulas y un cartel con el precio a dejar. Suspiró con alivio. Necesitaba un café urgentemente y luego una ducha.

Encendió la cafetera y se miró en el espejo del pasillo, los ojos hinchados, el cabello enredado, el gesto de quien ha dormido poco y sentido demasiado. Se recordó a sí misma que había venido a trabajar, no a dejarse arrastrar por fantasías.

Y, sin embargo, algo en el aire parecía observarla.

De regreso a su dormitorio con el café en la mano, tomó su cuaderno y escribió sin pensar: *«Hay llamadas que no suenan, pero insisten».*

Cerró la libreta, se tomó el café, se duchó dejando correr el agua largo rato, se vistió y salió rumbo a la universidad.

Envió un mensaje a su directora confirmando su llegada y la cita con el profesor Amsel.

El frío de la mañana le devolvió la lucidez, pero también una certeza inquietante, la voz que había oído en su sueño no hablaba desde el pasado, le susurraba desde dentro.

Y, aunque aún no lo sabía, el camino hacia Schloss Rosenklang ya había comenzado para ella.

CAPÍTULO 2
El Tutor

Autoridad/tensión de los opuestos

Estaba sentada delante de la puerta del despacho del profesor Herr Dietrich Amsel, de la Sigmund Freud Privatuniversität (SFU). Los nervios no me dejaban estar quieta en la incómoda silla de madera. La secretaria del profesor me miraba de vez en cuando con evidente fastidio; no soportaba mi necesidad de moverme.

En ese estado recordé la última conversación mantenida con mi directora de tesis, la doctora Margaret Lawson.

«Querida Clara, sabes que tu propuesta de tesis me encanta, pero no olvides que los europeos son muy protocolarios y jerárquicos. Deberás tratar al profesor como a un superior; será tu tutor. No te aceptará nada que, según él, se salga de lo científico, así que no le discutas. Me vas enviando tus avances y juntas iremos revisando la presentación. Aunque tendrás que hacer una primera exposición ante el tribunal de Viena —en la que yo también estaré—, la aprobación final será aquí en San Francisco».

Sentía una mezcla de emoción y extrañeza. Pensé que, si el profesor iba a hacerme esperar mucho más, aprovecharía para enviarle otro WhatsApp a mamá. Así que, sin más, comencé a contarle lo curioso que era recorrer las calles de Viena, en cada esquina edificios históricos, los palacios de Francisco José y de Sisí. Antes de ir a la universidad había entrado en la iglesia de San Ruperto, construida en el año 740, con un órgano del siglo XV.

«Es brutal. No sé definir el conjunto de emociones que siento, aunque también me asfixia lo pequeño que es todo, el poco espacio que hay para aparcar, las tiendas diminutas y el olor a col. Te quiero».

Justo cuando terminé de escribirle, se abrió la puerta con un chirrido discreto. Por fin, el profesor Dietrich Amsel.

Me impresionó su imagen. En las fotos se le intuía robusto, de hombros anchos y manos grandes; en persona tenía el porte campesino austríaco. Barba espesa entrecana, pelo abundante peinado hacia atrás y unos ojos claros que transmitían firmeza y melancolía.

Noté cómo su mirada me evaluaba con rapidez —o quizá era yo quien se sentía expuesta—. Nunca he sabido muy bien qué impresión doy a primera vista, estatura media, complexión esbelta, ojos de color almendra que mamá siempre decía que heredé de mi abuelo alemán.

Mis gestos suelen ser tranquilos, suaves, incluso cuando por dentro estoy temblando. Manos, largas y proporcionadas, «manos de pianista» según mamá. No buscaba impresionar al profesor Amsel, pero sí sostenerme en mi propio eje, mostrarme profesional, incluso elegante dentro de mi estilo moderno y práctico.

Su traje oscuro, impecable. Me saludó con una leve inclinación de cabeza, en lugar de una sonrisa. Sus pasos eran calculados, su mirada escrutante. Frente a él me sentí muy pequeña. Me hubiera gustado que, en ese momento, la doctora Lawson hubiera estado junto a mí.

Al entrar en su despacho, esperó a que yo cruzara totalmente la puerta antes de cerrarla a mis espaldas. Cubrió con pasos largos el corto espacio hasta su escritorio. Yo sujetaba mi carpeta contra el pecho y repasaba mentalmente mis argumentos. Me sudaban las manos.

El olor a madera encerada y libros antiguos me envolvía, creando una sensación de densidad asfixiante. Me indicó con un gesto que tomara asiento en uno de los dos sillones frente a su mesa; esperó a que me ubicara antes de ocupar el suyo, majestuoso, de piel gastada por los años. El reloj de pared marcaba los segundos con un tic-tac que me tensaba aún más.

—Señorita Weiss —dijo con acento alemán marcado, pero en un inglés perfecto—. Bienvenida a Viena. He recibido sus credenciales de parte de la doctora Lawson de San Francisco. Sus antecedentes son… interesantes.

Me levanté, estirando la mano. El profesor dudó apenas un instante antes de estrechármela con formalidad. Saqué fuerzas de donde pude y respondí con firmeza:

—Gracias por recibirme, profesor. Sé que mi enfoque puede parecer poco convencional aquí, pero confío en que sea una contribución válida.

Amsel se acomodó en su sillón, entre pilas de documentos y un busto de Freud que presidía el despacho. Con los dedos rechonchos entrelazados, me observó como un juez a un testigo.

—Aquí, señorita Weiss, nuestra tradición es lacaniana y, cómo no, freudiana. Jung… —Pausó con una mueca casi imperceptible, como si algo le irritara en lo más profundo—. Jung es visto con cierta… sospecha. Sueños, arquetipos, símbolos, fascinante, sí, pero ¿científico?

Su tono tenía algo quirúrgico, una frialdad entrenada durante años. La sala parecía encogerse un poco ante sus palabras.

Sabía que la primera impresión era decisiva, así que mantuve la compostura. Sentí un leve temblor en las manos, pero no lo mostré.

—Entiendo su reserva, profesor. Sin embargo, justamente en esa frontera entre lo histórico y lo simbólico creo que Sisí y Ludwig II nos ofrecen un terreno fértil. Sus vidas, sus obsesiones, son espejos de arquetipos universales. Y los documentos a los que usted puede darme acceso podrían confirmarlo.

Amsel me observó en silencio unos segundos largos, examinándome como quien evalúa si una pieza encajará o no en una estructura ya diseñada.

—¿Por qué cree que ellos son espejos de arquetipos universales? ¿Qué tiene de simbólico el carácter de la emperatriz Elisabeth de Austria y el rey Ludwig II de Baviera? —preguntó, sin preámbulos.

La pregunta cayó como una prueba. No era una duda académica, era una condición.

Me esperaba esa pregunta y había pensado largamente en la respuesta. Sabía que tenía que ser breve y clara si quería que el profesor Amsel me permitiera trabajar en la tesis con acceso a los materiales originales.

Respiré profundamente antes de responder. Dudé unos segundos entre seguir sentada o levantarme del sillón para responderle como si hiciera un examen oral. Seguí sentada; «desprender autoridad», me había repetido Margaret Lawson.

—Porque ambos encarnan patrones que no dependen de la biografía, sino de la psique humana. Elisabeth refleja el arquetipo de la búsqueda de libertad, la mujer que no cabe en las estructuras y paga un precio por mirar hacia dentro.

Ludwig representa el arquetipo de la imaginación trascendente, el creador que vive entre el mundo interno y el externo sin lograr unirlos del todo. Su fuerza simbólica está en que no hablamos solo de historia, sino de dos almas que muestran conflictos universales, identidad, sombra, deseo, fuga, belleza y límite. Por ello siguen resonando hoy.

Se hizo un silencio tenso; mi estómago se dobló. El profesor no parpadeó. Finalmente, asintió una sola vez, despacio, sin suavidad.

—Tiene determinación. Eso es evidente. —Se levantó con un movimiento contenido, casi militar, y caminó hasta una vitrina—. La doctora Lawson insiste en que posee una mirada útil. Veremos si es así.

Sacó la tarjeta codificada y la dejó sobre la mesa, sin acercarla hacia mí. No era una invitación, era un umbral que debía decidir cruzar.

—Los archivos están bajo custodia estricta. Solo accederá con mi autorización. Y recuerde, toda interpretación deberá estar respaldada científicamente. No con… adornos innecesarios.

El énfasis en «adornos» no dejaba lugar a dudas.

Tomé la llave-tarjeta con cuidado, sintiendo el peso simbólico y real de ese gesto. En ese instante comprendí que acababa de abrirse la primera puerta hacia el misterio de Sisí… y quizá hacia algo más profundo en mí misma.

El profesor respiró hondo, como si fuera a revelarme algo que hubiera preferido callar.

—Señorita Weiss, tendrá una habitación aquí en Viena, en la residencia de estudiantes extranjeros. Cuando viaje, podrá dejar parte de su equipaje en ella. Y cuando lo considere oportuno, podrá visitar el Schloss Rosenklang. La baronesa Verena von Heller será su anfitriona.

Guardó un breve silencio, observándome con un matiz que no supe interpretar.

»Este proyecto requiere compromiso. Ya se lo adelantó su directora. No trabajaría con usted si no supiera que hay… expectativas. —Hizo una pausa breve—. Y si la baronesa insiste en recibirla, no soy yo quien lo impedirá.

Había algo extraño en ese «insiste»; un subtexto que aún no podía descifrar.

»Hoy o mañana podrá trasladarse a su nueva residencia, cuando usted lo prefiera.

Lo miré sorprendida; no tenía idea de que estaría en otra residencia durante la investigación ni de que iba a viajar. Herr Amsel notó mi reacción y, cortésmente, aclaró su ofrecimiento.

—Sisí y Ludwig II tenían numerosos castillos. Ella, como emperatriz de Austria; él, como rey de Baviera. De hecho, es bien conocido el empeño casi obsesivo del monarca por construirlos. Consideramos interesante que pueda visitar algunos y, si lo desea, vivir en el de Rosenklang, para comprobar la validez de ciertos documentos que la baronesa asegura auténticos —guardó unos instantes de silencio, como si necesitara ordenar lo que iba a decir a continuación—; pertenecen, según ella, a su antepasada Elisabeth de Wittelsbach, duquesa de Baviera.

Me levanté como impulsada por un resorte y alargué la mano en señal de gratitud. Él no se movió. Así que me aseguré de tener la tarjeta de seguridad, dispuesta a salir del despacho. Al llegar a la puerta me giré, atreviéndome con una última pregunta:

—Herr Amsel, ¿quién me entregará las credenciales para acceder al castillo de Rosenklang?

Él frunció el ceño, molesto por lo que consideró una obviedad.

—Mi secretaria, la señora Strauss, tiene todo lo que necesita. Desde ahora, cualquier gestión, hágala con ella.

Le di las gracias, y creo que incluso le hice una pequeña y ridícula reverencia, como si se tratara de un noble.

Al salir, Frau Helga Strauss me esperaba con varios sobres; eran autorizaciones para acceder a los archivos de las universidades de Viena, a los museos, a los fondos históricos. También la dirección en Innsbruck del castillo Rosenklang y el número de teléfono de la baronesa.

Y sin más, salí de la oficina de mi nuevo tutor con la sensación de haber heredado las llaves de un tesoro. Mi sueño estaba comenzando a hacerse realidad. No conocía a nadie en la ciudad, pero no me importó.

Me dirigí al Café Landtmann de nuevo. Quería sentir las huellas del pasado, imaginar aquellas conversaciones, ser parte de esa historia colectiva por unos instantes y, tal vez —quién sabe—, si por una extraña causalidad, la mujer misteriosa regresaba y le devolvía su libro.

Me senté junto a la cristalera, abrí el ordenador portátil y comencé a teclear. El cursor parpadeaba en la pantalla, y con él, el vértigo del comienzo. Respiré hondo. No se trataba solo de una tesis; era una búsqueda de sentido.

«INTRODUCCIÓN:

A lo largo del siglo XIX, Europa presenció el auge de personalidades cuya vida interior pareció desbordar los límites de su tiempo. Entre ellas, la emperatriz Elisabeth de Austria —Sisí— y el

rey Ludwig II de Baviera emergen como figuras de un mismo espejo fractal, almas prisioneras de su propio mito.

No me interesaban como personajes históricos, sino como expresiones vivas de una psicodinámica que trasciende lo personal, la lucha entre el yo ideal y el yo real, entre el deseo de trascendencia y la condena de la forma. Sus biografías son espejos del inconsciente colectivo, donde el narcisismo, la idealización y la soledad se entrelazan con la necesidad de belleza y redención».

Quizá la historia los etiquetó de excéntricos, pero lo que yo veía eran mecanismos de defensa transformados en arte, la sublimación de la herida en estética, la locura convertida en refugio. En cada uno de ellos latía la tensión entre el deber y el deseo, entre la imagen y el alma.

Mientras escribía, la luz de la calle se reflejaba en la pantalla del portátil y confundía mi rostro con el de la ciudad. En ese instante comprendí que los espejos no solo devuelven la imagen, a veces la reclaman.

Y sin saberlo aún, uno de esos espejos me esperaba, tangible, al final del camino. En un castillo olvidado donde el pasado parecía seguir respirando.

***

Afuera, la tarde había caído sobre Viena con una luz cobriza. Había pasado todo el día allí, avanzando en el borrador de la tesis, y en su interior esperando ver a la desconocida entrar de nuevo en el lugar.

Clara salió del café con la sensación de que el aire se había vuelto más espeso. Caminó sin rumbo, llevando en el bolso la tarjeta que Amsel le había entregado. No pesaba más que una tarjeta cualquiera y, sin embargo, su tacto le parecía mágico, casi vivo.

Pasó frente a un escaparate donde un espejo ovalado reflejaba su rostro, por un instante creyó ver otra expresión, una sombra leve, un gesto que no era suyo.
El sobresalto fue mínimo, casi imperceptible, pero le recorrió la columna. Cerró los ojos, respiró hondo y siguió caminando.

Decidió pasear por el centro de la ciudad, también conocido como Innere Stadt, Primer Distrito, en el corazón de la capital austríaca. Llamó un Uber para llegar a la Catedral de San Esteban y desde allí caminó a pie por la plaza, la fachada del Palacio Imperial Hofburg y, más tarde, la Ringstrasse. No sabía cuán larga era la avenida, pero sí entendía su peso histórico.

Cuando el reloj de la torre dio las seis, el sonido reverberó en el aire como si marcara algo más que la hora, una llamada suave, una advertencia, o tal vez una elección.

«A veces —pensó— los lugares eligen a quien los sueña».

Y allí, frente al reflejo de la ciudad, sintió que Viena la estaba mirando a ella.

CAPÍTULO 3
Cartas, documentos y espejos

Curiosidad/Intuición reprimida

«Donde no se mira, allí gobierna lo inconsciente.»

C. G. Jung

Aún llevaba en la piel la sensación de aquella tarde en Viena al salir del Café Landtmann; era como si la ciudad hubiera fijado en ella una mirada silenciosa que la acompañaba desde entonces.

Había transcurrido la semana inmersa en los distintos museos de Viena, sobre todo en el Palacio Imperial, buceando en sus bibliotecas y archivos privados, revisando vestuarios no expuestos al público, así como enseres personales de la emperatriz.

La sensación de poder tocar, aunque con guantes, las cosas de ella la transportaban a su infancia, cuando con su madre veía una y otra vez las películas de Romy Schneider, tanto las más acarameladas como la que hizo con Luchino Visconti, representando a una Sisí madura y muy cercana a su primo Ludwig II.

Cada noche necesitaba hablar con mamá, para contarle emocionada la sensación de ser, por unos minutos, una de sus damas de compañía entre todos sus objetos personales. Pero también guardaba una amarga percepción; todos esos documentos no le desvelaban nada de lo íntimo, de lo real. Solo veía el personaje que el relato oficial había construido.

Hasta que una tarde, en una de las cajas sin catalogar del archivo, encontró un pequeño sobre doblado dentro de una carpeta ajada. No tenía sello ni membrete, solo una inicial trazada con tinta marrón: **L.**

No debía abrirlo —lo sabía—, pero algo en ella se tensó, como si la carta la llamara por su nombre. Rompió el silencio del guante de

algodón al deslizar sus dedos por el papel amarillento.

«Mi querida prima, los espejos son traicioneros, devuelven la forma, pero no el alma. Solo tú sabes mirarme sin miedo».

Leyó la frase varias veces. Sintió un escalofrío recorrerle el antebrazo. No era el contenido —breve, casi trivial— lo que la perturbaba, sino la voz interna que había despertado en ella.

Se descubrió pensando en Ludwig con una ternura extraña. Como si comprendiera de pronto la melancolía que él sentía y que la historia siempre había descrito como excentricidad.

Tomó el cuaderno de notas y escribió:

«La soledad no siempre es ausencia. A veces es exceso de mirada interior».

Al releer la frase, comprendió que hablaba de sí misma. Aquella identificación involuntaria la incomodó. Se suponía que su investigación debía ser rigurosa, desapegada. Pero algo en la correspondencia de Sisí y Ludwig actuaba como un espejo; cuanto más intentaba analizarlos, más sentía que algo de su propia vida se reflejaba en esas cartas.

Esa noche, al regresar a la residencia de estudiantes cerca del Naschmarkt, abrió el portátil para seguir transcribiendo. Pero las palabras se confundían con sus pensamientos, y por primera vez tuvo la sensación de no saber exactamente quién observaba a quién.

El apartamento estaba en silencio. Afuera, la lluvia caía sobre los tejados de zinc con una cadencia hipnótica.

Apagó la lámpara y se quedó un largo rato a oscuras, iluminada solo por la luz anaranjada que entraba desde la calle.

Decidió prepararse algo de cenar, así que se dirigió a la pequeña cocina de su apartamento. Se sirvió una copa de vino, como solía hacer su madre al final del día, mientras se preparaba un sándwich de atún, y pensó en lo mucho que habría disfrutado acompañándola en aquella investigación.

Desde niña, ambas habían compartido esa fascinación por Sisí, sobre todo por su rebeldía envuelta en melancolía. Con la copa de

vino blanco del Rin y el plato de su sándwich de tres pisos lleno de salsa tártara y huevo duro, se dirigió de nuevo al salón-dormitorio.

Busco una de las películas antiguas. En la pantalla, Romy Schneider sonreía, idealizada, ajena al abismo que la esperaba. Clara la observó con una mezcla de ternura y desasosiego.

Veía algo inquietante en esa repetición, mujeres admirando a mujeres que a su vez se habían perdido intentando ser comprendidas y libres de los corsés de sus épocas. ¿Tal vez? —pensó—; su madre también se había refugiado en esas historias para no mirar su propia tristeza. Y ella, ahora, estaba repitiendo el gesto.

Antes de dormir escribió en su cuaderno:

«Entender a Sisí es intentar entender la herida de las mujeres que necesitan huir para poder sentir».

Cerró los ojos, pero esta vez no sintió soledad, sino una compañía silenciosa, como si las sombras del pasado se hubiesen sentado a su lado, dispuestas a escuchar.

A la mañana siguiente, el cielo amaneció gris y húmedo. Clara llegó al archivo temprano; olía a café recién hecho y a papel envejecido.

El archivero, un hombre amable y metódico, se acercó con una carpeta nueva.

—Fräulein Clara, he encontrado algo que quizá le interese. No está catalogada, pero parece corresponder a los últimos viajes de la emperatriz.

Clara tomó el legajo con cuidado.

—¿Cómo ha llegado aquí? No estaba en el inventario.

—Una donación antigua. Nadie la ha revisado. Mire esto.

Señaló un sobre con la caligrafía elegante y algo temblorosa de Sisí. En el reverso, una sola palabra: *Spiegel*[2].

—Curioso título, ¿no le parece? —comentó él.

—Sí… muy curioso —susurró ella.

Cuando él se alejó, Clara se quedó sola. La palabra *Spiegel* le produjo un vuelco en el pecho.

Abrió el sobre; no había carta. Por un segundo creyó oír crujir el papel, como si algo dentro de él hubiera despertado. Solo encontró una hoja en blanco con una pequeña mancha circular de humedad, como si alguien hubiera llorado sobre ella.

Observó el reflejo de su rostro en el cristal del archivador y comprendió que aquel espejo no era un símbolo cualquiera, era una invitación. Recordó entonces una mención, en una carta anterior, a la baronesa von Hohenberg, familia de la archiduquesa María Karoline, confidente de Sisí, retirada en su castillo cerca de Innsbruck.

Encendió el ordenador y comprobó que María Karoline había existido, y ahora una fundación cultural llevaba su nombre.
Mientras el archivero pasaba por detrás, Clara le comentó distraídamente

—¿Ha estado alguna vez en Tirol?

—Hace años —respondió él—. Dicen que allí las montañas guardan mejor los secretos.

Clara sonrió. Prosiguió con su búsqueda; había decidido partir a Innsbruck. Envió un correo electrónico, desde el mismo archivo, a quien creyó que era el secretario de la baronesa para informarle de que aceptaba la invitación que Herr Amsel le había transmitido en su nombre.

A aquellas horas la sala de manuscritos de Hofburg ya estaba casi vacía. Había trabajado duro. El aire le olía a cuero antiguo. Clara estaba terminando de hojear un inventario de documentos sin clasificar cuando una referencia llamó su atención: «*Diario personal encuadernado en terciopelo azul. Procedencia incierta. Posible correspondencia Privada».*

Pidió acceso. El bibliotecario la condujo a una vitrina lateral. Extrajo una caja forrada en lino gris y la colocó sobre la mesa.

—No está catalogado oficialmente. Pero creemos que perteneció a alguien cercano a la emperatriz.

Clara asintió. Abrió la caja con el mismo cuidado con que se abre una carta del pasado.

El cuaderno era pequeño, de tapas suaves y gastadas. Cuando lo acercó al rostro, percibió un olor tenue a madera húmeda y violetas secas, como si el tiempo hubiera dejado un rastro dulce y triste entre sus páginas.

Al abrirlo, descubrió que la tinta parecía desvanecerse en algunas páginas, como si las palabras hubieran sido escritas con prisa o con pudor. No había firma, pero la caligrafía era elegante, nerviosa, con trazos que oscilaban entre la contención y el arrebato.

Pasó las páginas lentamente, hasta que una frase la detuvo. Clara permaneció sentada largo rato frente al cuaderno azul.

—«En Viena, soy el rey de Baviera. En mis sueños, soy el cisne».

Parecía haberle abierto una grieta interior. No era solo Ludwig quien hablaba, era una voz que atravesaba el tiempo, buscando ser escuchada por quien pudiera comprenderla sin juicio.

Sintió un estremecimiento. No era solo la belleza de la frase, sino la voz que parecía surgir de ella, una voz que no hablaba desde el pasado, sino desde algún rincón oculto de su propia conciencia.

Clara cerró los ojos; el murmullo de la sala desapareció. Solo quedó esa frase, flotando como un eco. Unos breves instantes, pero fueron suficientes.

Abrió su cuaderno de notas y escribió:

«El espejo no devuelve la imagen. Devuelve la herida».

Cuando volvió a mirar el cuaderno azul, notó algo más, una hoja suelta, doblada entre las páginas finales. Al desplegarla, descubrió una sola palabra escrita en el centro, con tinta marrón, Spiegel.

Sintió un vuelco en el pecho. La misma palabra que había visto en el sobre entregado por el archivero. La coincidencia era demasiado precisa para ser casual. O tal vez no era coincidencia, sino sincronicidad.

Tomó ambas piezas —el cuaderno y el sobre— y los colocó uno junto al otro. El reflejo de la lámpara sobre el cristal de la mesa le

devolvió su rostro, pálido, pensativo, como si también ella estuviera atrapada en un espejo que no mostraba la forma, sino la herida.

Completó la frase en su cuaderno:

«El espejo no devuelve la imagen. Devuelve la herida. Ludwig lo sabía. Sisí lo temía. Yo lo busco».

Al salir del Hofburg, la lluvia había cesado. El aire olía a piedra mojada y a hojas caídas. Caminó sin rumbo fijo, como si Viena la guiara por sus pasadizos invisibles.

Esa noche, al volver al apartamento, encontró en su correo la invitación de la baronesa von Heller. No tenía fecha ni firma, solo una frase:

«*Cuando esté lista, venga. Aquí los espejos no mienten*».

El apartamento estaba esa noche raramente en silencio; era un lugar donde vivían los estudiantes y normalmente eran muy ruidosos. Sintió un extraño alivio.

Clara deseaba transcribir sus impresiones sobre el material revisado y las conclusiones sobre los mismos. Pero otra frase leída días atrás en una nota marginal de uno de los cuadernos —«la dama del cabello de noche»— comenzó a resonar en su mente como un eco antiguo.

Abrió el cuaderno de notas y escribió sin pensar

«¿Y si Ludwig no fue un loco, sino un visionario atrapado en un mundo sin lenguaje para su alma?».

Cerró de nuevo el cuaderno. Pero algo la impulsó a volver a la fotocopia del sobre con la palabra *Spiegel*.

Lo miró de nuevo, como si esperara que la hoja en blanco hubiese cambiado. No lo había hecho. Sin embargo, al girarla, notó una marca apenas visible en el borde inferior, una letra L, trazada con la misma tinta marrón que había visto en la otra carta. La tinta, al ser fotocopiada, desprendía un brillo opaco, casi terroso, como si hubiese sido escrita bajo una luz temblorosa.

Buscó en el archivo digital del museo, pues Amsel le había dado permiso para poder consultarlo. Era un privilegio por ser doctoranda.

Encontró una referencia cruzada, *Cuaderno de notas personales, atribuido a Ludwig II, sin confirmar*.

Los códigos escritos en una hoja Excel indicaban el lugar exacto donde estaba guardado en una caja de documentos sin clasificar, en una sala contigua a la zona donde había encontrado los otros.

Le costó especialmente conciliar el sueño esa noche. A la mañana siguiente, nada más llegar, se dirigió al archivero, quien con una gran sonrisa le comentó.

—Fräulein, he visto su petición hecha a altas horas de la madrugada. Tiene que dormir más; los papeles no desaparecerán, están aquí hace ya casi un siglo.

Clara le sonrió, pero se le notaba la prisa, el apremio por encontrar respuestas.

Pidió acceso de nuevo. El archivero dudó, pero accedió.

Dentro del cuaderno, entre anotaciones dispersas, apareció una página escrita con una caligrafía distinta. No estaba firmada, pero hablaba de espejos, de cisnes, de una dama que no teme al reflejo.

«Hay lugares donde el alma se disfraza para sobrevivir. En Viena, soy el rey. En mis sueños, soy el cisne. Pero solo tú, prima mía, sabes que no soy ninguno».

Clara lo leyó en voz baja. Supo que Ludwig no hablaba solo a Sisí. Hablaba a quien pudiera comprenderlo. A quien también viviera entre máscaras.

En los indexados vio que los documentos provenían de la Fundación Hohenberg, quienes los habían cedido para conservar el patrimonio familiar en Viena.

Esa tarde, antes de irse del museo, buscó en su correo la dirección de la Fundación Hohenberg. Encontró una invitación sin fecha, enviada semanas atrás por los herederos de la Archiduquesa:

«Cuando esté lista para ver, venga. Aquí los espejos no mienten».

Le chocó la obsesión que tenían aquellos desconocidos por los espejos y la verdad.

Aun así, una parte de ella quiso aferrarse al método, recordarle que la intuición no era argumento científico. Pero otra voz —más profunda, más antigua— parecía haber decidido antes que ella.

Clara no lo dudó. Compró el billete de tren. No sabía qué esperaba encontrar en Innsbruck, pero intuía que el viaje no era parte de la tesis. Era parte de ella.

CAPÍTULO 4
La voz oculta de Sisí

Transito/Separación

El tren avanzaba despacio, como si también dudara entre seguir o detenerse. La ciudad quedaba atrás bajo una bruma dorada, y a cada kilómetro el paisaje parecía desprenderse de lo humano para volverse pensamiento.

Los campos se hicieron colinas, las colinas montañas, y las montañas… otra forma de silencio.

La oscuridad del túnel proyectó mi cara en el cristal. El reflejo me devolvió una versión de mí que apenas reconocí, ojeras finas, labios resecos, la mirada clavada en algo que no estaba afuera. Quizá eso era viajar, dejar que las cosas cambien de nombre sin que una pueda impedirlo.

Los túneles aparecían intermitentemente, como pausas profundas entre un pensamiento y otro. La oscuridad duraba apenas unos segundos, pero bastaba para recordar que hay caminos que se recorren sin moverse.

Cada vez que el tren emergía a la luz, sentía que algo mío quedaba atrás, disolviéndose *entre las sombras.*

En el bolsillo del abrigo, la tarjeta codificada que el profesor Amsel me había dado parecía más fría que nunca. No pesaba, pero su presencia me anclaba a una idea que aún no comprendía del todo, la de ser elegida por algo que no se elige.

Un niño cruzó el pasillo riendo. Su risa me recordó a mi hermano de pequeña, antes de que la vida se volviera tan seria. Pensé que el alma debía parecerse a ese sonido, *algo que pasa, ligero, y deja un eco imposible de atrapar.*

El revisor anunció la última parada. Guardé mis cuadernos —los había releído una y otra vez buscando un sentido que no llegaba— y

bajé del tren.

El aire del Tirol era diferente, más denso, más puro, como si proviniera de un tiempo anterior al pensamiento. Olía a madera húmeda y a promesa.

No había decidido todavía si aceptaría la invitación de la baronesa von Heller para vivir en su castillo, así que había reservado dos noches en un hostal. Mi presupuesto no daba para más; Europa era pequeña y cara, como la conciencia cuando uno intenta mirarla de cerca.

Arrastré la maleta hasta la salida. La estación, grande y moderna, tenía todo tipo de tiendas; se encontraba muy concurrida a aquellas horas. El mapa en el móvil me tranquilizó; el hostal estaba cerca.

El registro de entrada fue sencillo, todo automatizado. La habitación, mínima, limpia, sin historia. Una cama, un escritorio y una ventana con vistas a los tejados. Me pareció suficiente.

Dejé el equipaje, me lavé la cara y, sin pensarlo demasiado, salí hacia la Fundación Hohenberg. Algo en mí percibía que ese sería el verdadero comienzo. No de la investigación, sino de algo más profundo que aún no sabía señalar.

La Fundación Hohenberg se alzaba sobre una pequeña colina, rodeada de jardines que olían a flores silvestres. El edificio, de líneas sobrias, respiraba un orden casi monástico.

En su fachada, las letras de bronce brillaban como si cada una ocultara un secreto. Me recibió una mujer delgada, de cabello perfectamente recogido.

—Bienvenida, Fräulein —dijo con una sonrisa estudiada—. La estábamos esperando.

Su voz tenía la cadencia de quien está acostumbrada a custodiar silencios.

Me condujo por un pasillo largo y frío, hasta una antesala blanca. Sobre la mesa, una caja sellada con una etiqueta azul: Elisabeth von Österreich, correspondencia privada 1884–1888.

Antes de entrar al archivo, me entregó una bata, guantes de algodón, cubre zapatos y una gorra desechable.

—Debemos ser cuidadosos. El tiempo crea fragilidad —añadió.

Me ayudó a ajustarme la bata y me señaló una pequeña consigna metálica.

—Debe dejar su bolso y cualquier bebida. Solo los cuadernos están permitidos.

Asentí. El gesto, casi ritual, me recordó a una ceremonia de purificación.

Cuando cruzamos la puerta, el aire cambió. Un olor tenue a papel, cuero y desinfectante llenaba la sala. La directora me indicó un escritorio y un ordenador.

—Podrá consultar los listados desde aquí. Tenemos copias de seguridad, pero algunas piezas son originales. Sea prudente. Y recuerde, a las cinco, cerramos.

Cuando se marchó, el silencio me envolvió por completo. Solo el leve zumbido de la ventilación y el murmullo del pasado latiendo bajo las tapas de las cajas.

Abrí el ordenador. Cientos de referencias aparecieron en la pantalla, clasificadas por año, remitente, estado de conservación. Busqué los años que me interesaban, **1884–1888**.

Los años de los poemas. Los años del retiro, de la rebelión silenciosa de Sisí contra su propio mito.

Comencé con las cartas más breves. La caligrafía era fina, segura, casi altiva. Entre las líneas se adivinaba un pulso inquieto.

Sisí hablaba de sus viajes, de su cuerpo fatigado, de la necesidad de escribir. En una nota a su hija Valerie leí que decía:

«*La poesía es la única patria que no me exilia*».

Otra carta mencionaba a una tal Carmen Sylva, reina de Rumanía, escritora y cómplice intelectual. A través de aquellas palabras percibí una amistad de almas solitarias.

Ambas mujeres, reinas sin trono interior, buscaban en la literatura un lugar donde ser.

«*Heine me comprende* —anota Sisí—.
Su desprecio por lo falso es mi respiración.
En su voz encuentro la herida que también me habita».

Leí despacio. Las referencias al poeta alemán Heinrich Heine se repetían una y otra vez, su ironía, su lucidez y su condición de paria. Sisí lo veneraba como a un espejo. Se hacía llamar a sí misma Frau Heine en sus escritos. Coleccionaba sus retratos, lo citaba de memoria, lo sentía vivir sobre su hombro cuando escribía.

«*Mi Maestro, ahí estás.*
Tu espíritu se extiende sobre mí,
y pesa dulcemente sobre mi alma».

La devoción que expresaba rozaba lo místico.

En una carta posterior relataba a su hija Valeria una visión, un sueño; la silueta de Heine apareciéndose junto a su cama, pidiéndole que su alma se separara del cuerpo. Describía la experiencia con serenidad, como si hubiese cruzado un umbral permitido solo a los locos y a los santos.

Aparté la mano del cuaderno y me rocé el cuello, intentando liberar la presión que sentía allí. Nunca había visto a Sisí tan desnuda de artificios. Levanté la vista del papel.

La sala seguía inmóvil, pero tuve la impresión de que el aire vibraba. Por un instante, creí que ella —la mujer detrás del mito— respiraba en mi nuca.

Un calor leve me subió por las mejillas; no supe si era emoción o una tensión antigua, de esas que el cuerpo reconoce antes que la mente.

Leí durante horas. Tomé notas en mi cuaderno como una posesa. Los poemas de Sisí eran una forma de desahogo y terapia a la vez. Para mí también un diagnóstico y una confirmación.

«Cuando el mundo hable de mí, que al menos sepa quién soy realmente»

Esa frase resonó dentro de mí con fuerza. No era un gesto literario, era un intento desesperado de recuperar su identidad

disuelta entre títulos, apariencias y deberes.

A medida que avanzaba, su tono se volvía más radical, más lúcido.

Hablaba de la monarquía como de un teatro moralmente agotado, de la imposibilidad de amar dentro de la jaula de la obligación.

«*Los pobres sudan y los príncipes juegan;*

Si no hubiera tronos, quizás habría paz».

Aquellos versos eran dinamita.

Entendí por qué su familia ocultó estos escritos; Elisabeth de Austria no era la emperatriz melancólica de las biografías sentimentales, sino una mujer que había comprendido el sinsentido del poder y el precio de la conciencia.

Entre los papeles hallé un poema dirigido a Franz Joseph, su esposo y emperador. No había rencor, sino una ternura resignada. Su inteligencia, su ironía y su lucidez eran incómodas en un mundo que solo la quería hermosa.

Sisí no escribía para recordar, sino para sobrevivir al vacío. En cada verso buscaba a Heine, a Ludwig y quizás a sí misma, perdida entre sus propios fantasmas.

Elisabeth —la mujer— había dejado de cabalgar, pero cabalgaba dentro de sí.

Heine, Carmen Sylva[3], los versos… todo era una misma rebelión, la de una mente femenina demasiado amplia para la jaula dorada del siglo XIX.

Hice una pausa; estaba agotada. El reloj marcaba las cuatro y media. Fuera, la tarde se había vuelto azul. Apoyé los codos en la mesa y me quedé mirando la carpeta abierta. Sisí había transformado su exilio interior en una forma de pensamiento poético. No era locura, sino lucidez llevada al extremo —pensé.

Su manera de escribir —como quien se desnuda ante lo invisible — me resultaba inquietantemente familiar. Durante un instante, sentí que el tiempo se plegaba.

Yo, inclinada sobre los papeles, y ella, inclinada sobre sus versos, éramos dos reflejos del mismo gesto, buscar en las palabras una forma de permanecer.

«La voz oculta de Sisí» —pensé.

Y supe que esa frase no se refería solo a ella. Al salir, la directora me despidió con un leve asentimiento.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó.

—No lo sé todavía —respondí.

—A veces, las respuestas tardan en mostrarse —dijo con una sonrisa que parecía más un aviso que una cortesía.

El aire del Tirol me resultaba extraño; me recordaba que no estaba en casa. Lo percibía más frío que húmedo a pesar de la presencia del río.

Inspiré profundamente; el pecho me pesaba, como si lo leído aún buscara un lugar donde asentarse. Las montañas al fondo parecían respirar conmigo al andar.

Caminé despacio hacia el hostal, con la certeza de que algo se estaba moviendo dentro de mí, algo que no tenía nombre pero que reconocía. Decidí que, al día siguiente, cogería un taxi hacia Rosenklang.

Estaba cerca del centro histórico, así que me dirigí a visitar el edificio más emblemático y turístico. Por la Herzog-Friedrich-Strasse llegué al Tejadillo de Oro, el símbolo de la ciudad. Tomé algunas fotografías, necesitaba sentirme un viajero más y me dejé llevar por la zona, mirando escaparates y a los otros turistas. Sentí hambre —prácticamente no había comido en todo el día— así que me senté en uno de sus locales y cené.

Regresé con calma, casi arrastrando los pies; necesitaba ir metabolizando lo leído, lo afirmado, lo descubierto.

Abrí el cuaderno antes de dormir y anoté:

«Sisí no es un personaje histórico, sino un arquetipo que se repite.

Su aislamiento es la manifestación de una conciencia que despierta demasiado pronto».

En ella, el arte sustituyó la función de la palabra analítica, fue su forma de sanar y de disociarse a la vez. Me pregunto, ¿cuántas mujeres en distintas épocas han tenido que volverse poetas para no volverse locas?

Necesité escribir a mamá para enviarle unas poesías de su adorada Sisí. Sabía que lo agradecería y la haría feliz.

«*Hola, mamá.*

He encontrado unos documentos que explican cómo Sisí logró sobrevivir a su jaula de oro cuando tuvo que abandonar la equitación por los problemas de columna. También revelan que su esposo —dispuesto a consentir todo aquello que pudiera hacerla feliz y retenerla a su lado— conocía su poesía y era consciente de lo que pensaba sobre la política y la corte.

Poco a poco, entre ellos fue abriéndose un abismo intelectual. La melancolía afloraba a veces en Sisí y, cuando lo hacía, regresaba a la memoria de aquel amor genuino y profundo que habían compartido.

Verás que tu intuición era cierta: se querían los dos, no solo Francisco José a ella.»

Copié para mamá unos versos. Me detuve un momento. Sentí que pedían ser leídos en voz baja, como si conservaran un pulso propio.

Una vez tuvimos un amor, un vínculo tan íntimo.
Un instante que tú y yo conocemos,
algo que nunca podremos olvidar,
aunque ahora parezca tan lejano.

¿Piensas en aquellas horas dulces,
mi cuerpo entregado al tuyo,
besando tu alma directamente desde tu boca
y guardándola para siempre?

Aunque enfrenté algunas luchas
y las amargas penas pasaron junto a mí,

nada hirió mi corazón tan profundamente
como ver morir nuestro amor.

¡Mamá, qué mujer más fascinante! —pensé al escribir— tan auténtica, brillante y, a la vez, difícil. Con cuánta pasión lo vivió todo.

Sabía que debía mostrarle también la parte más cruda, la más dolorosa. La que no aparece en los retratos ni en las biografías. Así que le adjunté también este otro texto:

Tu cabello prematuramente canoso
me reprocha en silencio.
Todos estos años, todos estos días,
nunca merecí tu lealtad.
Y aun así la guardo,
doblada con cuidado
entre los pliegues del alma.

Me despedí de mamá con una profunda gratitud, consciente de todos sus sacrificios. Cerré el ordenador y el cuaderno. Me quedé mirando por la ventana el cielo estrellado, que me recordó a las luces prendidas en la cabellera de Sisí. La noche tirolesa olía a leña y a presagio.

CAPÍTULO 5
Schloss Rosenklang

Impacto simbólico

«Los lugares elegidos por el alma no se buscan, se reconocen».

C. G. Jung

La bruma que le había acompañado desde que llegara a Edelhain[4] no se disolvía del todo, aunque ya eran casi las cinco de la tarde. Desde la curva del camino empedrado, Clara vio por fin el perfil del Schloss Rosenklang, una silueta gris clara, discreta, más melancólica que imponente. No era un castillo de cuento. No tenía almenas, ni banderas, ni promesas de grandeza; más bien era un lugar que había dejado de esperar visitas de reyes y emperadores, hacía tiempo.

El coche se detuvo con un leve chirrido de grava húmeda. El conductor, un joven de mejillas sonrojadas, le ofreció ayuda con la maleta, pero ella negó con una sonrisa y un gesto suave. Quería ser la primera en pisar aquel umbral.

Subió los tres escalones del pórtico de piedra con una mezcla extraña de expectación y contención. No sabía si temía lo que iba a encontrar o si temía no sentir nada.

El sonido de la campanilla se perdió entre los árboles, breve y metálico. Esperó unos segundos, pero no hubo respuesta. Solo el viento moviendo las ramas y el repiqueteo tenue de algo suelto en la fachada.

Tiró de nuevo el hilo de la campanilla. Esta vez el eco pareció recorrer el interior del castillo antes de apagarse, como si despertara algo que dormía. Un clic, el portón cedió con un movimiento lento y medido.

El olor fue lo primero que percibió: madera encerada, lino limpio y un leve perfume floral que recordaba a las casas donde alguien

sigue viviendo, aunque la historia se haya detenido. El ambiente era fresco, equilibrado, con esa temperatura que solo las paredes gruesas conservan.

El vestíbulo se abría amplio, bañado por la luz que entraba a través de vitrales altos. El suelo de piedra pulida reflejaba destellos suaves, y los muros, en tonos crema y gris, guardaban una elegancia silenciosa.

A la derecha, un perchero antiguo sostenía un abrigo y un bastón; a la izquierda, una mesa con un jarrón de rosas pálidas. Ningún signo de abandono, solo la serenidad exacta de un lugar cuidado con discreción.

El reloj del vestíbulo marcó la hora. Un golpe seco, casi solemne, que resonó por los pasillos como si midiera el ritmo de la casa. Clara miró hacia la escalera principal. Subía en dos tramos, curvándose suavemente, con una barandilla de hierro forjado.

Sobre el primer rellano, a simple vista, un espejo ovalado cubierto por una tela translúcida reflejaba la luz en un tono lechoso. Siguió avanzando despacio hacia la mesa del hall.

Cada paso producía un sonido breve que se repetía desde algún punto lejano, como si el castillo devolviera sus movimientos con un segundo de retraso. No era un eco, más bien sonaba a respuesta.

A lo lejos, escuchó algo parecido a una puerta cerrándose. Nada, fue solo el crujido de la madera ajustándose al frío.

***

Me sentía desconcertada. Volví la vista hacia los retratos que colgaban en la pared que se veía del pasillo lateral. Algunos antiguos, vestidos de uniforme y mirada rígida; otros más recientes, con expresiones menos solemnes.

Todos compartían algo que no supe definir, una especie de paciencia melancólica.

El reloj volvió a sonar, marcando el cuarto de hora. En ese instante, tuve la sensación nítida de que la casa me observaba, pero

no con amenaza, sino con curiosidad. Como si intentara averiguar quién era yo antes de decidir cómo recibirme.

Me detuve frente a la mesa del vestíbulo. Había un libro abierto con una flor seca entre las páginas. Una rosa negra.

El pétalo conservaba un brillo tenue, imposible después de tanto tiempo. No me atreví a tocarlo. Solo lo miré unos segundos, hasta que un leve movimiento a mis espaldas me hizo girar. Unos pasos, medidos y seguros, descendiendo por la escalera. No los había oído empezar a caminar, solo los percibí cuando ya estaban cerca. Y, entonces, la vi.

Una mujer de porte sereno, vestida de gris perla, con el cabello recogido y una expresión que mezclaba elegancia y cansancio.

La mujer descendía con paso lento, apoyando ligeramente una mano en la barandilla. El sonido de sus tacones no era seco, sino musical, como si la madera reconociera su andar. Su voz, al hablar, sonó más como una afirmación que como un saludo.

—Bienvenida a Rosenklang, señorita Weiss.

La baronesa Verena von Heller no sonreía. Pero en su mirada había algo parecido a la comprensión. Cuando llegó al último peldaño, extendió la mano con naturalidad.

—Baronesa Verena von Heller —dijo con voz firme que no necesitaba presentación.

Por un instante, no supe si la imponencia de la baronesa venía de su porte o de una melancolía antigua que parecía rodearla como un velo. Había en su mirada algo reconocible, como si midiera, no mi presencia, sino mis ausencias.

—Clara Weiss —respondí—. Es un honor conocerla.

—El honor es compartido. —Su tono era frío, sin ser distante—. Supongo que el viaje desde Viena habrá sido largo.

—Un poco —no le dije que llevaba dos días en Innsbruck—. Aunque no sé si el cansancio es del cuerpo o del pensamiento.

—Sucede al llegar aquí —respondió—. Rosenklang suele exigir silencio antes de ofrecer respuestas.

La frase quedó suspendida entre nosotras, sin intención de misterio, pero cargada de sentido.

Le seguí mientras avanzaba hacia el salón lateral, donde un mayordomo de cabello canoso disponía una bandeja con porcelana fina.

—Herr Hans Meier —lo presentó con un gesto discreto—. Es la memoria práctica de esta casa.

El hombre asintió ligeramente, con un respeto que no era servil, sino ritual. Tenía los ojos claros, casi translúcidos, y una precisión en cada movimiento que parecía estudiada.

—Bienvenida, señorita —dijo con voz grave—. La baronesa me ha pedido que la instale en la habitación del ala sur.

—Gracias —respondí, algo incómoda ante tanta formalidad.

El té humeaba sobre la mesa, exquisitamente preparado; la porcelana era de un blanco levemente amarillento, y el aroma tenía algo de bergamota y rosas secas.

La baronesa se sirvió con gesto pausado.

—No tenemos demasiadas visitas últimamente. —Me miró por encima del borde de la taza—. ¿Le habló el profesor Amsel de mí?

—Mencionó su archivo —contesté con cautela—. Dijo que podría contener documentos interesantes sobre la emperatriz.

—Ah, sí… *documentos interesantes.* —Sonrió levemente—. En Viena siempre han preferido esa expresión antes que admitir la posibilidad de que algo los descoloque.

Se acomodó en el sillón frente a mí. No había arrogancia en su postura, solo una autoridad que no necesitaba defensa.

—Amsel es un hombre de ciencia. Un buen hombre, supongo. Pero el alma, señorita Weiss, no se mide con reglas ni hipótesis. Y Rosenklang… —Su mirada se perdió un instante hacia el ventanal— …Rosenklang pertenece a otra lógica.

No supe qué responder. Afuera, la bruma se espesaba y una bandada de pájaros cruzó el cielo y desapareció tras las torres.

—Tendrá tiempo de acostumbrarse —dijo finalmente—. Aquí los días parecen iguales, pero nunca lo son. Herr Meier le mostrará su habitación y lo necesario para orientarse. La cena es a las ocho.

—Gracias, baronesa.

Ella se levantó con un leve movimiento de cabeza.

»Y una última cosa, señorita Weiss, si escucha pasos por la noche, no se asuste. Las casas antiguas tienen memoria, y a veces recuerdan demasiado bien.

No supe si hablaba en serio. Herr Meier me indicó con un gesto que lo siguiera.

Atravesamos el pasillo principal; observé con curiosidad las lámparas de pared, los retratos, las alfombras gruesas que amortiguaban nuestros pasos. El aire olía a cera y a un leve perfume de lavanda.

Al subir la escalera, noté que la textura de la barandilla bajo los dedos era fría, lisa, gastada en los bordes. Y cada peldaño parecía guardar una historia. El mayordomo se detuvo ante una puerta blanca con molduras doradas.

—Su habitación, señorita Weiss; la vista da al jardín sur. Si necesita algo, el hilo del teléfono conecta con la cocina.

—Muchas gracias.

Él asintió y, antes de retirarse, añadió con un tono casi confidencial:

—La baronesa confía en que encontrará lo que busca. Pero recuerde, aquí, las cosas no se dejan encontrar… se revelan cuando uno está dispuesto a verlas.

Cuando me quedé sola, me dirigí a abrir la ventana. El aire de la tarde entró limpio, cargado de humedad y silencio. En el jardín, algo que se movía entre los rosales captó mi atención. Creí oír un sonido leve, como si alguien rozara las ramas, pero cuando volví a mirar, solo quedaba el eco del viento.

Miré mi cuarto; era tan grande como una suite de un hotel de lujo; incluso en el baño había amenities. Abrí mi equipaje y fui aposentando mis cosas.

La cena se sirvió puntualmente a las ocho. En el comedor, las luces eran tenues, filtradas por las pantallas de lino. La mesa, dispuesta para dos, parecía esperar algo que no ocurriría.

La baronesa ocupó el extremo principal. Frente a ella, un candelabro antiguo proyectaba sombras que alargaban su figura. Herr Meier se mantenía discretamente a un lado, casi inmóvil, como si el tiempo también le obedeciera.

—Espero que no le incomoden las cenas tranquilas —dijo la baronesa mientras me servía un poco de sopa—. Aquí el ruido es un visitante que no invitamos.

—No, en absoluto. Después de Viena, el silencio se agradece —respondí.

Ella asintió, observándome con una mezcla de curiosidad y estudio.

—El silencio no siempre es ausencia, señorita Weiss. A veces… es una forma de diálogo.

La conversación se deshizo en breves comentarios sobre el clima, la restauración del ala norte y la dificultad de mantener viva una casa tan antigua. Pero bajo esas frases flotaba algo más, una sensación de espera.

El postre llegó sin que me diera cuenta, unas peras al vino, perfumadas con clavo. La baronesa alzó la vista solo una vez antes de levantarse.

—Descanse esta noche. Mañana empezaremos por el archivo.

Cuando me retiré, el sonido del reloj marcaba las nueve. El pasillo olía a tartas y a una nota leve de incienso. Sentí que el día se cerraba, y con él, una puerta invisible.

CAPÍTULO 6
La baronesa y los sirvientes

Orden y arquetipos

Esa noche me costó conciliar el sueño… El silencio de la casa no era vacío, sino el eco de algo por expresarse, una respiración contenida, una promesa o una advertencia.

Me quedé un rato sentada en la cama, con la lámpara encendida. El fuego de la chimenea se consumía despacio, proyectando sombras en las paredes. Sobre el escritorio, el cuaderno abierto parecía esperar algo de mí. Intenté escribir unas líneas, pero las palabras no encajaban. Solo pude trazar una frase sin pensar:

«Hay lugares que no se recorren, sino que despiertan en nosotros, como arquetipos dormidos».

Dejé la pluma y me acerqué al espejo ovalado del tocador. No era grande, pero la superficie reflejaba la habitación con una claridad que me incomodó, por un instante, tuve la impresión de que el reflejo iba con un segundo de retraso, como si necesitara tiempo para decidir qué mostrar. Sonreí ante mi propio miedo. El cansancio tiene formas muy convincentes —pensé—. Apagué la luz y me acosté.

El sonido del reloj del pasillo llegó amortiguado, marcando las horas con una cadencia hipnótica. Mientras afuera, el viento rozaba las contraventanas.

Entre el sueño y la vigilia creí oír pasos lejanos, acompasados, no en la planta baja, sino por encima de mí, como si alguien caminara sobre mi techo. No me moví. Pensé en lo que había dicho la baronesa: «*las casas antiguas tienen memoria».*

No sé cuándo me dormí. Solo recuerdo la sensación de haber despertado dentro de un sueño en el que la casa respiraba conmigo.

A la mañana siguiente, la luz se filtró blanca y fría a través de las cortinas. El reloj mostraba las ocho cuando golpearon la puerta suavemente.

—Señorita Weiss, el desayuno está servido en la galería —dijo una voz femenina al otro lado.

Me vestí con rapidez y bajé. El aire de la mañana olía a café, pan recién hecho y flores cortadas. El salón del invernadero estaba inundado de luz; las plantas trepaban por los marcos de las ventanas, y en una mesa cercana, una mujer colocaba servilletas con un orden casi ritual.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, *Fräulein*. Soy Greta, la encargada de la cocina. —Su acento era del Tirol, fuerte y amable a la vez— Espero que haya dormido bien.

Sus manos, grandes y cálidas, tenían la fuerza tranquila de quien podría sostener una casa entera sin que se derrumbara.

—Sí, gracias. Aunque creo que la casa tiene su propio ritmo.

Greta rio en voz baja. —Eso dicen todos los que llegan. Pero cuando se acostumbran, ya no pueden irse.

Mientras hablábamos, un joven cruzó el pasillo con una caja de herramientas. Tenía el cabello oscuro, algo desordenado, y una energía inquieta que contrastaba con la calma del lugar.

—Ese es Lukas —explicó Greta—. Se ocupa del mantenimiento. Si oye golpes o ruidos extraños, probablemente sea él y no los fantasmas.

Lukas sonrió al pasar, sin detenerse.

—En esta casa, los fantasmas trabajan más que yo —dijo, y desapareció escaleras arriba.

Greta negó con la cabeza, sonriendo.

—Un chico curioso, demasiado para su bien. Pero tiene buen corazón.

La conversación se interrumpió cuando apareció Herr Meier, con paso marcial, impecable como la noche anterior. Su sombra parecía adelantarse un paso antes que él, como si vigilara el terreno antes de que su cuerpo llegara.

—La baronesa la espera después del desayuno —anunció—. Desea mostrarle el archivo.

Sentí un leve nudo en el estómago. No por nervios, sino por la intuición de que lo que iba a ver no se limitaba a documentos antiguos. Además, la situación me recordaba a los dos años de internado, en los que la directora era sumamente estricta en las normas y conductas.

Después del desayuno, Herr Meier me condujo por un corredor estrecho con las paredes cubiertas con madera; resultaba asfixiante. Las paredes estaban decoradas con grabados botánicos y mapas del siglo XIX. El silencio era tan extremo que se oía el roce de mis zapatos sobre la alfombra.

—El archivo está en el ala oeste. La baronesa suele trabajar allí por las tardes, aunque esta mañana ha preferido que usted empiece sola.

—¿Sola? —pregunté, un poco sorprendida.

—Dice que el primer contacto con la memoria debe ser íntimo. —Se detuvo y me miró—. Le ruego que no toque los documentos sin guantes. Están catalogados por orden, aunque no siempre con lógica.

Antes de seguir, abrió una puerta lateral que daba a una pequeña antesala. Allí, una mujer de mediana edad sacudía el polvo de un tapiz.
—Esta es Liselotte, aunque todos la llamamos Lisé —me presentó—. Se encarga de la limpieza.

Lisé interrumpió su tarea y me observó con curiosidad. Tenía los ojos grises, un moño apretado y una expresión que oscilaba entre la reserva y la advertencia. Tuve la impresión fugaz de que veía más de lo que decía, como si reconociera en mí algo que yo aún no sabía nombrar.

—Buenos días, *Fräulein*. —Su voz era suave, pero firme—. No todos los visitantes vienen tan temprano.

—No soy visitante —dije, sonriendo—. Estoy aquí para revisar los documentos de la baronesa.

—Ah, los papeles —murmuró ella, bajando la mirada—. A veces me parece que los papeles de esta casa respiran más que nosotros.

Herr Meier carraspeó con discreción.

—Lisé, la señorita Weiss necesita tranquilidad.

Ella asintió, pero antes de salir añadió en voz baja —Si oye un golpe o un suspiro, no se asuste. A veces el viento entra por donde no debe… y otras veces no es el viento.

Se fue cerrando la puerta. Su frase quedó suspendida en el aire, como una nota sin resolver.

El mayordomo me señaló una gran puerta doble.

—Aquí, la baronesa le permite revisar los documentos que usted considere pertinentes. Si necesita algo, basta con tirar de este cordón. Hizo una leve inclinación y se marchó.

Empujé la puerta. El olor a pergamino y desinfectante de limpieza me envolvió de inmediato. La sala era amplia, con estanterías altas que llegaban hasta el techo, un gran ventanal con cortinas de terciopelo azul y, en el centro, una mesa de roble donde descansaban varios cofres antiguos. El suelo crujía con un sonido apagado, como si no quisiera interrumpir el pensamiento.

Sobre la mesa, una pequeña campana de bronce y una lámpara de pantalla opalina. Encendí la luz y abrí el primer cofre. Dentro, carpetas de cuero numeradas, algunas con cintas deshechas y etiquetas ilegibles.

Empecé a revisar con cuidado. Cartas, notas, recortes, un retrato al carboncillo de una mujer joven; era el rostro de Sisí, aunque más humano, más cercano, como si hubiera sido dibujado desde el recuerdo y no desde la idealización.

En un cuaderno, una frase en alemán destacaba sobre las demás, escrita con una caligrafía fina:

«Überall Spiegel … Spiegel sind Zeugen der Seele».

Lo copié en mi libreta: *«Espejos por todos lados… los espejos son testigos del alma».*

Por un instante tuve la sensación de que la lámpara parpadeaba, pero era solo la luz del sol moviéndose tras las cortinas. Aun así, miré a mi alrededor. El aire parecía más denso, cargado de una quietud expectante.

En el extremo opuesto de la sala, una puerta estaba entreabierta. No recordaba haberla visto antes. Dudé, pero la curiosidad pudo más. Avancé unos pasos y empujé suavemente.

El cuarto era pequeño, apenas una antesala, con un espejo cubierto por un paño oscuro. Una corriente de aire frío salió de allí, como un suspiro largo. Me quedé inmóvil.

Entonces escuché una voz suave detrás de mí.

—No lo destape, *Fräulein.* —Era Lisé, no supe cómo había regresado—. No todos los reflejos están hechos para ser vistos.

No respondió a mi mirada. Solo bajó la vista, hizo una reverencia breve y se marchó en silencio. Me quedé sola frente a la puerta abierta, durante un instante, pensé en retirarme.

Pero algo en mí —una mezcla de intuición y desafío— me obligó a quedarme un poco más.

El espejo, cubierto, parecía respirar. Me di cuenta de que estaba conteniendo el aire, como si temiera despertarlo.

Entonces, sin razón aparente, el reloj del archivo marcó las doce. Resonando tan fuerte que hizo temblar el cristal de las ventanas. Y creí comprender que, en Rosenklang, incluso el tiempo obedecía a otra ley.

Al regresar de nuevo a la sala principal del archivo, la baronesa me esperaba junto a la ventana, de pie, con una carpeta en las manos. La luz de la mañana atravesaba los vitrales y caía sobre su rostro, dibujando reflejos azulados en la piel.

Durante un instante pensé que parecía parte del mobiliario, como si el tiempo también la hubiera incluido en su inventario.

—Ve que no le mentí —dijo sin mirarme—. Rosenklang guarda memoria, aunque no siempre en orden.

—Lisé me ha ayudado a orientarme —respondí, intentando sonar profesional.

—Ah, Lisé… —sonrió levemente—. Ella siente más de lo que entiende. No es poca virtud, en estos tiempos.

Dejó la carpeta sobre la mesa y me indicó que me acercara.

—He leído su proyecto de tesis. Le interesa la psique como espejo de la historia. Es una idea hermosa, pero incompleta.

—¿Incompleta? —pregunté.

—Porque el alma no refleja la historia, la crea. Lo que usted llama inconsciente colectivo no es un depósito, señorita Weiss, sino una fuente.

Sus palabras me desconcertaron.

—¿Cree que la historia nace de los sueños? Le pregunté.

—De los sueños, de las obsesiones, de las heridas. Lo visible es solo el eco.

Abrió la carpeta. Dentro había una serie de cartas, amarillentas, escritas con una caligrafía elegante. Me las tendió sin decir nada.
Leí el encabezado: *Elisabeth von Österreich – Schloss Possenhofen, 1859.*

—¿Son auténticas?

—Depende de lo que entienda por auténtico. Fueron escritas aquí, o traídas aquí. Lo cierto es que… —su voz se volvió más lenta — …Este lugar ha recogido cosas que otros quisieron olvidar.

Pasó la mano sobre el papel, casi con ternura. Y prosiguió hablando:

»Dicen que la emperatriz soñaba con un jardín donde las rosas cantaban con voz humana. Que buscaba un espejo que no la

devolviera hermosa, sino libre. Ludwig también hablaba de eso.

—¿De espejos?

—De reflejos —corrigió—. Él decía que hay almas que no soportan la luz directa, y por eso se esconden en otros cuerpos, en otros tiempos.

La observé sin saber si estaba hablando de ellos o de sí misma. El silencio que siguió fue denso, pero no me incomodó. El reloj del salón marcó las diez, y el sonido resonó como una campana interior. Esta vez era la hora real.

—Mire alrededor, señorita Weiss —continuó—. Cada objeto aquí tiene su espejo en otra parte. Los cuadros, los relojes, incluso los nombres. Algunos de esos reflejos permanecen, otros se rompen. Cuando eso ocurre, dejan pasar algo que ya no se puede detener.

Se giró hacia mí, con una mirada que mezclaba ternura y advertencia.

»El trabajo que va a hacer no consiste en estudiar documentos, sino en escucharlos. No los lea como investigadora. Léalos como si fueran sueños que no terminan de despertar.

Su voz bajó un tono.

»Y si alguna vez tiene la impresión de que algo la observa desde los espejos… no lo niegue. Limítese a sentir.

Tomó una de las cartas y la guardó en un sobre azul.

—Empiece por esta. Es la más antigua. Nadie ha podido fecharla con exactitud, pero el sello pertenece a una época en que Ludwig aún no reinaba.

—¿Y por qué guardarla aquí?

—Porque aquí el pasado no es un recuerdo, sino una conversación pendiente.

La luz cambió levemente. Fuera, el viento agitó los árboles, pero las cortinas apenas se movieron. La baronesa cerró el sobre y me lo entregó.

Al sostenerlo, la textura me recordó a la tarjeta de seguridad que Amsel me había entregado en Viena, dos llaves distintas, pero abiertas hacia la misma profundidad.

—No lo abra todavía —dijo con voz serena—. Las palabras que contiene buscan su momento.

Sostuve el sobre azul durante todo el trayecto hasta mi habitación. No era grande ni pesado; sin embargo, su presencia me resultaba desproporcionada, como si contuviera algo que no debía ser tocado con prisa. Lo dejé sobre el escritorio y me senté frente a él.

El silencio de la casa cambiaba según corrían las horas. Ya no era expectante, sino envolvente, casi compasivo. Podía oír el roce lejano del viento contra los postigos y el crujido de la madera, como si el castillo respirara en una frecuencia apenas audible.

Esperé un tiempo. Quizá necesitaba que me dieran permiso, aunque no sabía de quién. Finalmente, la abrí. Dentro, una hoja amarillenta, doblada con precisión. La tinta había perdido el negro y ganado un tono de óxido. Leí despacio, deteniéndome en cada trazo, como si las palabras pudieran quebrarse:

«He comprendido que las rosas no son flores, sino espejos.

Cada una guarda el reflejo de una emoción que no supimos nombrar. Si las cortas, sangran. Si las dejas vivir, te observan.

A veces sueño con un jardín donde las voces de los muertos son pétalos que caen sin ruido.

Y al despertar, sé que ese jardín existe… solo que no fuera de mí».

«E» (Firmado con una inicial)

Al terminar, tuve la sensación de haber leído algo que ya conocía. interior como si fueran un eco propio.

Volví a doblar la carta. El aire del cuarto me parecía más frío. El espejo del tocador reflejó la habitación y me hizo notar algo detrás de mí; otra vez esa sombra, un leve movimiento, similar a un parpadeo fuera de compás.

Parpadeé yo también. Nada, solo mi reflejo. Me incliné hacia delante y apoyé la frente contra el cristal. El contacto fue sorprendentemente tibio, como si el vidrio conservara el calor de otra piel. Entonces lo oí.

Una voz, apenas un susurro, sin idioma, como el roce de las hojas o el murmullo del agua. No provenía del espejo, ni de la habitación, ni de fuera, venía del mismo lugar que el sueño.

«Escucha, y recuerda».

Me aparté lentamente. La carta seguía sobre la mesa, inofensiva, plegada, como si nada hubiera ocurrido. Pero en el silencio supe que la conversación con el castillo y sus recuerdos había comenzado.

CAPÍTULO 7
Ecos entre los muros

Contemplación/Apertura

Durante los días siguientes intenté imponer orden a mis notas con una disciplina casi obstinada. Clasifiqué documentos por fechas, traduje fragmentos, comparé caligrafías, reconstruí secuencias. Pensé que, si el método era lo bastante riguroso, el archivo acabaría revelando una lógica estable.

Sin embargo, el trabajo avanzaba con una resistencia sutil, como si algo se deslizara siempre fuera del encuadre, desplazando apenas el centro de gravedad de lo que hacía.

No se trataba de hechos alarmantes. El reloj de mi escritorio se atrasaba cinco minutos cada mañana, de forma sistemática, como si siguiera un tiempo propio. Los papeles que dejaba ordenados reaparecían movidos unos milímetros, lo justo para que yo lo notara.

Una tarde encontré una ventana entreabierta que estaba convencida de haber cerrado. Me repetía que era el cansancio, la humedad, la altitud. Aun así, había momentos en los que el aire parecía adquirir otra consistencia, más espesa, y tenía la impresión de que la casa respiraba a través de mí, no conmigo.

Esa noche me quedé despierta hasta más tarde, la lluvia golpeaba los cristales con una cadencia irregular y el reloj del pasillo marcaba el tiempo de un modo extraño, como si dudara antes de cada tic. En medio de ese ritmo creí distinguir algo más, un roce leve, un desplazamiento apenas audible sobre el parqué.

Salí al corredor con una linterna, consciente de lo absurdo del gesto. No había nadie. Solo el eco de mis propios pasos, aunque con un desfase inquietante, como si el sonido llegara siempre un instante tarde.

Regresé a la habitación intentando desactivar la tensión con racionalidad. Abrí el cuaderno y escribí, no para registrar datos, sino para descargar la sensación corporal de desajuste, el ritmo, el eco, la impresión de no estar completamente sola. Cuando levanté la vista, el reloj marcaba las dos y cuarto. Fue entonces cuando advertí la frase, escrita al final de la página, con una firmeza que no reconocí como mía, aunque la letra lo fuera:

«No me estudies. Recuérdame».

La leí varias veces, más intrigada que asustada. El viento en los ventanales parecía acompasarse a ese pensamiento, como si la casa lo repitiera en un murmullo que no alcanzaba a convertirse en lenguaje. Cerré el cuaderno con cuidado, consciente de que algo había quedado abierto sin que supiera muy bien qué.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Greta observó mi expresión sin decir nada y me sirvió una taza de té antes de que la pidiera.

—Ha dormido poco, Fräulein —comentó, sin juzgar.

—Muy poco.

—Aquí las paredes escuchan —añadió—. No para espiar, sino por costumbre.

No supe si hablaba desde la superstición o desde la experiencia. Lukas entró en ese momento, con las botas cubiertas de polvo, y anunció que el ala norte volvía a crujir, como si la madera protestara por seguir en pie. Rieron. Yo también, pero mientras lo hacía, comprendí algo que no había querido formular hasta entonces: la casa no estaba viva como un organismo, sino como una memoria en perpetuo crecimiento.

Esa tarde, al revisar mis notas, descubrí que los párrafos escritos de madrugada habían cambiado de lugar. Estaban en otra página, integrados con una coherencia que no recordaba haber construido. Al final del texto aparecía una sola palabra:

«Clara».

No podía haberla escrito yo, y sin embargo la tinta y el trazo eran idénticos. Cerré el cuaderno con una inquietud contenida. El sonido seco del cierre resonó en los muros con una lentitud inusual, como si el eco se negara a extinguirse del todo.

Escribí a Margaret Lowell esa misma noche. Necesitaba compartir no solo los avances de la investigación, sino la sensación creciente de que Rosenklang no era un objeto de estudio neutro. Cada vez tenía más claro que el castillo albergaba aquello que había venido a buscar, aunque empezaba a sospechar que encontrarlo implicaría algo más que comprensión académica.

Los días siguientes se sucedieron con una quietud expectante. El tercer día de esa semana al abrir la sala del archivo, el silencio fue más denso de lo habitual. Liselotte había dejado una contraventana abierta y el viento movía los papeles con un ritmo irregular, casi musical. Al ordenarlos, apareció un sobre distinto a los demás, papel grueso, sin sello ni fecha, atado con una cinta azul gastada por el tiempo.

Dudé antes de abrirlo; no tenía referencia archivística ni marca de procedencia. Aun así, lo hice.

Dentro había una sola hoja, escrita con tinta sepia. El texto era breve, pero tenía la densidad de algo pensado durante mucho tiempo:

«Cuando los espejos callan, la memoria continúa hablando.
El tiempo no pasa, nos atraviesa.
Cada alma vuelve a la escena que no comprendió».

El papel olía a almidón y a un perfume antiguo que reconocí de los archivos textiles del museo de Viena. Pero lo que me descolocó fue la caligrafía. Recordaba a la mía. No había firma. Solo una palabra al final, escrita con un trazo más ligero, casi indulgente:

«Recuerda».

Guardé la hoja con cuidado y traté de explicarlo desde la lógica; una copia reciente, un documento añadido sin catalogar. Sin

embargo, una certeza se abrió paso con una claridad incómoda. No sabía si esas palabras hablaban de Sisí, de Ludwig… o de mí.

Ese mediodía decidí comer en la cocina con el servicio. Herr Meier mostró su desaprobación, pero Greta sostuvo la decisión con una firmeza tranquila y él cedió. La cocina se reveló entonces como el verdadero centro del castillo.

Me senté en silencio, observando. Los gestos se repetían con una precisión antigua, sostenidos por vínculos que no necesitaban explicación. El orden vigilado por Meier, el cuidado constante de Greta, la presencia silenciosa de Lisé, la atención dispersa de Lukas dibujando en un papel, todo formaba parte de una coreografía que no era consciente de sí misma.

Comprendí que no estaba asistiendo a una escena cotidiana, sino a una estructura viva. El fuego ardía. La sopa hervía. Y en ese movimiento constante, algo del castillo se sostenía.

Por la tarde, Lisé entró en el archivo sin hacer ruido.

—¿Ha encontrado algo nuevo, Fräulein? —preguntó, sin mirarme.

—Una carta.

—¿La leyó?

Asentí.

—Algunas cosas de este archivo no se dejan leer sin precio.

Se persignó al ver la hoja y salió sin añadir nada más. El perfume de lavanda quedó suspendido en el aire, mezclado con el olor del papel antiguo.

Casi al anochecer, Herr Meier me condujo al despacho de Verena. Ella estaba sentada junto al fuego, con un libro cerrado sobre el regazo.

—¿Ha estado en el archivo? —preguntó.

—Sí. Encontré una carta.

—Entonces ya la ha escuchado.

—¿Escuchado?

—Algunas cartas no se leen, Clara. Se reconocen.

No hubo reproche en su tono, solo una gravedad serena. Me indicó amablemente que descansara y dio la conversación por concluida.

Esa noche, Greta me llevó la cena al dormitorio. Cuando se marchó, decidí escribir a mamá. No para explicarle hechos, sino para compartir una intuición que empezaba a tomar forma.

Asunto: El alma del castillo

Querida mamá:

Hoy he vivido algo que necesito contarte con calma, porque no ha sido un hallazgo documental ni una intuición vaga, sino una escena completa que se me ha ordenado por dentro como solo ocurre cuando algo es verdadero.

He comido en la cocina del castillo, con el personal. No como observadora académica, sino sentada entre ellos, escuchando, mirando, dejándome estar. Y mientras lo hacía, tuve la sensación muy nítida de que no estaba viendo personas aisladas, sino funciones psíquicas vivas, como si el inconsciente de Rosenklang hubiera decidido mostrarse sin disfraces.

Hans Meier, el mayordomo, sostiene el orden con una rigidez que va más allá de la disciplina. No es solo jerarquía lo que defiende; es contención. Comprendí que encarna al ***Guardián del Umbral****, esa parte de la psique que protege el acceso a lo inconsciente, no por crueldad, sino por miedo a que lo reprimido irrumpa sin control. Cuando Lisé habla de presencias o pasillos, él calla, pero su silencio no es ignorancia, es conocimiento no formulado. Sabe, y por eso vigila.*

Greta Hoffmann, en cambio, ocupa el lugar de la ***Gran Madre Nutricia****. Su cocina es un útero cálido donde todo se amortigua, el miedo, el conflicto, incluso la pregunta. Alimenta, consuela, regula; también comprendí su límite; su función es sostener la vida cotidiana, no cuestionarla. Niega lo oscuro no por ceguera, sino porque su tarea es mantener el hogar funcionando. La suya es una sabiduría corporal, no simbólica.*

*Liselotte Berger es distinta. Ella no explica, presiente. Se mueve como si escuchara otra frecuencia. Entendí que representa a la **Médium**, la portadora del lenguaje primitivo del alma, esa parte que capta lo que aún no tiene forma consciente. Su superstición tampoco es ignorancia; es un saber arcaico que incomoda porque no puede traducirse fácilmente. Cuando habla, el sistema se tensa, por eso la corrigen.*

*Y Lukas… Lukas es el **Puer Aeternus**, el niño eterno. Juega con símbolos sin saber que lo son, dibuja pasillos como si los recordara, imagina sin defensa. Aún no ha sido domesticado por el Yo adulto. Por eso Greta lo protege, Hans lo vigila y Lisé lo advierte. Él es la imaginación viva, todavía libre, y por eso también vulnerable.*

Lo más revelador no fueron ellos por separado, sino los vínculos que los mantienen en equilibrio. Greta y Hans, la madre y el guardián, se necesitan, aunque se opongan. Lisé y Hans comparten un silencio tenso; el guardián y la médium saben más de lo que dicen. Greta y Lisé chocan porque una contiene y la otra señala. Y Lukas orbita entre todos como posibilidad abierta.

Entonces, sin más, lo vi claro:
*la **cocina es el inconsciente del castillo**,*
*el fuego **es el deseo**,*
*la **sopa es la memoria en elaboración**,*
*las **supersticiones son síntomas**,*
*y ellos no son empleados, sino **fragmentos de una psique colectiva que aún no han despertado del todo**.*

Mamá, Rosenklang no conserva su historia solo en archivos y retratos. La conserva en las personas que lo habitan y en las funciones que repiten sin saberlo. No estoy estudiando un lugar, estoy dentro de un sistema simbólico vivo.

Ahora entiendo por qué Sisí y Ludwig aparecen una y otra vez en mis pensamientos. No como figuras históricas, sino como almas atrapadas en estructuras que no supieron integrar. Quizá este castillo no guarda su memoria para ser analizada, sino para ser recordada de otro modo.

No sé aún qué hacer con todo esto. No tengo conclusiones ni certezas, solo la sensación de haber rozado una estructura profunda que no se deja observar sin implicar a quien la mira.

Tal vez este castillo no quiera ser explicado, sino acompañado. Quizás mi trabajo aquí no consista solo en comprender, sino en sostener la pregunta el tiempo suficiente.

Te escribo porque tú siempre supiste esperar sin forzar sentido. Yo intentaré hacer lo mismo.

Con todo mi amor,

Clara

Al cerrar los ojos, comprendí que algo había cambiado de manera irreversible. Ya no sabía si escribía lo que recordaba o si empezaba a recordar lo que aún no había sido vivido.

CAPÍTULO 8
La torre y la sombra

Encuentro con el arquetipo de la Poeta

Dormí mal, despertándome varias veces durante la noche. La misma sensación volvía cada vez que cerraba los ojos; no sabía si estaba recordando o inventando, si escribía lo vivido o vivía lo que escribía.

Al amanecer, el cielo del Tirol tenía un gris limpio, casi clínico. Desasosegada encendí el portátil y me alegré; había una respuesta de la Dra. Lowell a mi correo.

Querida Clara:
No temas al símbolo. Lo que se repite no busca asustarte, sino hacerse consciente.
Recuerda, todo lo que observas fuera ya estaba dentro.
M.

No había teoría, ni bibliografía, ni explicación detallada. Solo esa frase:

«Lo que se repite no busca asustarte, sino hacerse consciente».

La leí varias veces. Me produjo una leve vergüenza; llevaba días intentando controlar el castillo con método académico, y quizá Rosenklang solo me estaba devolviendo una pregunta que ya era mía.

Abrí el cuaderno. Entre las notas de los últimos días se repetían cinco palabras: eco, reloj, fuego, espejo, sombra. Las subrayé en rojo. Escribí debajo:

«Cinco escenas, una sola voz.

¿De quién es la memoria que habla aquí?».

Me detuve.

«Memoria que habla» no era un concepto técnico, sino una formulación incómoda, más cercana a un verso que a una hipótesis.

Bajé directamente al archivo. No tenía hambre, únicamente necesitaba escribir y ordenar algo, aunque solo fuera externamente. Herr Meier estaba revisando una lista junto a la entrada.

—La baronesa ha autorizado que hoy consulte la caja 27-B —dijo, sin saludo previo—. Correspondencia privada, anexos poéticos.

Alzó la vista un segundo, como si quisiera medir mi reacción. Asentí sin más. Entré y me puse a localizarla entre los estantes. La caja 27-B estaba en una estantería alta.

El cartón, algo combado, tenía un rótulo apenas legible: «Versuche / Entwürfe». Lo traduje: *experimentos/borradores*.

La coloqué sobre la mesa. Dentro, pequeños cuadernos, hojas sueltas, fragmentos de poemas copiados a mano. No todos eran de Sisí, pero en algunos reconocí su caligrafía inclinada, nerviosa.

Pasé páginas sin prisa. Había versos tachados, palabras corregidas, márgenes llenos de anotaciones impulsivas.

En uno de los cuadernos, casi al final, encontré un poema sin título. El papel era más fino, la tinta más pálida.

Me dispuse a leerlo:

«Me refugio en la torre de mis palabras,
donde nadie sube.
Desde allí contemplo el desfile de máscaras
y sé que ninguna es mi rostro.
En lo alto el aire es claro,
pero la soledad pesa como piedra húmeda.
Si bajo, me pierdo.
Si permanezco, me disuelvo.
Por eso escribo,
para no caer del todo
ni quedarme del todo arriba»

Solo una inicial temblorosa: **E.**

Sentí un nudo en la garganta. Esto no era un escrito de una emperatriz mitificada, era una mujer hablando desde un lugar interior que le dolía.

Apoyé los codos en la mesa. No pensé en conceptos. Solo pude escribir en mi cuaderno:

«La torre no es un lugar.
Es la habitación más alta del alma cuando ya no sabe dónde pertenecer».

Tuve la sensación de no estar analizando a Sisí, sino escuchando a alguien que me hablaba directamente, eso me acongojó unos instantes.

Un golpe suave en la puerta quebró el silencio. Lukas asomó la cabeza, con el pelo revuelto y una carpeta grande bajo el brazo.

—Perdón, ¿molesto? —preguntó—. Karl me ha pedido que deje esto aquí. Revisando las conducciones del ala norte, han aparecido más planos.

Dejó la carpeta sobre una silla. Cuando iba a irse, se detuvo.

—Por cierto… ¿Ha visto la torre desde el jardín?

Negué con la cabeza.

»Al atardecer se proyecta justo encima de esta sala —señaló el techo—. Karl dice que, antiguamente, subían ahí para escribir y leer. Que era el único lugar donde el viento no traía las voces de la planta baja. A mí me parece una tontería romántica, pero… —encogió los hombros—, a veces, cuando miro hacia arriba, tengo la impresión de que alguien todavía está allí, pensando.

No dijo nada más. Se marchó con la naturalidad de quien lleva muchos años conviviendo con historias que ya no sabe si creerlas o no.

Me quedé sola con la carpeta de planos y el cuaderno de poemas. Plano de la torre. Poema de la torre. Dos lenguajes para una misma altura.

Decidí abrir la carpeta; me picaba la curiosidad, demasiadas sincronicidades. Se veían distintos dibujos; en uno de los croquis, había escrita una nota al margen —tal vez de un arquitecto posterior — que decía:

«La torre se usa cada vez menos.
Demasiado alta para la vida cotidiana.
Demasiado baja para olvidar».

Copié en mi cuaderno la anotación; me llamó la atención. Luego añadí por mi cuenta:

«Demasiado alta para la rutina.
Demasiado baja para el olvido.
Exactamente el lugar de la poesía».

Al escribirlo, supe que no estaba haciendo un comentario académico. Era otra cosa.

Llegado el mediodía, la baronesa Verena apareció en el umbral del archivo. Miró y no entró; decidió quedarse ligeramente apoyada en el marco.

—Veo que ha encontrado la 27-B. No todos los investigadores se detienen en los borradores.

—Los borradores cuentan más la verdad —respondí.

Ella ladeó la cabeza.

—Eso pensaba la emperatriz. Por eso los escondía.

Se acercó a la mesa. Tomó el cuaderno del poema, lo hojeó con delicadeza y lo devolvió a su lugar.

—Aquí, en el archivo siempre hace frío. Nunca hemos conseguido eliminarlo del todo. Creo que es un tipo de temperatura del alma.

Devolvió su mirada sobre mi cuaderno abierto.

—Ha empezado a escribir diferente —observó.

Me sorprendió su precisión.

—¿Distinto? —pregunté.

—Sí. —No sonrió, pero su voz se ablandó—. Antes tomaba simplemente notas; ahora escucha. Es lo que hacen los poetas, aunque finjan que solo investigan.

No supe qué contestar. Aquella palabra —poetas— me incomodó. Yo era psicóloga, doctoranda, psicoanalista de formación. No me sentía autorizada para nombrarme así.

Como si adivinara la resistencia, la baronesa añadió:

—No es un título. Es un oficio del alma. Alguien en mi familia decía que la poesía es lo que ocurre cuando la sombra encuentra un lenguaje que no la destruye.

Luego añadió, con un gesto sutil señalando la ventana:

»Por la tarde, vaya al jardín sur. Desde allí verá la sombra de la torre caer justo sobre el archivo. A veces conviene mirar las cosas desde abajo antes de subir a ellas.

Y se fue.

Salí sin admitir que la estaba obedeciendo. En el jardín sur, el castillo se recortaba contra un cielo de nubes bajas. La torre, discreta, octogonal, proyectaba una sombra oblicua sobre la fila de ventanas del archivo.

Me quedé un rato mirándola. No era inquietante. Era… precisa. Como si señalara un lugar exacto, la zona donde yo pasaba las horas, doblada sobre papeles ajenos.

Pensé que quizá así se veían, desde fuera, todas las vidas que intentan sostener una altura que no escogieron. Saqué el cuaderno del bolso. Y, escribí, sin corregir:

«La torre proyecta su sombra sobre el archivo.
La parte más alta cae sobre la más antigua.
Eso hago al escribir,
dejo que la altura de mi deseo caiga sobre la historia que estudio.
Y en ese cruce, algo se vuelve verdadero».

No parecía evidentemente una nota de tesis, era otra voz. Una parte de mí quiso detenerse. Otra, más antigua, siguió. Añadí:

«A veces se escribe arriba para no ser tragada abajo.
A veces se escribe abajo para no perderse en la altura.
Quizá por eso nos encontramos aquí».

Cuando levanté la vista, el sol se escondía detrás de las nubes y la sombra de la torre se desdibujaba lentamente sobre la piedra. Esa

tarde el castillo estaba silencioso, pero ese silencio daba espacio para aposentar lo vivido.

Antes de dormir abrí una nueva página:

«Apuntes desde la torre interior»

No sabía si esas líneas pertenecerían a la tesis o a algo que aún no tenía nombre. Deje que la mano se moviera sola:

«La sombra no es ausencia de luz, sino lo que la luz todavía no sabe nombrar.
Toda vida necesita una altura desde donde contarse, aunque nadie más escuche.

Ser poeta no es una profesión, es la parte del alma que se niega a reducirse a diagnóstico».

Me quedé mirando las líneas. Eran mías, pero no las asociaba a mí del todo. Cerré el cuaderno con suavidad. No sentí miedo, sentí vértigo y alivio a la vez.

Por fin comprendí que no había venido solo a estudiar la voz de Sisí y Ludwig. Había venido —aunque no me lo hubiera confesado— a escuchar la mía cuando se atreviera a hablar.

Esa noche, al apagar la luz, supe que la torre ya no estaba arriba. La llevaba dentro.

CAPÍTULO 9
La rosa prensada

Llamado del ánima

El amanecer llegó sin resistencia, como un gesto que no pretende anunciar nada. Seguía durmiendo poco; las noches se habían vuelto un territorio difuso donde los sueños se infiltraban en las horas despiertas con una insistencia que empezaba a resultarme incómoda. Había algo en su forma que ya no era inocente, una especie de presión interna, como si una parte de mí quisiera hablar a través de ellos.

Volví al archivo, esta vez, no por rutina, sino por necesidad. Era el único lugar del castillo donde el silencio parecía tener cuerpo, donde podía escucharme sin dispersarme. El olor a papel viejo, a cera y a madera me envolvió apenas crucé el umbral. Me sorprendió comprobar que ese aroma, que al principio me había desconcertado, empezaba a resultarme familiar, casi íntimo.

Apilé carpetas, abrí una, la descarté; abrí otra, la hojeé sin atención. Entonces apareció un volumen encuadernado en cuero blanco, con el lomo agrietado y una cruz casi borrada. Me quedé quieta. Lo reconocí antes incluso de tocarlo; era idéntico al que aquella mujer desconocida había dejado olvidado en el café Landtmann, el día en que el camarero me entregó una rosa negra envuelta en una servilleta.

Habían pasado dos meses, pero el recuerdo seguía vivo: la mujer rubia del abrigo gris, el gesto apurado, la taza aún tibia, el murmullo de la cafetería vienesa… y esa rosa imposible, tan oscura que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. La guardé semanas enteras en mi escritorio. Nunca supe explicar por qué no la tiré. Ahora empezaba a entenderlo; la escena no había sido un incidente, sino una llamada suspendida en el aire, esperando respuesta.

Abrí el misal. Las páginas crujieron como si exhalaran. Entre dos hojas del Evangelio de Juan encontré una flor prensada, perfectamente conservada. No era negra, no del todo. Tenía un violeta profundo, casi mineral, con los bordes plateados por el tiempo. El olor era tenue, seco, como si hubiese aprendido a esperar sin deteriorarse.

Debajo de la flor, escrito con tinta sepia, un nombre: **Titania**.
El trazo era femenino, inclinado hacia la derecha, con esa seguridad elegante de las manos del siglo XIX.

Me quedé inmóvil. Sin más, vino a mi mente una frase de Jung que había subrayado años atrás:

«El alma se hace oír cuando la persona ya no puede seguir fingiendo».

El nombre pareció adquirir otro significado después de recordarla. «Titania». La reina de las hadas, sí, pero también la encarnación de lo femenino creador, la parte imaginativa, fértil, indisciplinada. La fuente del ánima.

Pensé en Sisí, en la mujer que escapaba para poder respirar. En la poeta clandestina, en la que escribía versos como quien se abre una herida para que entre algo de luz.

Y mire en mí, en la Clara que analiza porque teme sentir, en la que ha confundido durante años lucidez con protección.

Apoyé la mano sobre la página. Un temblor leve recorrió mi piel. No era sugestión. Era un pulso. Como si algo —o alguien— reclamara ser escuchado.

¿Quién había escrito ese nombre? ¿La propia Elisabeth? ¿Una lectora que comprendió su soledad? ¿O una mano anónima que intuyó que el verdadero exilio de una mujer empieza cuando se niega su voz interior?

La rosa no era una reliquia, era un mensaje dirigido al presente. A mí.

«Titania» empezó a resonar en mi cabeza de un modo extraño, no como un personaje literario, sino como un sonido que provenía de muy lejos y muy adentro a la vez.

Reviví algo que había dicho la Dra. Lowell en un seminario, años atrás: «El ánima no se manifiesta como ideal; siempre llega como pregunta».

Y esta rosa era justamente eso, una pregunta prensada bajo siglos de silencio. Tomé una hoja en blanco y dejé que algo escribiera por mí, casi sin intervención consciente:

«Titania no es solo la reina de las hadas.
Es la voz que se pierde cuando una mujer decide ser razonable.
Es el lenguaje que aparece cuando el pensamiento se queda pequeño. Es el pulso que permanece bajo las ruinas de lo aprendido».

Me avergoncé un poco, no porque fuera cursi —no lo era—, sino porque esa voz era demasiado auténtica. Más que la que solía usar cuando escribía tesis o informes clínicos. Más que la voz con la que me defendía de mí misma.

En un impulso cerré el misal. El borde de la flor se quebró y un polvo violeta cayó sobre mis dedos. Tuve la absurda impresión de que la flor sangraba por mí.

Guardé el libro y me quedé quieta, observando la luz que entraba. El aire estaba lleno de partículas suspendidas; parecían polvo, pero no lo eran. Eran tiempo, recuerdo, memoria.

Y, esta vez, sentí que la casa respiraba a mi ritmo. Como si hubiera reconocido mi presencia, o mi pregunta.

A media tarde, Herr Meier vino a buscarme; la baronesa Verena von Heller deseaba tomar el té conmigo en el salón azul cielo.

Ese salón me gustaba especialmente; desprendía un aura distinta. Apenas crucé el umbral, entendí por qué Sisí escribía allí sus poemas; la luz entraba con ese mismo tono azul, delicado, casi

etéreo. Era un color que no imponía, sino que abría, que daba paz. El mismo tono que la emperatriz había elegido para sus despachos en Hofburg y Achilleion[5].

Verena estaba sentada en un sillón también tapizado en azul cielo. El té de bergamota humeaba entre nosotras.
Hablamos primero de trivialidades —familia, política, climatología— con esa cortesía que actúa como antesala de las verdades.

Entonces ella me miró con un interés más directo.

—¿Cómo está viviendo sus descubrimientos, señorita Weiss?

Tragué saliva y, le hice una pregunta como respuesta.

—¿Alguna vez ha sentido… que lo que estudia empieza a estudiarla a usted?

No pareció sorprendida. Solo sonrió, casi con compasión.

—Si eso no le ocurre al menos una vez —dijo suavemente—, es que una no ha estudiado nada que valga la pena.

—No hablo de fascinación intelectual. Es algo más físico… emocional. Como si hubiera empezado a llevar encima algo que no es mío.

—¿Está segura de que no lo es? —replicó—. A veces lo que heredamos no está en la sangre, sino en la mirada.

Guardé silencio. Yo también sabía eso, lo había visto cientos de veces en consulta.

—He soñado con un jardín lleno de espejos —admití al fin—. Me vi reflejada en una mujer que no soy. Y, sin embargo, me reconocí sin dificultad.

Verena apoyó la taza y me observó con una seriedad tranquila.

—El espejo nunca devuelve exactamente lo que una espera. Pero tampoco miente del todo.

Quise avanzar sin acertijos.

—¿Usted también ha tenido esos sueños?

Ella asintió, casi en un susurro.

—Una vez. Era joven. Caminaba por este mismo pasillo… pero llevaba un vestido que nunca he tenido. Vi a una mujer peinarse frente a un espejo. No era yo, pero me miró como si me conociera.

—¿Y qué hizo?

—Desperté. Y no volví a cruzar esa frontera. No obstante, siempre me he preguntado qué habría pasado si me hubiera acercado. Usted, Clara… usted está cruzando.

Se inclinó un poco hacia mí.

»Solo le pido algo, no confunda el reflejo con la identidad. No viva en espejos ajenos, aunque sean bellos o trágicos.

Asentí.

—No quiero sustituirla —dije en voz baja—. Solo quiero entender por qué la siento tan cerca.

Verena bajó la voz todavía más.

—Porque hubo mujeres que no fueron vistas en vida. Y cuando una mirada limpia llega… ellas responden.

Esa noche, tras una cena sencilla en mi dormitorio, sentí una necesidad casi urgente de ordenar el día. Hice lo que a veces pido en terapia a mis pacientes: escribir una carta que jamás será enviada.

Fue casi un alivio dejar que la pluma hablara:

Querida Elisabeth,

No sé cómo nombrarla, emperatriz, sombra, reflejo… o simplemente mujer.

He caminado durante semanas entre fragmentos de su vida, poemas, vestidos, silencios. No quiero interpretarla; quiero escucharla.

Sueño con usted más de lo que me atrevo a admitir. Sueño con su corsé que aprieta, con la ligereza forzada de sus pasos, con esa

mezcla de huida y búsqueda que yo también reconozco. No sé si fue cobardía lo que sintió o valentía. Pero entiendo ese impulso, no quedarse donde el alma no crece.

Gracias. Por resistirse.

Por conservar un fragmento de sí misma que nadie pudo poseer.

Por su terquedad luminosa.

Cuando la miro en el espejo, no veo a la emperatriz. Veo a la mujer que pidió silencio y que, tal vez, empieza ahora a ser escuchada.

Con respeto,
Clara

Esa noche soñé con un jardín suspendido en penumbra. Todas las flores eran negras, pero no daban miedo. Eran como voces dormidas esperando que alguien pronunciara su nombre.

CAPÍTULO 10
El espejo cubierto

Resistencia / miedo al reflejo

Caminé hacia el ala este antes de pensarlo demasiado. No era una decisión objetiva, sino un gesto de evasión con forma de paseo, desplazarse para no quedarse quieta junto a una pregunta. Desde la rosa prensada, después del nombre «Titania» pronunciado en silencio, algo en mí había empezado a vibrar como un hilo tenso. No quería tocarlo aún. No podía mirarlo de frente. Hay resistencias que se visten de curiosidad.

El ala este era distinta al resto del castillo. No por más oscura ni por antigua —Rosenklang estaba reconstruido, limpio, vivo—, sino por el tipo de quietud que guardaba. Como ciertas habitaciones de la mente que se cierran solas cuando uno todavía no está listo. Me moví despacio, notando cómo el suelo cambiaba de textura bajo las botas, cómo la luz se hacía más tenue al entrar en un corredor donde los ventanales eran más estrechos y los techos más bajos.

Las paredes estaban cubiertas de retratos de mujeres de distintas épocas. No eran sombríos ni amenazantes; estaban ahí como una genealogía visible. Me detuve frente a uno de ellos, una joven con el cuello recto, la mirada frontal, una serenidad que no era quietud, sino que mostraba disciplina. Cada retrato parecía una variación de otro anterior, como si el castillo hubiese decidido repetir un rostro hasta entenderlo. O hasta que alguien lo entendiera por él.

Pasé por un corredor largo, casi vacío, y vi una puerta entornada al fondo. No pensé, pero supe que debía empujarla. Era ese tipo de certeza que no tiene lógica; nace en el cuerpo antes de que la mente alcance a justificarla. Entré.

La habitación estaba protegida por una penumbra suave. No era un cuarto en ruinas, sino un espacio deliberadamente apartado.

Había muebles cubiertos con sábanas, no por abandono, sino por decisión. Y en el centro, como una presencia vertical, una forma alta y rectangular velada bajo una tela gris.

Tuve claro que era un espejo antes de verlo. No lo intuí, lo reconocí. Cómo se reconoce un recuerdo que no te pertenece del todo, pero que te ha estado esperando.

Di un paso más. El suelo crujió con un sonido breve; en ese mismo instante escuché una voz detrás de mí, nítida, sin teatralidad.

—No lo toque, Fräulein Weiss.

Me giré.

Greta estaba en el umbral; no parecía enfadada, tampoco alarmada. Tenía las manos manchadas de harina, como si hubiese salido de la cocina sin tiempo de limpiarse, y en el rostro una tensión que no le conocía. Lo que me inquietó no fue su gesto, sino su manera de sostenerlo; no era miedo histérico, era convicción.

—¿Por qué? —pregunté, sin moverme.

Me miró un segundo más de la cuenta, como si intentara encontrar la forma justa de decirme algo que no quería proyectarme encima.

—Ese espejo no perdona.

Lo dijo sin elevar la voz, con la naturalidad de quien ha visto ocurrir algo real. Eso lo hizo más serio que cualquier dramatismo.

—¿Qué quiere decir con que no perdona?

Greta avanzó un paso, pero no entró del todo. Se quedó en ese borde donde una conversación se vuelve umbral.

—Hay objetos —dijo despacio— que guardan imágenes que nadie quiso ver. Y cuando alguien vuelve a mirarlas… exigen su deuda.

El silencio que se abrió después no fue incómodo; fue inquietante. Ella misma pareció darse cuenta de lo que acababa de decir. Bajó la vista un instante, y cuando levantó la cara ya era otra vez la Greta de cada día, pero con una grieta en la voz.

—La baronesa ordenó cubrirlo después de… —Se detuvo, buscando una palabra más suave— después de que alguien se atreviera a mirar demasiado.

—¿Quién?

Greta sostuvo mi mirada solo un instante.

—Una mujer. Como usted.

No añadió nada más. Se persignó, no como quien invoca una superstición, sino como quien se protege de algo que sabe que existe. Luego salió del cuarto con pasos pequeños, llevándose consigo sus manos sucias de harina y esa frase de la que no iba a poder desprenderme con facilidad.

Me quedé sola frente al espejo cubierto. La tela pesaba, era antigua y densa. No se movía con el aire, caía, simplemente, como un velo sobre algo que no debía ser visto todavía. Me acerqué lo justo para sentir el impulso físico de levantarla; era como electricidad en los dedos. Como un deseo que no viene de la voluntad, sino de una parte menos educada de la mente, la que quiere saber, aunque duela.

Recordé la torre. Pensé en aquella figura, en un reflejo que no era del todo mío. Y entendí, con una claridad amarga, que cada vez que una mira hacia dentro, algo se rompe, algo se desmorona. El yo no sobrevive intacto al conocimiento; se ve obligado a reformarse.

Cerré los ojos. No vi una escena, sino un destello, la espalda de Elisabeth frente a un espejo. No era la emperatriz de los retratos, sino una mujer cansada sostenida apenas en su propio gesto. Observé también mi propio rostro, no como lo miro cada mañana, sino como lo siento cuando no me miro, vulnerable, más real, menos controlado.

En aquel instante escuché una frase que no supe si venía de mí o de algún lugar más profundo:

«El conocimiento no libera, desnuda».

Abrí los ojos. No levanté la tela. Aún no. Salí y cerré la puerta con suavidad, como quien deposita una pregunta en un espacio

donde no se pierde, solo espera.

El pasillo volvió a parecerme un pasillo. Pero yo no era exactamente la misma que había entrado allí. Me acompañaba una presencia interna, contenida, como si el espejo —aún cubierto— hubiese empezado a mirarme desde dentro.

Para no volver de inmediato a ese cuarto, seguí caminando. No era valentía, era necesidad de distancia.

Mientras me iba alejando del lugar, encontré, al final de un tramo estrecho, una puerta que no destacaba. Nadie me había hablado de que Rosenklang tenía una capilla; me pareció extraño. En cualquier castillo con historia, las capillas suelen ser el corazón visible del linaje. Aquí, sin embargo, parecía un secreto arquitectónico, algo que el lugar se había guardado. Abrí la puerta con suavidad.

Dentro no había bancos ni altar ni cuadros devocionales. Era una estancia sobria de piedra limpia. Un rosetón alto proyectaba una luz pálida sobre el suelo de mármol. No parecía un espacio abandonado; era una zona que había decidido quedarse en silencio.

En un rincón, tapado con una tela de lino color hueso, había un reclinatorio. Dudé, no por respeto religioso, sino por el mismo instinto que me había llevado a no hacerlo en el espejo cubierto, la certeza vaga de que allí había algo más.

Al final retiré la tela. La madera estaba tallada con delicadeza, pero el cojín había cedido por el tiempo. Al apoyar la mano, sentí una leve hendidura. Pequeña, casi imperceptible. Introduje los dedos y tiré.

Un compartimento oculto se abrió con un suspiro que soltó polvo de años. Dentro, enrollada con una cinta azul gastada, descansaba una carta.

El sobre no tenía sello ni fecha. Solo una palabra escrita con caligrafía firme y femenina:

«Ludwig».

Me quedé inmóvil. El cuerpo hace algo raro cuando reconoce una pieza de su propio rompecabezas: primero se contrae, luego se

queda muy quieto. Oí mi respiración, el latido en las orejas, una gota cayendo en algún lugar del techo.

Tuve una certeza, aquella carta no había sido escrita para ser enviada. Había sido escrita para ser encontrada. Y yo había llegado.

La guardé con cuidado y regresé al dormitorio con la prisa contenida del que lleva algo frágil en los bolsillos. Cerré la puerta tras de mí, dejé la carta sobre la mesa, respiré un momento antes de abrirla. Leí.

Schönbrunn, octubre de 1875

Querido Ludwig:

Hoy he soñado contigo. Estabas en un lago sin orillas, vestido de azul, cantando algo que no podía entender. No me hablaste, pero supe que me oías.

A veces pienso que somos como pájaros que se reconocen en mitad de una migración errática. Dos almas en tránsito.

Tú tienes tus castillos, tus dioses nórdicos y tu música sublime. Yo tengo mis caballos, mis viajes, mis silencios. Ambos huimos de aquello que debimos representar.

¿Sabes? Me asfixia la idea de ser una estatua viva. Una emperatriz sin patria interior. A ti también quieren moldearte, y tú —como yo— no te dejas.

Ojalá hubiésemos nacido en un siglo sin tronos ni espejos.

Con un afecto que no necesita forma,
Elisabeth

La carta era breve, pero no podía considerarse simple. Tenía el peso de lo que se escribe sin máscara, con la confianza de que nadie la juzgará porque nadie la leerá. Y, sin embargo, yo la estaba leyendo.

Me quedé un rato con la hoja en la mano. Un impulso hizo que no levantara la cabeza; no quería verme el rostro en el espejo de mi tocador. No me apetecía comprobar la cara que ponen las personas cuando se enteran de que algo está cambiando su vida.

Me acerqué al balcón, abrí el ventanal para que entrara el aire frío. No era un gesto poético, era fisiológico. Necesitaba respirar.

El cansancio me venció más rápido de lo que esperaba. Me tumbé con la manta de lectura sobre las piernas, y el cuerpo, como si hubiera tomado una decisión por mí, se durmió.

El sueño no llegó como una historia. Llegó como un estado. Caminaba por un jardín que no era el de Rosenklang, pero tampoco me resultaba ajeno. No había viento y, sin embargo, todo parecía vibrar levemente, como si el aire estuviera lleno de una música inaudible. El camino era de grava blanca, y la luz tenía ese tono intermedio que no pertenece ni al día ni a la noche.

A ambos lados del sendero había espejos. No estaban colocados como decoración, sino como frontera. Algunos intactos, otros velados por vaho, otros con pequeñas grietas en los bordes. Yo no elegía mirarlos, los espejos me miraban a mí.

En el primero vi una silueta femenina, de espaldas, peinándose con lentitud. No distinguí el rostro. No hacía falta. El gesto era suficiente, esa manera de sostener un cuerpo cuando nadie más lo sostiene.

En otro espejo vi un niño con levita azul sujetando un libro cerrado. No me miraba; esperaba. Y esa espera, misteriosamente, era la mía.

Seguí caminando. Los espejos se repetían sin ser idénticos del todo. Cada uno devolvía una fuerza distinta: cansancio, pérdida, dignidad, rabia callada. No eran escenas, sino estados del alma.

Escuché una voz a mi espalda. No era amenazante, tampoco seductora. Estaba exasperadamente triste, como una pregunta que no se atreve a sonar fuerte.

—¿Por qué sigues entrando aquí?

Giré, pero no había nadie. Supe, sin saber cómo, que la voz no estaba fuera, sino en el espacio mismo del sueño.

—No eres ella, Clara.

Quise responder, *no lo pretendo*, pero también tomé conciencia, con una honestidad que solo existe dormida, que una parte de mí, sí lo deseaba. No ser Elisabeth en concreto, pero sí ser vista. Ser libre como ella no pudo serlo. Ser escuchada como ella no lo consiguió.

Los espejos empezaron a vibrar. No era ruido, sino una sensación de presión en el pecho al agitarse. Algunos se agrietaron en silencio. Otros quedaron opacos, como si se negaran a seguir devolviendo imágenes.

En el último espejo, pequeño y casi escondido, vi una escena mínima, Ludwig de espaldas a una ventana, escribiendo. La vela junto a él no parpadeaba, estaba estática, pero no era un retrato, sino una presencia.

Levantó la vista. Me miró con una ternura inexplicable. No dijo nada. No hizo falta.

Entonces el espejo se quedó vacío. Yo estaba sola en el jardín. Ya no había marcos, ni superficies reflectantes, ni pasillos infinitos. Solo quedábamos el camino de grava y yo.

En el suelo había una rosa negra seca. La recogí con cuidado; no tenía espinas, parecía ligera, como si no pesara más que una idea.

Sentí que la niebla empezaba a envolverlo todo. No me dio miedo. Guardé la rosa en la mano, cerré los ojos. Esta vez no desapareció.

Unos golpecitos en la puerta me despertaron. Lisé me avisaba para que bajara al comedor. Me recogí el pelo con una pinza sin pensar mucho. Aún llevaba en el cuerpo la bruma del sueño.

Bajé con la carta guardada y el sobre aparte, decidida a preguntar a la baronesa si conocía la existencia de aquella capilla… o de ese escondite.

Verena ya estaba sentada. Me esperaba con la paciencia del que ha vivido muchas cosas.

Cuando me vio entrar con los documentos, sonrió.

—Veo que hoy ha encontrado una pieza del puzle que el lugar está dispuesto a darle. ¿Qué es, señorita Weiss?

Le acerqué la carta y el sobre. Lo sostuvo con atención clínica.

—¿Dónde la encontró?

—En la capilla. Dentro del reclinatorio.

La baronesa apenas arqueó las cejas. No parecía sorprendida, pero sí cauta.

—Bien. Muévase con cuidado, Clara. Hay zonas que abren puertas interiores que no siempre se saben cerrar.

Con un gesto suave dio por terminada la conversación. Herr Meier comenzó a servir la comida y Verena pasó a trivialidades domésticas con una habilidad que no era evasión, sino gestión del momento.

Al finalizar el café, se levantó.

—Ah, señorita Clara… tiene un documento en la mesa del archivo que, después de lo que ha encontrado, creo que le interesará. Me temo que mi querida Sisí no llegó a leerlo nunca. Las suegras a veces esconden cosas.

Se detuvo un segundo, fijándose en mi recogido.

—¿Qué lleva enredado en el pelo?

Me llevé la mano arriba sin entender. Había una pluma negra pequeña atrapada en la pinza. No sabía desde cuándo estaba ahí y no recordaba haberla puesto. Meier se acercó con discreción y la retiró con cuidado, como si fuera algo frágil o ajeno.

La baronesa no dijo nada más. Se fue.

Yo me quedé con la pluma en la mano. No quise hacer ruido con explicaciones que nadie quería oír. Preferí escuchar lo que se movía dentro de mí; ¿me estaba pidiendo Ludwig que lo mirara también a él? ¿Que no me quedara solo en el espejo femenino? ¿Que el llamado del ánima trae, inevitablemente, su complementario?

Guardé la pluma junto a la carta. Sin histrionismo, pero sin ignorarlo. Me dirigí al archivo.

Al entrar en la mesa de trabajo encontré la bandeja; era evidente que la baronesa la había dejado allí. Otro sobre con otra letra.

Lo abrí con el mismo cuidado con el que se toca una herida que por fin quiere limpiarse.

Linderhof, noviembre de 1875

Mi querida Elisabeth,

Tus palabras han atravesado este mármol de días como si fueran música. Yo también sueño contigo, aunque en mis sueños siempre estás caminando lejos, y no sé si seguirte o quedarme.

A veces creo que somos los únicos cuerdos en este teatro absurdo. Ellos nos llaman caprichosos, melancólicos, incluso enfermos… pero ¿quién, si no los locos, han construido belleza verdadera?

El mundo que habitan ellos me resulta áspero. Necesito la luz azul de mis salas vacías, la voz de Wagner, el aleteo invisible de los cisnes. Necesito saber que, en alguna parte, tú también resistes.
Que sigues viva, no en el protocolo, sino en el gesto de peinarte sola al amanecer.

Si hay un lugar donde no haga falta fingir, espero encontrarte allí.

Ludwig

Me quedé con la carta abierta sobre la mesa. No solo el castillo me estaba llevando de la mano. También Verena había elegido el ritmo de mis hallazgos. Yo podía resistirme, claro. Pero ya empezaba a entender que aquella resistencia era parte de la prueba.

Saqué mi libreta y escribí casi sin pensar:

«No estaba loco. Era demasiado transparente para un mundo de superficies opacas. Su única enfermedad fue la claridad»

Respiré hondo. Y, en ese mismo instante, desde que entré en Rosenklang, supe con exactitud que el primer acto terminaba ahí. No porque yo lo decidiera, sino porque el inconsciente ya había pronunciado mi nombre con suficientes símbolos como para no dejarme duda.

Me quedé el resto de la tarde trabajando en notas para la tesis. No para huir, sino para sostenerme. Necesitaba darme una estructura mientras algo más grande empezaba a moverse.

Cené en la cocina con Greta y Lisé, con esa familiaridad nueva que no sustituía mi lugar de invitada, pero lo volvía habitable.

Subí a mi dormitorio cansada y alerta. No tenía ganas de otra noche fragmentada, pero tampoco podía fingir que no había pasado nada. Sabía por mi profesión que temer al insomnio solo lo alimenta. Y, aun así, temía el bucle mental, la pérdida de control, el precio de mirar.

Escribí en mi cuaderno antes de apagar la lámpara:

«El alma me llama con símbolos; el miedo responde con velos. Quizá mirar no sea el acto peligroso, sino comprender lo que mira desde el otro lado»

Apagué la luz. El castillo dormía. Yo no.

Y, en algún lugar del ala este, el espejo cubierto seguía esperando.



ACTO II

LOS ECOS Y LOS SUEÑOS

El viaje inconsciente, la fusión con las imágenes arquetípicas.

Nadie atraviesa el espejo sin que algo en su interior cambie de forma. Después de mirar en él, lo visible se desplaza; lo invisible toma lugar.

En Rosenklang, el castillo también sueña con Clara. Y, en su sueño, los pasillos se curvan, las voces se repiten bajo nombres que no son los suyos, los relojes laten en lugar de marcar las horas.

Clara ya no busca comprender, ahora recuerda. Su mente se convierte en una casa con muchas habitaciones abiertas, no por desorden, sino por expansión.

Los símbolos que antes observaba con distancia empiezan a responderle, como si la dirección del estudio se hubiera invertido y fuera ella quien estuviera siendo leída.

En los sueños, los habitantes de Rosenklang se confunden con otros rostros, Greta ríe con los ojos de su madre, Herr Hans Meier escribe cartas que Sisí nunca envió…

Una figura velada pronuncia un nombre que Clara aún no ha aprendido a sostener. El alma acepta la invitación.

El tiempo deja de ser cronología y se convierte en eco. Y el eco, en una forma de memoria que despierta.

Aquí, entre el agua, las rosas, los espejos y la sombra dulce de Ludwig, Clara descubre que el sueño no es ruptura, sino puente.

Lo que emerge ya no está fuera, sino que empieza a venir de ella.

CAPÍTULO 11
Entre dos luces

Liminalidad[6] */ Rito de paso*

No había dormido bien, pero no era cansancio lo que notaba, era una angustia leve, como si algo dentro de mí pidiera espacio. No quise sentarme a analizarlo. Fui directamente a la cocina, buscando café, huyendo del pensamiento.

Greta estaba amasando pan. Al verme acercándome la cafetera americana, alzó una ceja.

—Si no se calienta por dentro, no se despierta por fuera —murmuró, preparando lo necesario con su discreción habitual, ese era su modo de cuidar.

Mientras el café caía en la jarra, observé sus manos, me fascinaban. Seguras, firmes, sin rastro de prisa. Me pregunté qué se sentiría vivir así, saber lo que toca hacer sin dudar, sin buscar símbolos en cada gesto.

Ella secaba una copa de cristal cuando dijo, sin mirarme:

—Dicen en el pueblo que esta niebla anuncia cambios.

—¿Cambios buenos o malos?

—Depende de quién mire. A veces la niebla tapa lo que no conviene ver.

No respondió nada más y yo, agradecí esa brevedad. No me quedé a desayunar en la cocina, subí a mi cuarto con la bandeja improvisada y mi café grande, el único capaz de poner en marcha mi cerebro. Decidí encender el portátil. Las cartas de Elisabeth y Ludwig

seguían sobre la mesa, protegidas, frías, vivas. Eran la prueba material de algo que no era material.

Mientras tomaba notas para Margaret, me sorprendió un correo de Amsel:

Asunto: Sobre las transferencias.

Querida Clara:

Recuerde que en toda investigación proyectiva existe un punto en que el objeto de estudio se vuelve espejo. No lo tema; obsérvelo. Pero no olvide volver. A veces, el alma del investigador también necesita distancia.

La exactitud con que lograba nombrar lo que yo no había dicho me irritaba y me calmaba a la vez.

Impulsivamente cerré el ordenador; necesitaba tomar el aire más que seguir con las notas.

El pasillo tenía la quietud expectante de un teatro antes de levantar el telón. Las puertas parecían reposar, no cerrarse; las paredes sostenían un silencio atento. No era sugestión, era percepción aguda; cuando uno empieza a transitar el propio umbral, todo lo demás se vuelve frontera.

Me crucé con Herr Meier. Me hizo una leve inclinación de cabeza; llevaba el llavero al cinto, lo que provocaba un curioso sonido al caminar, aunque como siempre estaba impecable.

—La baronesa pregunta si su habitación le resulta cómoda, señorita Weiss.

—Perfecta, aunque a veces se escucha una gotera.

—En Rosenklang nada gotea sin motivo. Pero si le incomoda, puedo hacer que lo revisen.

—No, no me molesta. En cierto modo… acompaña.

—Entonces déjelo estar. A veces el castillo prefiere que no lo interrumpan.

La frase me quedó resonando en la cabeza un tiempo.

Sin pensar, tomé el corredor que llevaba a la capilla sin consagrar. Era consciente de que no había ido allí por casualidad la

primera vez, y tampoco lo era ahora. Algo en ese sitio me ubicaba, como si marcara un territorio interno que yo aún no sabía recorrer.

La puerta estaba entornada. Decidí entrar; la empujé despacio y, antes de dar el primer paso a su interior, observé de nuevo el lugar.

La capilla no tenía bancos ni altar, solo el reclinatorio. Era piedra limpia, un espacio preparado para la fe, pero vacío de dogma. La luz filtrada por el rosetón caía en un círculo imperfecto en el suelo. Ese círculo parecía delimitar un centro sin nombre, un lugar que no decidía ser sagrado, pero lo era.

Me senté en el escalón, que un día debió llevar a una mesa ceremonial. El silencio allí tenía densidad, pero no oprimía. Era como una pausa, una respiración suspendida similar a la que se percibe en una iglesia concurrida de creyentes.

Miré el muro desnudo donde alguna vez debió alzarse el altar. Recordé a mi madre arrodillada en la iglesia de mi infancia, sus oraciones, su miedo. Pensé en mi padre, rígido, intransigente, diciendo que la fe era para quienes no sabían pensar.

Había crecido entre esos dos antagónicos, plegaria versus lógica. Tal vez por eso elegí la psicología, para encontrar un lenguaje donde ambas cosas pudieran convivir sin anularse.

Acaricié la piedra. Estaba fría; aunque la noté viva, como si guardara memoria. Por un instante pensé, tal vez la del inconsciente colectivo.

«La fe interior —concluí— consiste en mirar con sinceridad hacia adentro, no hacia arriba».

La grieta que cruzaba el suelo, con su pequeño hilo de agua, me recordó algo que Jung escribió: *«El símbolo es la mejor expresión posible de algo que aún no puede decirse».*

Tal vez esa grieta era exactamente eso, un lenguaje que aún no sabía articularse. Saqué mi cuaderno y escribí:

«La fe interior es el rito sin testigos».

La tinta se oscureció durante un segundo más de lo normal. Tal vez solo fue la luz, pero sentí que la piedra la absorbía.

No buscaba ya pruebas, buscaba significado. No me interesaba el brillo de la historia, sino su fisura, el punto donde entra el aire, el punto donde el mito respira.

Levanté la vista. Al fondo, la inscripción seguía allí:

«Anima mihi lucerna[7]».

La leí percibiendo que algo se alineaba dentro de mí. No era un dogma, era una verdad íntima, una necesidad, seguir encendida sin pretender explicarlo.

Cerré los ojos; entonces una presencia sutil, dentro de mí, se insinuó. La figura de Elisabeth apareció sin imponerse, no como emperatriz, sino como mujer que también buscó su centro entre dos luces. No era un fantasma; era correspondencia.

Comprendí en ese instante que mi estudio sobre ella era el espejo donde yo misma estaba buscando reconciliar mis dos mitades, mis antagónicos, el deber y el deseo, la razón y lo incierto, lo aprendido y lo sentido.

Cuando abrí los ojos, la luz en la capilla había cambiado de modo casi imperceptible. Las sombras parecían haberse desplazado un milímetro, como si el lugar quisiera latir a mi compás.

Me levanté. La sensación no era de revelación, sino de tránsito. De haber cruzado por una puerta que todavía no sabía nombrar. Regresé cabizbaja hacia la parte habitada del castillo. A mitad del pasillo me crucé con Lisé, que llevaba una bandeja de frutas.

—En el ala sur, ¿verdad? —dijo sin esperar respuesta—. Dicen que la luz cambia de color cuando el castillo respira.

—¿Respira?

—Así lo llamaban antes. Al momento en que el día y la noche se mezclan —luego

añadió con una media sonrisa pícara— pero no todo lo que brilla es moho.

Caminamos juntas un tramo corto, hablando de cosas triviales: el menú del día, un jardinero que había venido del pueblo, un rumor sobre una carta con sello real.

Lisé añadió en un momento de la conversación:

—A veces creo que todos aquí somos personajes de un cuento que la señora escribe mientras duerme.

—¿Y usted qué papel tiene? — pregunté. —Yo soy la que sabe cómo termina, pero nunca lo digo.

Reí; su humor me permitía sostenerme, en medio de esa angustia que notaba desde que había llegado al castillo.

De vuelta en mi habitación anoté:

«He vuelto al lugar donde todo empezó, y evidentemente nada estaba igual. Los símbolos cambian cuando los miro desde dentro».

Me preparé una infusión con el pequeño hervidor que Greta me había subido días atrás, como quien deja un amarre silencioso para las noches difíciles.

Abrí la ventana y el aire frío entró como un recordatorio; seguir atenta también es un modo de cuidado. El silencio no me oprimía; me sostenía.

Me tumbé sin abrir el libro que tenía sobre el pecho. Pensé en mi cuerpo como una casa que respira, en el bullicio de San Francisco, en la falta de sentido, el correr de un lado a otro todo el día. Aquí, en cambio, el tiempo era una corriente lenta que no necesitaba ser vencida.

Por primera vez en mucho tiempo, no temí dormir. Descansar era confiar. Cuando el ordenador parpadeó, lo abrí sin pensar.

Era Amsel. Una sola línea en la pantalla:

«La conciencia se expande entre dos luces, la del saber y la del no saber».

Apagué la pantalla. El castillo esa noche respiró conmigo.

CAPÍTULO 12
El sueño del agua

Descenso onírico

Clara llevaba más de una hora leyendo sin leer. Pasaba páginas sin retenerlas, como si el pensamiento se deslizara por encima de las palabras sin tocarlas. El eco de las cartas encontradas seguía latiendo detrás de la frente, en un punto que no sabía apagar.

La luz de la lámpara dibujaba un círculo cálido alrededor de la cama, pero fuera de él, la habitación parecía más grande.

Había algo en el aire, una presión leve, un silencio demasiado nítido, que le recordaba la sensación previa a un llanto, cuando todavía no se sabe si será silencioso, discreto o saldrá de algún lugar profundo, que te vaciará.

El sueño la alcanzó antes de que pudiera cerrar la lámpara. No hubo tránsito, solo un deslizamiento suave, como si la vigilia perdiera consistencia.

En su mente dormida la habitación seguía siendo la misma, pero un frescor húmedo comenzó a ascender por la alfombra, rozándole los tobillos. No había lluvia, ni filtraciones, ni sonido. El agua simplemente estaba allí, extendiéndose con la naturalidad de lo inevitable.

En cuestión de segundos, el suelo se volvió un espejo líquido. Los muebles flotaban sin moverse, como restos de un pensamiento que no terminaba de nacer. Bajo la superficie, Clara creyó ver imágenes deshaciéndose: la carta encontrada en la capilla, el nombre Ludwig, la rosa prensada, el espejo cubierto. Un latido acuoso lo envolvía todo. El agua le llegaba a la cintura, pero no sentía frío.

Entonces lo vio, Ludwig estaba junto a la ventana, empapado e inmóvil. Con la ropa pegada al cuerpo como si acabara de salir del

agua. Su mirada no pertenecía al mundo material. Tenía la expresión de quien contempla lo que otros solo intuyen.

Clara no supo si lo dijo o lo pensó:

—¿Qué haces aquí?

Él respondió sin mover los labios; la voz no sonaba en el aire, sino dentro de ella.

—Tú me has llamado.

—No te he llamado.

—Sí. Cada vez que niegas lo que sientes, el alma pronuncia mi nombre.

El agua subió un poco más. Tenía el sabor amargo de un sueño ya vivido. Ludwig dio un paso hacia ella, la superficie se onduló sin reflejarlo; solo devolvía la silueta de Clara, distorsionada.

—No soy un fantasma —dijo él—. Soy la parte de ti que naufragó.

El agua le llegó a los hombros, pero no sintió miedo. Percibió una claridad silenciosa, como si algo se ordenara dentro de ella. Ludwig alzó la mano y la apoyó sobre su frente. El contacto no fue físico, solo notó vibración. Una corriente le recorrió la piel, luego los huesos, después una cosa que no supo nombrar.

Al rato se oyó una voz que no pertenecía a ninguno de los dos; no venía del aire ni del agua. Venía de todas partes.

—Todo lo que vive busca reunirse. Tú no sueñas sola. El alma del mundo sueña contigo.

El agua respondió a esa voz con un leve temblor, como si tuviera un pulso propio.

Clara sintió que no estaba dentro de un sueño suyo, sino dentro del sueño de una entidad más grande, dentro del propio inconsciente colectivo. Las paredes desaparecieron sin romperse; el castillo se volvió un corredor sumergido, transparente.

Pasaron ante sus ojos las habitaciones abiertas: Un salón donde los espejos aguardaban como superficies vivas, una mesa donde

páginas de diario flotaban sin deshacerse, la bañera llena de cartas mojadas y una silla vacía que parecía recién abandonada.

No eran escenas; comprendió que eran estados mentales.

La corriente la llevó a una sala circular donde el agua se volvía luz, en el centro, sobre un atril, vio un cuaderno cerrado. Pequeñas burbujas ascendían lentamente, dentro de cada una distinguió imágenes que parecían pensamientos ajenos y propios a la vez; Greta inclinada sobre una vela, Lisé caminando con una bandeja, el jardín nevado, la baronesa dormida con un libro sobre el regazo.

Cada burbuja estallaba pronunciando una palabra breve. *Culpa, origen, renuncia, deseo, perdón.*

Los ecos se quedaban en el agua, como si el sueño quisiera que Clara los escuchara sin interpretarlos. Una voz femenina, cercana, templada, habló tras ella. No supo si era la baronesa, Sisí o una parte de sí misma con otro nombre.

—Lo que buscas no está fuera. Cuando el alma se moja, la memoria florece.

Clara extendió la mano hacia su cuaderno, de su interior brotó un resplandor azul, un color suave que se transformó en luz líquida.

Las imágenes de Sisí y Ludwig se superpusieron un instante, no como fusión romántica, sino como símbolo, la unión perdida entre lo humano y lo divino, entre el yo y la corriente profunda que nos sostiene a todos.

El agua le cubrió el rostro; Clara temió no poder respirar dentro de ella. El límite entre aire y agua desaparecía, como si ambas cosas fueran la misma sustancia.

Una última frase resonó antes de que todo se desvaneciera:

—«El alma no se ahoga, se expande».

Despertó empapada de luz.

Tardó unos segundos en entender dónde estaba. La piel le ardía y le temblaba el cuerpo a la vez, como si hubiera salido realmente del agua. Notó el cabello húmedo en la nuca, la respiración acelerada y un cansancio que no era de sueño, sino de desubicación.

Se incorporó despacio, apoyando las manos en el colchón; el tacto de la tela le pareció más áspero de lo normal. Durante un instante tuvo la impresión de que el dormitorio tardaba en encajar, como si la realidad necesitara ajustarse de nuevo a sus contornos.

El cuarto por fin había recuperado su forma habitual, pero el suelo estaba húmedo. Y sobre la mesa, una pluma goteaba tinta azul. En su cuaderno había una línea escrita con esa misma tinta:

«Nadie despierta seco después de soñar con el alma».

Se quedó sentada delante del escritorio largo rato viendo caer la última gota sobre la palabra *alma*. El silencio del castillo también se manifestaba distinto. Nada amenazante, más bien expectante.

Cuando la claridad del amanecer empezó a filtrarse por la ventana, el reloj marcó las siete. Clara decidió levantar la alfombra. La madera tenía un abombamiento irregular. Golpeó con los nudillos; un eco hueco respondió.

Bajó a la cocina a las ocho, el tiempo que necesitó para recomponerse. Le pidió a Greta que, cuando fuera posible, le mandara a Lukas con las herramientas a su dormitorio; necesitaba que reparara una tabla de madera.

—Ha estado donde el agua habla, ¿verdad? —dijo Greta sin mirarla—. Esa zona siempre devuelve lo que escucha.

—¿Memoria?

—Sí. Lo que le contamos… a veces lo devuelve.

Luego dejó una taza de café frente a ella.

»Beba algo caliente. El cuerpo siempre entiende antes que la cabeza.

El calor entre las manos le devolvió de la línea fina por la que transitaba, marcó un límite. Agradeció esa simplicidad, subió de nuevo a su cuarto.

Sentía todavía en la piel la frecuencia del agua, como una memoria sumergida. Jung hablaba de esa materia psíquica donde el yo se disuelve lo justo para que algo más profundo pueda hablar. El agua no había venido a asustarla, había venido a fusionarla.

En el escritorio, abrió el cuaderno de campo y escribió:

«El símbolo cambia cuando lo miro desde dentro».

Un correo llegó en ese momento. Era de nuevo el profesor Amsel. Lo leyó:

«El agua refleja sin juzgar. Por eso el alma la elige como espejo».

Cerró el portátil molesta, volvía a necesitar aire. Se acercó a la ventana; el jardín estaba cubierto por un rocío uniforme, casi cristalizado. Apoyó la frente en el cristal frío. Una idea tomó forma en su mente, *¿y si el castillo también buscaba comprenderse a través de ella?*

Colocó la pluma goteante sobre una hoja en blanco; no ocurrió nada, aunque la sensación de compañía persistió.

Lukas llamó a la puerta con su caja de herramientas. Clara le señaló el punto bajo la alfombra, él golpeó la madera con precisión; el eco hueco volvió con más claridad.

—Parece una trampilla —dijo.

Clara asintió, aún con la sensación del agua en la piel.

Cuando la primera tabla cedió, un aliento frío emergió desde la oscuridad. No era corriente de aire, era tiempo suspendido.

Lukas la miró; ella lo entendió. No estaban abriendo madera, estaban accediendo al pasado.

—Volveremos después del almuerzo —murmuró él—. Algunas puertas necesitan preparación, no prisa.

Al cerrar la trampilla, el sonido de goteo regresó; esta vez no lo percibió como una amenaza; era más bien un recordatorio.

El resto de la mañana transcurrió con una tensa tranquilidad. Ninguno de los dos lo mencionó en la casa. A veces, el silencio es la única forma honesta de preparar el alma.

CAPÍTULO 13
El archivo oculto

Descubrimiento del inconsciente

Regresaron después del almuerzo. La luz había cambiado; caía una claridad más dorada, más baja, que siempre hacía que Rosenklang pareciera inclinarse un poco hacia dentro, como si invitara a guardar silencio.

Lukas señalaba el hueco con una cierta cautela que Clara ya conocía; no era miedo, sino la prudencia de quien sabe que algunas estancias no se abren sin consecuencias.

—He revisado las reformas del XIX. Hay un espacio no registrado en origen bajo el archivo. No es un sótano.

El hueco seguía tal como lo habían dejado por la mañana, limpio, sin señales de uso reciente.

Clara se inclinó para mirar. El aire que ascendía era frío, pero no desagradable; tenía ese olor a madera antigua que acumula décadas sin que nadie la toque. Sintió cómo una parte de ella, la más racional, la que solía imponerse, le pedía detenerse. Sin embargo, otra parte, más curiosa y silenciosa, le sostenía el pulso.

Lukas retiró las tablas con movimientos medidos. No eran gestos teatrales, sino prácticos, casi domésticos, pero había en ellos un respeto que ella agradeció. Encendió la linterna y le hizo una señal para que bajara detrás de él. Clara respiró hondo y descendió.

Los escalones de piedra estaban gastados por el uso, no por el abandono. Era evidente que alguien los había bajado muchas veces, quizá durante años, hasta que aquella rutina quedó suspendida. Clara sintió, al tocar la pared con los dedos, la textura rugosa de la piedra, seca y fría, intacta en su sobriedad.

La sala a la que llegaron era pequeña, abovedada, y tenía un aire que no correspondía en absoluto con la idea de un sótano.

No recordaba a un espacio oculto, sino a un lugar de trabajo que había quedado interrumpido. Vieron una mesa sólida, una vela consumida casi hasta el final, lápices cortos que parecían haber sido usados con urgencia, retratos sin marco, frascos vacíos, cuadernos abiertos. Sobre la superficie, una fina capa de polvo muy tenue, como si los objetos hubieran sido dejados no hacía mucho, pero tampoco ayer.

Clara se acercó a la mesa con cautela. Tocó la tapa del cuaderno principal, sorprendiéndose al sentir una leve tibieza que no supo explicarse. Por instinto lo abrió.

Lo que apareció no era un diario al uso, sino algo más frágil y disperso, fragmentos, símbolos, versos detenidos a mitad de un impulso, anotaciones en los márgenes, dibujos de astros. Era la escritura de alguien que no escribía para otros, sino para sostenerse.

La letra era inequívocamente femenina y conocida. Clara la había visto en la carta sin firma, ese mismo trazo, inclinado y rápido, capaz de mostrar emoción y contención a la vez.

En una página encontró una frase que parecía escrita en un momento de respiración controlada:

«Lo que la historia llama locura, el alma lo llama lenguaje».

—¿Qué ves? —preguntó Lukas en voz baja, casi como si temiera perturbar algo.

Clara tardó unos segundos en responder.

—Alguien que intentaba aclarar su mente… y salvarse un poco. A través de las palabras.

Pasó las páginas con delicado cuidado. Había flores secas que habían perdido el color, pero no la forma; pequeñas lágrimas de cera, como si la vela hubiese llorado con la misma persona que escribía; y símbolos que no parecían esotéricos, sino íntimos, privados. Ese tipo de signos que uno traza cuando intenta nombrar algo que todavía no existe del todo.

En una pequeña repisa vio una caja de madera pulida y desgastada por el uso. Dentro, un espejo cubierto por un paño de lino. No lo tocó, no por miedo, sino por respeto.

—¿Es de la baronesa? —preguntó Lukas.

—No lo creo —respondió ella—. Esto… es de alguien que necesitaba refugio. No autoridad.

Pensó en las largas horas en las que Elisabeth estudiaba griego para sentirse viva, en las caminatas interminables de Ludwig y en su obsesión con el agua. Las vidas extremas dejan huellas parecidas.

Cerró el cuaderno. La luz de la linterna titiló un instante, apenas perceptible, como si la sala exhalara con ellos. Subieron despacio.

La madera del suelo cedió de nuevo bajo sus pasos, pero de un modo suave, casi familiar, cuando cerraron la trampilla. Clara sintió que ese gesto no era un final, sino el principio de una comprensión distinta.

—¿Quieres que le diga a Herr Hans Meier que te cambie de dormitorio? —preguntó Lukas. Esta vez no ocultó un ligero estremecimiento—. Yo no dormiría encima de esto.

Ella apenas sonrió.

—Si mañana me siento incómoda, lo pediré. Hoy… prefiero observar.

Lukas dejó todo en su sitio y se marchó hacia la cocina, donde debía ayudar a Greta. Clara, en cambio, se dirigió al archivo con un impulso que no supo frenar. Recordaba haber visto alguna documentación de la hija de la emperatriz sobre la relación con su madre y de cómo esta había empezado a escucharla de verdad y a escribir poesía para liberar la presión interior. También había una mención a una condesa que la acompañaba a sesiones de espiritismo.

Buscó entre los microfilms y los documentos antiguos. Encontró unos escritos de Ida von Ferenczy de Vecseszék, esa amiga fiel que permaneció al lado de Elisabeth renunciando a un matrimonio que la habría alejado de ella. Sintió una mezcla de ternura y

reconocimiento. A veces, las relaciones más decisivas no son las oficiales, sino las que sostienen el alma.

Una carta de Ida a la hija pequeña de Sisí le llamó la atención. Hablaba de apariciones, de sueños que se repetían, de un vínculo con Heine que traspasaba los límites de lo razonable. También, mencionaba al rey Ludwig, que —según la emperatriz— se le apareció tras su muerte para advertirle de la suya y de cómo sería.

Clara se detuvo; se dio cuenta de que no estaba respirando.

La imagen posterior que relataba —la mujer que moría quemada — solo podía ser Sophie, la hermana de Elisabeth, fallecida en 1897 en aquel incendio que tanta tinta había provocado en los tabloides de la época.

Un reflejo involuntario del sueño de Clara la noche anterior cruzó por su mente. No por coincidencia, sino por proximidad emocional.

Necesitaba de nuevo aire. Sus emociones la sofocaban. Salió con pasos presurosos al exterior.

El equipo de jardineros trabajaba en los parterres; el olor a tierra húmeda siempre le ayudaba a ordenar ideas. Recordó que Greta no vivía en el castillo, sino en la antigua casa del guarda con su marido, un empresario vinculado a las restauraciones de Rosenklang.

Se sentó frente a la rosaleda. Las rosas negras destacaban como manchas de sombra entre el color. La fuente de Neptuno brillaba con un equilibrio extraño, casi solemne; al fondo, el bosque comenzaba a teñirse de otoño.

La cena fue ligera, llena de pequeñas historias locales y ese humor sencillo que suele aparecer en las casas antiguas cuando la noche cae. Lisé, en algún momento, dejó caer alguna de sus frases enigmáticas sobre el castillo. Clara los escuchó solo a medias; su atención seguía en el archivo.

Al terminar, el silencio del corredor la envolvió con más claridad que el bullicio. La calma compartida no había borrado la inquietud del descubrimiento, solo la había dejado reposar.

De vuelta a su habitación, extendió las notas sobre la mesa. La lámpara calentaba el papel, escribió sin prisa, dejando que el pensamiento encontrara su forma:

«El inconsciente no se oculta. Espera a quien puede mirar sin miedo».

Mientras escribía, comprendió que lo hallado no la abrumaba. Ponía cada cosa en su sitio.

Fuera, la nieve empezaba a caer con suavidad, cubriendo el jardín como una respiración lenta. Rosenklang ya no era un escenario. Era espejo.

Clara se recostó. La imagen final antes de cerrar los ojos no fue el cuarto subterráneo, sino la mesa con los cuadernos abiertos, como si aún conservaran un latido.

Respiró por fin, el lugar también.

CAPÍTULO 14
El diálogo con Margaret

Integración de los opuestos

«La psique siempre busca completarse, incluso cuando dejamos de escucharla».

Jean Shinoda Bolen

La nieve seguía cayendo con un ritmo constante cuando encendí el ordenador. El brillo azulado de la pantalla recortó la silueta del escritorio y dejó a mi espalda la penumbra amarilla de la lámpara, que parecía luchar por mantener su parcela de calor.

La mezcla de luces hacía que mi reflejo se confundiera con la ventana, una Clara doble, una allí, otra aquí, como si la distancia entre San Francisco y Rosenklang fuera menos geográfica que emocional. Me pasé una mano por el cuello, intentando soltar la rigidez de la mañana. Había dormido poco, o quizá solo había descansado a medias; mi mente seguía anclada al archivo oculto, a los objetos sin dueño, a la letra inclinada que todavía temblaba en mi memoria.

La llamada tardó en conectar. El icono giraba sin prisa, como todo en el castillo; cuando por fin la imagen se estabilizó, apareció Margaret Lowell sentada en su despacho de la Bahía. Reconocí al instante el fondo de madera clara, la hilera de libros azules y verdes y la jarra de cristal que siempre mantenía con agua y rodajas de limón.

No importaba cuántos kilómetros nos separaran; ella tenía esa extraña habilidad de hacer que cualquier espacio en el que estuviera pareciera familiar.

—Clara —saludó con voz cálida—. ¿Me escuchas bien?

—Sí. Perfectamente —respondí, bajando ligeramente el volumen. La nieve parecía absorber el sonido exterior, como si el mundo estuviera aislado en una campana de cristal.

Me acomodé un poco mejor en la silla y acerqué la taza de té aún humeante. El olor a bergamota llenaba el despacho, devolviéndome, por un instante, la sensación de hogar intelectual.

Nos quedamos en silencio unos segundos, con ella, ese espacio no era incómodo. Era como una sala de espera interna, un lugar donde el pensamiento decidía si quería hablar o no. El viento golpeó una contraventana cercana, recordándome que afuera seguía la tormenta.

—¿Has podido descansar? —preguntó, sin consultar notas ni mirar ningún reloj. Le importaba la respuesta. O, más bien, el tono de la respuesta.

—Un poco. No lo suficiente, quizá.

Margaret asintió despacio, como si hubiera esperado exactamente esa matización.

—¿Qué está ocurriendo ahí, Clara?

No me presionaba. Abría la puerta.

—El castillo está… distinto —dije, buscando palabras que no sonaran grandilocuentes.

Ella no frunció el ceño; simplemente esperó. Suspiré antes de proseguir.

»Ayer, Lukas y yo encontramos un espacio bajo el suelo de mi dormitorio. Un cuarto pequeño, una especie de estudio privado. Había en él cuadernos, dibujos, objetos… Era como si alguien hubiera interrumpido de repente algo importante.

Los dedos de Margaret acariciaron el borde de su taza, un gesto suave y atento.

—Hay habitaciones que no desaparecen —respondió—. Solo esperan a que alguien vuelva a mirarlas.

No era una frase simbólica, era pragmática y eso la hacía más certera.

—No era un escondite —añadí, ahora más segura.

Me pareció más un intento de comprenderse. De dejar constancia de algo que la persona no sabía cómo elaborar en voz alta.

Margaret bajó la mirada un instante, no para esconderla, sino para sentir mejor lo que iba a decirme.

—Todos escribimos donde podemos respirar —murmuró—. Y, a veces, ese lugar queda debajo de todo lo demás.

Una ráfaga de viento sacudió la ventana y la pantalla vibró ligeramente. Apreté la taza entre las manos para anclarme en el presente.

—He leído los cuadernos —añadí—. No eran diarios. Eran fragmentos, símbolos… trozos de pensamientos. Cosas que no se pudieron terminar… No sé cómo explicarlo, Margaret. Es como si ese espacio tuviera una vida propia.

—Tiene la tuya —respondió ella con naturalidad—. Lo estás mirando con los ojos adecuados en el momento adecuado. No es casualidad, Clara.

Eso me descolocó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el inconsciente nunca se abre cuando no estamos preparados. Y tú llevas años bordeando este tipo de proceso sin permitirte entrar del todo. Rosenklang ha hecho de puente, nada más.

Me quedé callada. Las palabras se asentaron despacio, como un copo de nieve que tarda en tocar suelo.

»¿Recuerdas lo que hablábamos sobre los opuestos? —preguntó.

—Que no hay que elegir entre ellos, sino sostenerlos —respondí casi automáticamente.

—¡Exacto! Y tu mente, entrenada por la academia, busca estructura, explicación, tesis. Pero lo que estás viviendo ahora pertenece a otra gramática. El símbolo no explica, revela. Y tú no estás acostumbrada a dejar que las cosas se revelen sin pedir explicaciones.

Me mordí el labio inferior.

—¿Y cómo integro esto sin perderme?

Margaret sonrió levemente, ese gesto casi imperceptible que siempre hacía antes de decir algo importante.
—Tu razón es el mapa. Tu intuición, la brújula. Te orientas con ambas, no sirven por separado.

Me quedé mirando la pantalla, sintiendo que algo muy antiguo y silencioso se movía desde dentro, como una raíz que se desplaza apenas un milímetro bajo la tierra, pero cambia la dirección entera de un árbol.

—Has bajado al inconsciente —Clara añadió—. Pero bajar no es hundirse. Es descender para mirar desde otro ángulo y no deberías apresurarte en comprender. Algunas verdades no soportan la prisa.

La llamada siguió unos minutos más, en un intercambio más leve, menos estructurado. Cuando al fin colgamos, la habitación quedó sumida en una claridad casi grisácea, mezclada con el reflejo del ventanal que devolvía mi imagen con un gesto que no sabía si interpretar como cansancio o inicio.

Me levanté y estiré los brazos. Mi cuerpo necesitaba movimiento. Crucé el pasillo hacia la sala común, donde Greta solía dejar flores frescas. Esa tarde había un ramo de ramas de pino y pequeñas bayas rojas; el olor a resina me devolvió a la infancia, a los inviernos en casa de mis abuelos, a las manos frías al entrar por la puerta.

Me acerqué a la ventana. Los jardineros, envueltos en abrigos gruesos, avanzaban entre los setos con movimientos lentos, casi reverenciales, limpiando la nieve acumulada en los senderos. Esa escena cotidiana, casi banal, me recordó que el mundo no se detenía por mis procesos internos.

Volví a mi habitación con paso lento, dejando que el silencio del castillo me envolviera. El corredor tenía una luz tenue, casi dorada, que hacía que los cuadros antiguos parecieran observarme al pasar. Cuando entré, me senté de nuevo ante la libreta abierta sobre la mesa. La página esperaba sin juzgar. Tomé el bolígrafo.

«Cuando la mente observa, ordena.
Cuando el alma observa, acomoda».

Las palabras parecían venir de un lugar preciso, pero no racional. Cerré la libreta y dejé que mi mente se calmara.

El reloj del pasillo marcó las siete, un sonido firme y preciso. Pensé en mi madre, en sus manos tibias sosteniendo mi cara cuando era niña. Recordé su frase favorita: *«Escucha lo que no se dice en voz alta».*
Esa instrucción era el centro secreto de la tesis entera, y yo no lo había visto hasta entonces.

El viento golpeó de nuevo. Decidí salir al pasillo para despejarme. Herr Meier estaba cerrando las contraventanas del ala sur. Su figura alta, siempre vestida con un sentido práctico de la elegancia, parecía parte del mobiliario, parte del orden antiguo de Rosenklang. Cuando aseguró el cierre, volvió la vista hacia mí.

—Se va a alargar —dijo mientras comprobaba la barra de hierro que se encajaba contra el marco.

Asentí. Sabíamos que hablaba de algo más que del clima. Decidí volver al despacho. Me incliné sobre la mesa y extendí los documentos del archivo oculto. Las hojas crujieron ligeramente; los dibujos, los signos, los fragmentos de versos… todo parecía reclamar una atención distinta, menos analítica y más receptiva. Tomé el cuaderno de notas.

«Quizá la ciencia sea la forma en que la razón se orienta. Y quizá la fe sea el modo en que el alma recuerda lo que intuía».

Lo leí dos veces, no me pareció solemne, ni brillante, pero era honesto. Era nuevo.

Quise salir a caminar por el exterior para despejarme, pero el viento azotaba las ventanas con tal fuerza que decidí quedarme dentro. Me senté en la butaca del salón verde y apoyé la cabeza en el respaldo. El cansancio fluía en oleadas, del cuerpo a la mente, de la mente al pecho, del pecho a las manos. Me quedé allí, quieta, quizá dormida, posiblemente en ese estado extrañamente lúcido que aparece entre el sueño y la vigilia.

No sé en qué momento exacto comenzó el sueño. Margaret y yo estábamos sentadas frente a frente en un jardín cubierto de niebla. La niebla no era fría, pero tampoco cálida; era una forma de presencia. Sobre la mesa había un compás y una vela. Margaret los tomó, uno en cada mano, y los deslizó hacia mí con un gesto lento, casi ceremonial, antes de decir con esa calma tan suya que parecía llenar todo el espacio:

—Para orientarte necesitas ambos. La medida y la luz.

Quise responder, pero el sueño se disolvió como una tela mojada.

Desperté con la sensación de que el aire en la habitación había cambiado.
Una claridad gris, casi azulada, entraba por la ventana. Alcé la vista; en la mesa, junto al cuaderno, había un compás. El mismo modelo que usábamos en la universidad.

Tuve una extraña certeza, el símbolo había pasado del sueño al mundo físico no para asustarme, sino para acompañarme. Lo tomé entre los dedos, noté el metal frío, perfectamente real.

Apunté lo siguiente para no olvidar:

«Integrar no es entender. Es permitir que dos partes respiren juntas sin excluirse».

Al hacerlo, comprendí que no había vuelto al punto de partida. Había cruzado un puente. Y al otro lado estaba yo.

CAPÍTULO 15
El espejo sin nombre

Confrontación con la sombra

El amanecer llegó sin más; no había claridad ni oscuridad, solo un gris uniforme que parecía detener la luz antes de cruzar los ventanales.

Me incorporé despacio, observando primero el cuerpo, una rigidez leve en los hombros, la lengua seca, la sensación de haber dormido en fases. Recordaba fragmentos del sueño como se retienen ciertas conversaciones difíciles, no por su belleza, sino por la huella que dejan.

El compás sobre la mesa, la taza al lado y la frase de Margaret sobre la luz y la medida. No era un aviso, era una idea simple que yo había evitado durante demasiado tiempo.

Me quedé sentada un rato, mirándolo todo sin prisa. El cuarto seguía siendo el mismo y, sin embargo, algo en mí había perdido la inercia. Cuando me levanté, el frío del suelo me obligó a pisar con más atención. Abrí la ventana unos centímetros para renovar el aire. Afuera seguía nevando con perseverancia; el jardín parecía una maqueta suspendida en el tiempo, y ese paisaje hacía más visible lo que a mí me costaba admitir, mi resistencia no era racional, era afectiva.

De camino hacia el despacho, crucé frente al atril donde Herr Meier alineaba cada mañana la correspondencia interna, impecable como todo lo que pasaba por sus manos. Sobre la consola habían dejado un cuaderno abierto, con anotaciones en una letra pequeña e inclinada. Iba a pasar de largo, pero vi mi nombre en una línea y me detuve.

Era un sencillo listado de avisos internos: persianas, calefacción, la chimenea del ala oeste y una nota reciente, escrita con tinta más

oscura: «Revisión del ala este, coordinar acceso. No retirar la lona del espejo».

No decía quién lo había escrito, pero la orden era clara. Me revolvió algo en el estómago. No por misterio, sino porque, de pronto, no era solo mi evitación; había una evitación institucional; «el espejo» no estaba cubierto por casualidad.

Volví a dejar el cuaderno exactamente en la posición en la que lo había encontrado, sin tocar la página, y seguí mi camino. No era momento de despertar la atención de Meier.

Atravesé el resto del pasillo y entré en el despacho con la sensación de que algo se había desplazado de sitio, un milímetro, pero decisivo.

Intenté trabajar. Abrí el portátil y revisé las notas de la habitación inferior, ordenando referencias para no perder el hilo. No era incapacidad lo que me ocurría; era resistencia, estaba procrastinando. Leía una línea y mi mente se iba a otra parte. Volvía. Leía otra línea y de nuevo se iba. El cuerpo estaba allí, pero la atención no.

Para evitar la confrontación, hice lo de siempre cuando quería posponer algo emocional; busqué materia objetiva. Fui al archivo principal. La sala estaba helada, a pesar de la calefacción suave que mantenía en el lugar Hans Meier para no dañar el papel. Encendí una lámpara lateral, me puse los guantes finos de algodón que Greta me había dado el primer día y me sumergí en los microfilms como quien se agarra a una tabla conocida.

Mi intención era simple, distraerme. Pero en los archivos, cuando uno intenta no pensar, a veces encuentra justo lo que no quería.

El rollo que revisaba correspondía a inventarios tardíos de pertenencias trasladadas a Hungría tras la muerte de Elisabeth por su amada dama de compañía. En mitad de esa lista interminable, apareció un folio aparte, sin numerar, con un membrete difuso y una caligrafía distinta, más rápida. Estaba claro que no era un inventario, era una nota administrativa. Leí en voz baja, para mí:

«Objeto n.º 47: espejo ovalado, marco oscuro. Procedencia no consignada en registro oficial.
Etiquetado a petición de I.F.
No exponer.
No fotografiar.
Conservar velado».

El deshumidificador del ala este, la lona sobre el espejo, la orden de no retirar… todo encajó de golpe.
El papel tenía fecha. El nombre «I.F.»no sonaba a funcionario. Sonaba a inicial de alguien que no debía firmar.

Me quedé quieta, no sentí una gran emoción; más bien noté algo más inquietante, el vacío que se abre cuando un dato rompe el mapa que creías tener.

Di otra vuelta al microfilm para leer el margen. Había un añadido casi ilegible, como escrito deprisa:

«Documento asociado: 'Carta sin envío' — depósito privado».

El pulso se me aceleró por la certeza que me golpeó en ese instante. Busqué la referencia. El archivo estaba ordenado por series; me costó diez minutos dar con la caja metálica correspondiente. Era pequeña, casi insignificante. Dentro, un sobre sin sello, grisáceo, gastado por el tiempo, con una etiqueta en alemán antiguo. No era el mismo papel que el de los registros oficiales, era más fino, más personal. Abrí el sobre con cuidado.

Había una hoja doblada en tres, escrita a mano. No estaba fechada ni tampoco estaba firmada. Pero la letra… la letra era la misma de los cuadernos subterráneos. Una caligrafía femenina, tensa, con una mezcla de elegancia y urgencia. Leí. El texto no era largo, intenté traducir lo esencial; decía algo así:

«Si este espejo pudiera hablar, no diría nada sobre el castillo. Hablaría de lo que se rompe en nosotras cuando fingimos que todo está bien.

No lo temo por lo que muestra, sino por lo que obliga a recordar, por eso lo cubro. No porque esconda una imagen, sino porque

desvela un desfase. Ese segundo en que una se traiciona para seguir viva».

Me quedé con la hoja entre las manos, como si fuera algo demasiado íntimo para leerlo de pie. Me senté y lo releí despacio.

«No desvela una imagen, sino un desfase».

Aquella frase era contundente, sin misticismo, sin metáforas vacías. Una experiencia psicológica tan exacta que casi dolía. No decía *fantasmas*, no decía *maldición*. Expresaba algo que yo conocía demasiado bien, el desfase entre lo que siento y lo que me permito sentir; entre lo que soy y lo que consigo mostrar.

La carta no estaba dirigida a nadie. Se notaba. Era un intento de organizarse internamente, como los cuadernos. Y, aun así, estaba archivada aquí.

Me levanté con lentitud; no quería correr hacia el ala este. Quería entender qué me estaba empujando, pues la carta no me daba instrucciones —lo sentí—, me daba permiso.

Subí al despacho con la hoja doblada en el bolsillo interior del abrigo. Al pasar por el pasillo, encontré a Lukas, que venía de la cocina con una bandeja de té. Se detuvo al verme.

—¿Estás bien? —preguntó sin invadir.

—Sí. Solo… he encontrado algo.

No quise explicarlo, aunque tampoco podía. Lukas asintió, como si entendiera que había cosas que necesitaban madurar antes de ser dichas.

—Hoy te has despertado distinta —añadió, sin darle importancia.

Lo miré con una sonrisa cansada.

—Puede ser que hoy no tenga tanta paciencia para rehuirme —respondí.

Él sostuvo la bandeja un instante, como si fuera a decir algo más, pero no lo hizo.

—Si subes al ala este, deja la linterna sujeta al cinturón. La escalera del final es traicionera con nieve fuera —sonrió levemente— y no te quedes allí con frío.

Ese pequeño gesto, tan cotidiano, me ancló. No era una escena apologética, era vida.

Subí a mi cuarto, me abrigué, sujeté con determinación la linterna y mi móvil, y me encaminé con pasos seguros hacia el ala este. Esta vez el pasillo no me pareció tan largo; me pareció más claro y esa sensación no quitaba solemnidad al momento; lo volvía real.

La puerta de la habitación cedió igual que el día anterior. La estancia estaba fría y oscura como Lukas me había avisado. El paño gris seguía sobre el espejo; no lo habían sacado. Me acerqué sin prisa, con la carta en la mente como un eco sereno; no buscaba una imagen, buscaba un desfase. Retiré la tela.

El espejo era tal como se intuía, ovalado, de madera oscura y el cristal muy poco nítido.

Esta vez no esperaba nada, pero esa diferencia lo cambió todo.

Me acerqué, mirando mi reflejo. Lo vi borroso, como antes, aunque no era un defecto del cristal; era un reflejo pensado para sostenerte al no entregar una imagen perfecta.

Moví la mano. La imagen tardó una fracción de segundo en acompañarme. Ese retraso mínimo apareció de nuevo, casi imperceptible. Y no me provocó miedo, ni inquietud; me causó una claridad lúcida.

Incliné la cabeza; la réplica llegó un instante tarde. Esta vez noté tensión en el estómago.

Comprendí que no era una visión, ni era una ilusión; estaba siendo una experiencia psicológica condensada en un gesto físico.

El espejo no me enseñaba «otra Clara». Me mostraba el intervalo que yo siempre había negado, ese segundo donde una decide ocultarse, donde ajusta su cara, su máscara para encajar, donde se sigue adelante sin quererlo del todo.

—Te conozco —murmuré, sin saber a quién hablaba.

No hubo respuesta, y era lógico, el espejo no necesitaba hablar.

Apoyé la mano sobre el marco. La madera estaba fría; el cristal, levemente helado. No había milagro ni amenaza, solo un objeto obligándome a sostener una experiencia difícil, mi propia distancia interna.

Di un paso atrás. El reflejo tardó en reajustarse. La carta tenía razón, no era una imagen; era un desfase.

Me quedé allí unos minutos, sin exigirme nada. Dejé que la escena fuese lo que era, una confrontación silenciosa con lo que llevaba años llamando *disciplina, autoexigencia, lucidez,* cuando a veces solo era una forma de no sentir la incomodidad de estar a destiempo conmigo.

No necesité llorar, ni tuve epifanías; fue más preciso, más sanador, solo aceptación.

Cuando cubrí el espejo de nuevo, lo hice con una calma real, sin necesidad de cerrar la experiencia; quería dejarla respirar dentro de mí sin forzarla.

De regreso a mi cuarto, abrí el cuaderno. Copié la frase de la carta:

«No desvela una imagen, sino un desfase».

Y añadí debajo:

«La sombra no es lo que no veo. Es el segundo en que me niego a mí misma».

La frase no era brillante, para qué, sí era cierto. Cerré el cuaderno y me acosté temprano. Esa noche dormí poco, pero dormí. Soñé con agua, sí, pero sin escenas grandiosas, solo con una corriente lenta donde mi cara se disolvía y volvía a aparecer sin vergüenza. No era un sueño bello, era útil.

Al día siguiente me desperté sin prisa, sin sensación de victoria, pero en cambio tenía algo más pequeño y sólido, quietud interna.

Bajé con calma a la cocina, Greta estaba preparando café. Su manera de moverse tenía esa precisión tranquila de quien ha hecho lo mismo toda la vida sin cansarse de ello. Me miró al saludarme, y la mirada se le quedó encima de mí un segundo más de lo habitual.

—Se la ve mejor, señorita Weiss.

—Creo que sí —respondí.

Señaló hacia la mesa.

—Le he dejado pan de centeno. Hoy le hace falta comer algo de verdad.

Sonreí y me senté. Ese pan, ese café, esa cocina tibia eran el anclaje perfecto después de la noche.

En el alféizar de la ventana había una mariposa negra. No la interpreté, aunque era raro ver una en invierno, sí, pero era solo eso, un detalle improbable. Cuando Greta abrió la ventana para ventilar, la mariposa levantó el vuelo y desapareció hacia el jardín sin más.

Necesité desayunar despacio, Greta no preguntó nada más; agradecía esa manera de cuidar que tenía tan suya. Tras reponer energías, abrí el cuaderno del que no me desprendía y escribí una sola línea:

«*No he cambiado. Solo he dejado de ir un paso detrás de mí*».

Guardé la libreta, bebí el último sorbo de café y salí hacia el jardín. La nieve seguía cayendo con esa paciencia que solo tienen los inviernos largos, y pensé que tal vez yo también necesitaba asumir mis propios tiempos.

Mientras avanzaba entre los rosales desnudos, entendí algo que llevaba días gestándose sin que yo lograra nombrarlo. Y supe que gracias a Rosenklang, la investigación no me empujaba, me acompañaba.

Una diferencia mínima, pero decisiva. *La sombra* no había desaparecido, únicamente había dejado de estar a oscuras…

Y, con eso, podía seguir.

CAPÍTULO 16
Las páginas que faltan

Revelación y engaño

El aire olía a frío y a hierba húmeda. El jardín de aromáticas era, incluso en invierno, un lugar vivo. Las matas de romero resistían como pequeños animales verdes. La salvia parecía siempre recién tocada por alguien que sabe cuidarla; las ramas de lavanda, rígidas por la helada, conservaban aún un tenue perfume.

Greta lo llamaba su tesoro y no exageraba. Había visto ese rincón el primer día, en pleno otoño, cuando aún quedaban flores abiertas, y ya entonces se notaba que no era un adorno del castillo, sino una extensión de sus manos.

La encontré allí, arrodillada con una manta bajo las rodillas, revisando una a una las plantas con la paciencia práctica de quien no necesita convertir el cuidado en ceremonia. No parecía molesta por el frío; más bien se la veía concentrada. Cuando me vio, alzó la cabeza con una breve sonrisa.

—Hoy no toca cortar nada. Solo mirar si han aguantado la noche.

Ese *«solo mirar»* me tocó profundamente sin que me lo esperara, porque eso era exactamente lo que me costaba hacer conmigo.

Había dormido poco, pero esta vez no sentía inquietud. Notaba un cansancio distinto, como si algo en mí se hubiera recolocado y el cuerpo necesitara tiempo para entenderlo. Desde mi visita al espejo, todo parecía igual y, sin embargo, no lo era. No surgían en mí grandes conclusiones ni fogonazos de lucidez, solo una pequeña modificación en el punto desde el que estaba mirando. Eso, en la vida real, es más difícil de sostener que cualquier epifanía.

Me quedé unos minutos con Greta, respirando el olor de las hojas, sin hablar demasiado. El jardín tenía un silencio amable, no

pedía nada. Al final, ella se levantó despacio y se sacudió las manos contra el delantal.

—Venga, a desayunar. Si no, el café se enfría y Karl se ofende.

La temperatura de la cocina era tibia, reconfortante; aunque el calor venía más de la actividad que de la calefacción. Greta se movía con la seguridad de quien conoce cada rincón de la casa. Karl, su esposo, estaba allí también, tarareando una melodía tirolesa mientras abrillantaba la cafetera como si puliera un instrumento de trabajo. Tenía esa solemnidad alegre de los hombres que se toman en serio lo que aman sin tener que pedir permiso.

Greta me guiñó un ojo.

—Karl cree que el café tiene alma.

—Solo si se le canta mientras hierve —añadió él, sin dejar de frotar el metal.

Le sonreí. Greta bufó con una mezcla de afecto y resignación.

—A un hombre hay que dejarle al menos una superstición.

—No son supersticiones —protestó Karl, divertido—. Son rituales. Un café sin rito sale triste.

—Y eso sería imperdonable —dije yo.

El tono ligero que asumió la conversación me reconfortó. Por un instante, Rosenklang parecía una casa normal, con el sonido del pan al cortarse, las tazas colocadas con orden, el murmullo burbujeante del café al subir en la cafetera y el vapor de la tetera empañando el vidrio de la ventana. Me pareció importante quedarme ahí unos minutos más, como si necesitara recordar que el castillo no era únicamente archivo y espejo, sino también harina, calor y personas que se conocen desde hace años.

Mientras bebía el primer sorbo, vi a Lisé cruzar el patio con un ramo de lavanda seca. Saludó inclinando con un leve gesto la cabeza, con ese gesto preciso que parecía sostener toda su educación. Detrás venía Herr Meier, ajustando el llavero con la concentración distraída de quien siempre lleva en la cabeza dos tareas a la vez. Ni siquiera miró hacia dentro, pero su paso ese día,

algo apresurado, transmitía la sensación de que caminaba fuera del tiempo de los demás.

Greta me señaló un rincón de la mesa; alguien había dejado una nota:

«La baronesa la espera, señorita Weiss, a las once».

El papel llevaba su sello, una rosa invertida, y el trazo sobrio que la caracterizaba.

—Puntual como un reloj —comentó Greta, sin levantar la vista del fuego—. A esa mujer le dolería el orgullo si la hicieran esperar.

Karl aprovechó el desayuno para hablar de las obras del ala este. No podía evitarlo. Noté que le entusiasmaba ese proyecto porque no era solo trabajo, era la reparación de un lugar que también sentía suyo.

—Será la siguiente zona en la que intervenir —explicó—. La peor sigue siendo la norte, pero el ala este tiene un problema distinto. No son goteras, como cree todo el mundo. Es que el muro absorbe agua y luego la devuelve por donde quiere. El material es tan poroso que no hay forma sencilla de sellarlo.

Hablaba como quien cuenta una historia de familia.

»Haré una doble pared y una cámara aislante. Ya está diseñado.

—¿Usted mismo se encarga del proyecto? —pregunté.

—Claro. Soy arquitecto técnico —dijo con orgullo.

Greta rodó los ojos con ternura. Karl siguió, ya en un tono que desprendía confianza:

—Ayer, al abrir una cámara interior detrás de un muro, encontré algo raro. Una caja de inventario sin numerar no pertenecía al archivo del museo, era otra cosa, como las cápsulas del tiempo que hacen los niños con sus amigos.

Me detuve con la taza en el aire.

—¿Qué clase de caja?

—De metal. Antigua. Estaba tapada con lona y láminas de madera vieja, como si no quisieran que alguien la viera cuando

reformaron esa parte hace décadas. Había papeles sueltos dentro, muy dañados, evidentemente. Pero no eran de los que se guardan en el archivo oficial, tenían otro formato. Y no llevaban sello ni lacres.

Greta lo miró con una leve reprimenda.

—Karl, no le llenes a la señorita la cabeza de curiosidades antes de la visita con la baronesa.

—No es curiosidad —respondió él, más serio—. Es un hallazgo. Y cuando algo no se numera, es porque alguien decidió que no debía mezclarse con el resto.

La frase quedó flotando sobre la mesa. Yo no dije nada, tampoco hice preguntas, pero me agitó el día.

Después del desayuno subí a mi dormitorio. Me vestí sin prisa para la reunión con la barones, como quien se prepara para una conversación importante y no quiere llegar con la cabeza dispersa.

Mientras me ponía la ropa, pensé en la caja que Karl había encontrado. No quería precipitarme; podía ser cualquier cosa. Un despiste, papeles de obra, restos de un inventario civil, pero el dato de que estaba tapada con lona y madera no recordaba a un descuido; sonaba más bien a una decisión.

Bajé con una cierta parsimonia a la hora justa. El camino hacia el despacho de Verena atravesaba media casa. Ese trayecto, que al principio me parecía una rutina de pasillos, se había vuelto un mapa afectivo.

Reconocía las zonas que olían a cera reciente, dónde la calefacción funcionaba mejor, en qué lugar preciso el suelo crujía más. Aprendí, también, que, según la hora, la luz entraba con matices distintos por los ventanales. Esa mañana, el castillo tenía una claridad gris, sin solemnidad, simplemente invernal.

El despacho de Verena estaba tenuemente iluminado por una lámpara moderna. La zona más iluminada era el retrato familiar sobre la chimenea. No estaba así por ostentación, sino porque allí la memoria tenía asignado su lugar. Ella me recibió de pie, con el mismo porte impenetrable de siempre. Lo primero que noté, quizá

porque yo venía más atenta, fue que no buscaba impresionar, buscaba medirme.

—Me han dicho que ha estado muy ocupada estos días —dijo, sin preámbulo.

—He pasado tiempo en el archivo —respondí.

—Y también fuera de él. —No era una acusación, hacía una constatación.

Me sorprendió más la calma con la que lo dijo que la frase en sí. Yo habría negado con rapidez si hubiéramos estado en la primera semana de estancia en el castillo. Ese día, en cambio, no negué nada; me limité a sostenerle la mirada.

Verena caminó hacia un reloj antiguo de pie que presidía la sala. Era un objeto elegante, de madera oscura, con el péndulo estrecho. Lo observó un instante antes de hablar.

—Este reloj siempre marca una hora distinta a la real. A veces se adelanta; otras, se retrasa. Hace años que no coincide con nada.

Se inclinó y lo tocó con la punta de los dedos.

»Lo mantengo así. Me parece más honesto.

Me senté relajadamente sin que me lo pidiera; ella se apoyó en el borde del escritorio, con una distancia exacta que no mostraba frialdad, sino disciplina.

—Dígame, señorita Weiss. ¿Qué ha encontrado en el archivo subterráneo?

Estuve a punto de responder con mi viejo tono, el de la académica que recita logros y hallazgos objetivos, pero el espejo me había dejado una cosa clara: yo también puedo hablar desde un desfase. Y ese día decidí hacerlo desde el nuevo lugar.

—Encontré cuadernos sin firma —dije—. Y una carta asociada a unas iniciales: I.F.

La baronesa no se inmutó. Solo bajó un poco los párpados, un movimiento casi imperceptible, como quien acepta un dato que ya suponía.

—¿Qué le sugieren esas iniciales?

—Que hay alguien que no aparece en los registros oficiales.

Verena sostuvo mi mirada cinco segundos completos antes de contestar.

—Exacto. Y no por error.

Aquella frase no sonó forzada, fue transparente, como quien describe un método.

—Los archivos oficiales no contienen todas las historias —continuó—. A veces se decide qué se incluye y qué queda fuera. No para ocultar escándalos necesariamente, sino para evitar preguntas que nadie quiere responder.

No dijo «la familia», ni «el museo», ni «el Estado». No necesitaba decirlo. Bastaba con nombrar la decisión.

Me sorprendió el modo en que lo planteaba, no como un misterio, sino como una práctica histórica.

—¿Quién tomó esa decisión? —pregunté.

Verena se acercó a una estantería y sacó un libro viejo, con el lomo gastado. Lo abrió en una página donde le faltaba una hoja. No era una demostración teatral, era literal; el papel había sido arrancado.

—Los silencios no se heredan solos. Se administran.

Cerró el libro. La pausa que dejó después no buscaba impresionarme; era para que yo entendiera.

—No estoy segura de que eso sea defendible —murmuré.

—No le he pedido que lo defienda —respondió con suavidad—. Le he dicho que lo acepte como parte de la historia que está investigando.

Me sentí expuesta. No por ella, sino por la precisión de lo dicho. Yo había llegado con la idea ingenua de que un archivo, aunque incompleto, era un territorio objetivo; Verena me estaba obligando a ver que todo archivo es también una construcción moral.

—¿I.F. estuvo aquí? —pregunté.

—Sí.

—¿Escribió aquí?

—Sí.

—¿Por qué no está en los registros?

Verena no respondió de inmediato. Caminó hacia la ventana, miró la nieve caer con atención práctica, como si buscara la frase exacta.

—Porque había dos formas de contar su existencia. Una era admitirla y quedarnos con lo que eso implicaba.

La frase me dejó sin aire un instante.

—¿Qué implicaba admitirla?

Por primera vez vi un gesto mínimo en la baronesa, una mano que se tensaba sobre el marco de la ventana, casi una contracción.

—Que no toda la fidelidad era neutral. Y que no toda la devoción es cómoda para la historia oficial.

No era una confesión, era una frontera. Pero bastó para aumentar la intriga sin convertir la escena en un oráculo.

—¿Está hablando de Elisabeth? —pregunté.

Verena me miró otra vez como si midiera hasta dónde era sensato llevarme sin empujarme.

—Estoy hablando del modo en que algunas mujeres quedaron fuera del relato porque su presencia desmontaba la versión *digna* de las cosas.

Calló. No añadió nombres, y yo pensé en Ida, pensé en Sofía, pensé en la carta sin enviar. Y pensé en la frase del espejo, el desfase.

—¿Qué cree que busco yo aquí? —dije.

Esta vez la pregunta me salió sin tono defensivo; era totalmente genuina.

Verena volvió al escritorio. Se sentó con elegancia, sin forzar nada en ella. No parecía una mujer que hablara mucho de sí misma, y menos aún una que necesitara permiso, pero sabía leerse a través de los demás.

—Busca datos, por supuesto —respondió—. Pero también busca algo que no ha terminado de encontrar en usted.

La frase no sonó grandiosa, simplemente certera.

—¿Y qué es eso?

—No lo sé. No me compete definirlo. Pero sí puedo decirle algo, cuando las personas se obsesionan con archivos, a veces lo hacen para no enfrentarse a otro tipo de documentos.

Decidí no contestar y ella tampoco presionó.

»El engaño más sutil —añadió, devolviendo la mirada al reloj— no es mentir a los demás. Es sostenerse a uno mismo con una versión demasiado estrecha de lo que se es.

El péndulo golpeó ligeramente fuera de tiempo. No como una señal, sino como un pequeño fallo mecánico, Verena lo observó sin molestia.

—Por eso me gusta este reloj. Siempre llega tarde o temprano, como nosotros.

Me reí sin ganas, pero me reí; porque era cierto. Y, de alguna forma, conectaba con lo que yo había sentido frente al espejo sin necesidad de nombrarlo.

—Karl encontró hoy una caja sin numerar en el ala este —dije entonces—. Papeles ocultos, en un muro.

Verena no mostró sorpresa, solo un mínimo gesto de asentimiento.

—No me extraña. Esa ala tiene más historia que restauración.

—¿Eso también es archivo excluido?

—Exacto. Y usted deberá decidir si quiere verlo solo como investigación o como espejo.

La palabra espejo no resonó como símbolo, sino como un límite. Yo asentí despacio.

—Entonces, ¿me está diciendo que el archivo oficial no me llevará más lejos?

—Le llevará hasta dónde llega el relato que quisieron preservar. Si quiere ir más allá, tendrá que leer también lo que no se quiso contar.

—¿Y usted? —me atreví—. ¿Por qué me lo dice?

Verena sostuvo mi mirada con algo que no era afecto ni frialdad; era más bien una forma de responsabilidad.

—Porque su trabajo no le servirá si se queda en la superficie. Y porque el castillo no necesita más gente brillante, necesita gente que mire.

No hubo solemnidad en sus palabras, hubo precisión. Me levanté despacio. No resultó la conversación más larga que había tenido con ella, pero sí la más decisiva. Aunque no me hubiera dado respuestas, había delimitado el terreno real de lo que estaba haciendo allí.

Antes de irme, Verena dijo una última frase:

—No confíe demasiado en los documentos que parecen completos. Los documentos completos siempre esconden omisiones silenciosas.

En el pasillo me crucé con Herr Meier. Venía con una carpeta bajo el brazo; apenas se detuvo a mirarme.

—Espero que la baronesa le haya sido útil —murmuró.

—Más de lo que esperaba.

Él hizo una media sonrisa, sin ironía.

—Aquí todo lo útil tiene zonas ciegas.

Guardo silencio, ¿para qué decir nada más? Unos metros más adelante, Greta me tomó del brazo al verme bajar.

—¿Todo bien?

—Sí. Solo siento que este castillo tiene huecos.

—Claro que los tiene —respondió sin exageraciones—. Si no, no estaría vivo.

Su frase tenía humor adusto, pero también algo de realidad. Me hizo reír de verdad, por primera vez en días.

Volví al archivo algo apresurada. Necesitaba sentarme y poner algo de orden interno. Encendí la lámpara con cierta intención ceremonial, abrí el cuaderno y escribí:

«*No avanzamos por las páginas que se muestran, sino por las que alguien decidió retirar».*

Me quedé mirando esa frase un buen rato, pues no quería convertirla en un aforismo, solo entenderla como mapa.

Hasta ese momento yo había creído que la investigación consistía en reconstruir lo que existía. Verena acababa de recordarme que, a veces, la auténtica reconstrucción empieza donde falta algo. En lo que no está, en lo que no se enumera, en las hojas arrancadas.

Y supe que a partir de ahora mi trabajo no iba a ser solo encontrar documentos, sino aprender a escuchar los huecos, como hacía con los relatos de mis pacientes.

Porque, ahora, el archivo de Rosenklang había dejado de ser un mapa, se había convertido en una grieta.

Capítulo 17
Los escritos de Titania

Fusió

n creativa

Seguía sin saber nombrar qué había cambiado en mí. Lo que me había ocurrido era algo discreto, la impresión de que ya no necesitaba defenderme de mí misma a cada paso. Como si mi cuerpo hubiese aceptado una verdad pequeña y, a partir de ahí, pudiera moverse con menos tensión. El día fue avanzando sin prisa. La nieve seguía cayendo fuera con la monotonía limpia del invierno, y el castillo tenía ese ritmo silencioso que no exige nada cuando uno no se exige de más.

Volví como casi cada día al archivo, esta vez, por la mañana. No buscaba nada concreto; después de la conversación con Verena, sabía que los documentos visibles me llevarían solo hasta donde alguien había decidido que yo llegara. Ese pensamiento no me desanimaba; me ponía en una alerta sutil. Entré con calma, como quien entra en una habitación de trabajo que también es un organismo vivo.

El archivo olía a papel frío y a tela en alcanfor junto a madera envejecida por el polvo fino que no se posa, sino que flota. Encendí el flexo, ordené la mesa y me quedé unos segundos mirando las cajas que tenía encima. Había aprendido a leer también el modo en que estaban colocadas, demasiado alineadas para ser casualidad, demasiado intactas para ser inocentes.

Al abrir la puerta me encontré con Lisé; llevaba un cubo con trapos, un manojo de llaves y esa expresión de concentración práctica que solo tienen las personas acostumbradas a cuidar espacios grandes sin que nadie les aplauda por ello.

—¡Ah, señorita Weiss! —dijo con una ligera falta de aire—. Iba a limpiar un poco, pero aquí el polvo siempre vuelve antes que yo.

—Debe tener memoria —respondí, casi sin pensarlo.

Lisé sonrió, y me gustó que lo hiciera sin solemnidad, sin distancia respetuosa.

—O cariño. Hay cosas que se resisten a ser olvidadas. —Me respondió.

Dejó el cubo junto a la pared y empezó a limpiar la repisa más alta con una paciencia metódica. Me miró un par de veces, con la curiosidad contenida de quien sabe que algo importante está ocurriendo y no quiere interferir.

»Greta dice que usted escribe mucho. Más que los de los libros, y eso ya es decir.

—Eso espero que no sea una queja —le expresé con cierto humor irónico.

—No lo es. Solo que aquí, cuando alguien escribe tanto, suele ser porque algo no quiere quedarse quieto.

La frase no era profunda en intención, pero lo fue en efecto. Lisé tenía esa manera de soltar verdades como quien deja una taza en la mesa, sin más.

»¿Y lo logra? —preguntó, como si hablar de lo que no se queda quieto fuera lo más normal del mundo.

—A veces —dije—. Otras veces siento que solo estoy aprendiendo a escuchar.

—Entonces tenga cuidado —añadió, señalando mis cuadernos—. Si uno escucha demasiado a los libros, luego no se callan.

Reí. Su sentido práctico me anclaba al suelo. Cuando se marchó, el archivo recuperó su silencio habitual, pero su frase quedó suspendida en el aire como una advertencia afectuosa. Lo agradecía, pues me mantenía cerca de la realidad.

Tomé el cuaderno donde había copiado la carta de I.F. y me dispuse a cruzar notas. Revisé primero los fragmentos de los cuadernos subterráneos, buscando algo que se me hubiera escapado. Desde que llegué a Rosenklang, había leído cientos de

páginas, pero ahora tenía otra mirada; no buscaba el dato, sino la grieta, la omisión, el cambio de tono que delatara una mano distinta.

A mitad de una carpeta miscelánea[8] apareció una hoja doblada, muy fina, casi traslúcida, con tinta desvaída. No tenía fecha. Sí tenía un título escrito en alemán con una caligrafía que desprendía autoridad: **Titania.**

No era la primera vez que veía ese nombre. Desde la rosa prensada[9] había quedado en mí como un hilo que todavía no encontraba su origen. En aquel momento lo había leído como la voz creativa reprimida de Elisabeth, la máscara poética que le permitía decir lo que el protocolo no toleraba. Ahora volvía a aparecer, no como símbolo aislado, sino como pieza de archivo. Eso me hizo observarlo con más cuidado, más atención al detalle.

La hoja parecía formar parte de un cuaderno mayor. En la parte superior había un número tachado, lo que indicaba que alguien había decidido desordenarla a propósito. Inhalé despacio y empecé a leer; eran versos breves, sin el acabado formal de los poemas publicados, más bien apuntes. El trazo era femenino, rápido, con la cadencia que yo ya reconocía de los cuadernos subterráneos.

El texto estaba incompleto. Varias líneas se perdían con la tinta comida por el tiempo; aun así, lo que quedaba tenía la voz de Elisabeth cuando escribía sin testigos.

«No hay trono donde pueda apoyarse la fatiga.
La belleza no salva, solo distrae.
Cada jardín que me ofrecen
es un corredor más de la misma jaula».

Se interrumpía ahí. Debajo, un párrafo que no era verso, más bien una nota al margen:

«Tit. es la única que puede decirlo.
Si lo escribo como yo, me ahogan».

Tit. Debía ser Titania. Y no era una persona, sino el nombre que le daba permiso para ser ella. Ni siquiera Sisí, tampoco Elisabeth, solo la mujer.

Me quedé mirando los huecos del papel. Había en ellos palabras perdidas; algunas quizá no podrían recuperarse nunca. Y, sin embargo, el poema pedía continuidad. Una inquietud que no era sobrenatural, sino creativa y ética, me atrapó. Era la misma inquietud que conoce cualquier investigador cuando encuentra un texto mutilado. ¿Hasta dónde puedo reconstruir sin traicionar?

Saqué mi cuaderno de notas y copié las líneas legibles con precisión. Luego hice un espacio para las palabras faltantes. Estuve un rato mirándolo sin escribir, dejé que emergieran las posibilidades sin forzarlas. Me di cuenta de que mi primera reacción era completar desde mis creencias, de mi idea de Sisí, con mis lecturas previas. Pero… esa no era la tarea; el trabajo real era escuchar lo que el propio texto sugería.

Probé una primera reconstrucción; no me gustó. Sonaba más a mí que a ella; la taché. Probé otra, tampoco, me detuve. Tomé un sorbo de café ya frío y volví a leer las líneas originales muchas veces más. Poco a poco, algo se ordenó, no como un dictado, sino como una aproximación consciente al texto.

Escribí una tercera variante, más sobria, más austera, dejando que el tono de ella marcara el ritmo. Dejé de utilizar palabras grandilocuentes, tampoco intenté hacer literatura. Solo completar con respeto.

Cuando terminé, leí el fragmento entero en voz baja. Sentí una especie de alivio tranquilo, como si hubiera puesto una pieza donde faltaba otra sin inventarme una casa nueva.

Seguí revisando papeles y encontré otro doblez. Este no estaba titulado, pero en el margen superior izquierdo aparecía de nuevo el nombre:

Titania

Esta vez escrito con tinta más oscura, en letra distinta. Reconocí el trazo de I.F. o de ese alguien muy cercano; la letra volvía a ser semejante a la de los cuadernos subterráneos, pero el ritmo era menos aristocrático, más directo, casi urgente.

El texto era un comentario sobre los poemas de Sisí. I.F. no solo copiaba; interpretaba, subrayaba, contestaba. No como médium, sino como lectora devota que necesita dialogar para no ahogarse. Había una frase que me dejó clavada:

«Si Titania fuese solo un nombre, no daría miedo. Da miedo porque es lo que no pudieron callar».

Otra línea decía:

«Los poemas no se guardaron porque fueran bellos. Se guardaron porque eran peligrosos».

Ahí estaba el archivo excluido, vivo, no por arte de magia, sino por mano humana. Eso sí, en nombre de la historia oficial.

De pronto vi con claridad que I.F. no había sido solo custodio pasivo. Era puente entre la escritura de Elisabeth y otra serie de escrituras posteriores. Quizá era amiga, dama, confidente o algo más cercano. Pero, fuera lo que fuese, alguien había cortado esa continuidad, alguien había decidido que su voz no entrara en el relato oficial.

Me quedé inmóvil un momento, con la piel erizada. No por misterio ajeno, sino por una intuición narrativa de enorme peso, no era solo a Sisí lo que yo estaba investigando. Era a la red de mujeres que sostuvieron su sombra y fueron silenciadas al mismo tiempo que a ella.

Volví a la hoja de Titania, la miré con ojos nuevos. Titania no era un *fantasma.* Era un nombre de guerra íntimo, un modo de sobrevivir cuando el yo cotidiano no podía hablar, expresarse abiertamente.

Me pasó algo entonces curioso que no pude etiquetar ni de trance ni de dictado. Fue otra cosa, más humana, más terrenal, ¡sentí ganas de escribir! No como análisis, sino como respuesta. Quería contestar al texto desde mi propio lugar, no para apropiármelo, sino para entender qué puerta abría dentro de mí.

Busqué una página limpia, blanca, impoluta; necesité respirar conscientemente varias veces. Y…, escribí, despacio, sin hacerlo pensando en los otros, sin buscar belleza literaria, solo verdad.

No fluyó un poema perfecto, salió un primer verso torpe, casi una frase. Lo dejé tal cual, luego otro más, así sucesivamente. A medida que avanzaba, me di cuenta de algo simple, no estaba copiando ni imitando, estaba encontrando la parte de mí, de mi voz, que podía dialogar con la de ella sin confundirse.

Al escribir de esta forma me obligaba a estar presente; resultaba imposible esconderme entre las teorías, no me permitía terminar refugiada en el archivo; la palabra me traía de vuelta a mí.

Los versos fueron creciendo como crecen las cosas cuando una no las obliga. No eran automáticos, eran míos, estaban trabajados, un poco vacilantes a veces, auténticos y verdaderos por eso mismo.

A instantes me paraba, entonces leía un fragmento de Sisí y volvía a escribir, no para continuarla, sino para responderle. En un punto me detuve, porque me sorprendió lo que acababa de poner:

«Hay días en que la mente es solo un abrigo y el cuerpo una verdad doblada dentro».

No pensé publicarlo en ningún instante, tampoco enseñárselo a nadie. Solo pensé: *esto soy yo cuando dejo de ir un paso detrás de mí*. Me asustó un poco y a la vez me alivió, en esa mezcla estaba el proceso real.

La luz del atardecer empezó a volverse ámbar. Los dedos comenzaron a dolerme de tanto escribir; miré a mi alrededor, el archivo estaba igual de silencioso, pero yo no. Me noté extrañamente acompañada, no por presencias, sino por una red de voces históricas que exigían no ser reducidas a una nota al pie.

Fue entonces cuando escuché pasos en el umbral. Lukas apareció con una carpeta en la mano y una taza de café en la otra. Tenía esa manera suya de entrar sin invadir, como quien entiende cuándo el silencio es trabajo.

—¿Sigues viva? —preguntó con una media sonrisa.

Le devolví la sonrisa sin levantarme.

—Depende del día.

Lukas dejó el café junto a mí con suavidad. Observó los papeles sobre la mesa sin tocarlos, con esa prudencia de quien sabe que el archivo es delicado.

—¿Has encontrado algo?

—Titania —dije, señalando la hoja.

Él frunció apenas el ceño, como reconociendo el peso de ese nombre sin necesidad de explicación. Se sentó delante de mí.

—¿Otra vez?

—Sí. Pero ahora no es solo un símbolo, hay notas de I.F. sobre los poemas. Comentarios, respuestas. Es como si estuviera reconstruyendo una conversación que alguien decidió cortar.

Lukas miró la hoja con atención real.

—¿Y tú qué haces en medio de esa conversación?

Me sorprendió su pregunta, porque no me lo había planteado así.

—Escribo —dije por fin—. No para completar sus textos, sino porque al leerla me he dado cuenta de que también tengo partes que han quedado fuera del relato oficial.

Lukas asintió con un sutil y leve gesto; después se rio un instante.

—Eso es investigación verdadera —dijo. Y luego añadió, con un toque de humor para no hacerme sentir desnuda—. Lo demás son listados.

Reí. Su frase no era rompedora, pero era exacta. Se quedó en silencio y me miró con esa atención penetrante que ponía cuando algo le importaba.

—Karl encontró hoy una caja sin numerar en el ala este —me recordó—. Me dijo que había papeles dentro, más viejos de lo que parecen. Si quieres, mañana te acompaño a verla antes de que la vuelvan a cerrar.

El dato se me encajó con un clic interno. Las ideas pasaron telegráficamente por mi mente: Archivo excluido, Ala este, Titania, I.F.

—Sí. Mañana. —le dije.

Lukas se levantó sin prisa.

—No te quedes aquí hasta tarde. Esta casa vuelve todo demasiado grande si uno la mira con hambre de respuestas.

A estas alturas ya sabía que no era una advertencia; estaba cuidándome a su manera.

Cuando se fue, apagué el flexo. Guardé las hojas con delicadeza, luego doblé mi página de versos y la dejé dentro del cuaderno personal; no eran para las carpetas de archivo. Separé ambas con intención; una cosa era la investigación y otra era lo que la investigación me estaba moviendo a mí por dentro.

Subí a mi habitación con una calma renovada, ni triunfal, ni mística; era la calma que surge cuando dejas de huir para encajar en una sola versión de ti misma.

Marqué el número de mamá; quería compartir con ella, por ganas de tocar tierra con una voz que me conocía sin archivos, sin castillo, relojes, espejos y acertijos.

Tardó un poco en responder. Cuando lo hizo, la noté adormecida pero cálida, como era ella siempre conmigo.

—Clara, cariño, ¿estás bien?

—Sí, mamá. Solo quería oírte un momento.

—¿Es de noche allí? —me preguntó.

—Sí. Y nieva.

Hubo un silencio corto y tierno. Yo escuchaba su respiración al otro lado, sin fusionarla con el castillo ni sus sonidos. Era la respiración real de alguien que vive en lo normal, en lo cotidiano.

—¿Te estás cuidando? —preguntó.

—Más de lo que creía.

—Pues no lo olvides. A veces entender no es cuestión de esfuerzo, sino de descanso.

Sonreí. Era una frase familiar en nuestra casa, pero seguía funcionando.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, Clara. Duerme cuando puedas.

Colgué despacio, quedándome un momento con el teléfono en la mano, sin demasiada nostalgia, pero con mucha gratitud. Pensé que todas las mujeres sobre las que estaba leyendo también habían necesitado alguna vez una voz así. Evidentemente, no necesitaban ser salvadas, pero sí que alguien las pudiera sostener de vez en cuando.

Antes de acostarme abrí el cuaderno de versos y añadí una última línea, simple, sin pretensión:

«La voz que nos crea no desaparece. Solo cambia de forma para seguir viva».

Apagué la lámpara. Ya no tenía prisa por entenderlo todo, pero sí sentía ganas de seguir escuchando.

Capítulo 18
La superstición de Greta

Sab

iduría instintiva

Al amanecer, percibí un aroma cálido que difería notablemente de los habituales en el castillo: era pan recién horneado, cuyo olor suele impregnar las estancias antes de iniciar las actividades del día. Permanecí unos instantes inmóvil, atento al silencio característico de las primeras horas, permitiendo que ese aroma evocara una sensación de cercanía y familiaridad.

Pensé en California, en los inviernos luminosos donde el frío no era una estación sino un contraste amable, y sonreí sin querer. Aquí, en cambio, el invierno parecía una decisión del tiempo. Había nevado dos días consecutivos; el paisaje amanecía blanco, espeso, como si alguien hubiera impuesto una pausa sobre las cosas.

Me vestí con lentitud, porque había entendido lo que era el autocuidado y lo estaba practicando. En los últimos días había ido demasiado deprisa por dentro, y mi cuerpo lo estaba notando en forma de un molesto cansancio, no desagradable, pero sí persistente.

Bajé al pasillo y noté otra vez esa quietud mortecina de Rosenklang bajo la nieve. Los relojes seguían marcando la hora, algunos a su propio ritmo, pero hoy su sonido parecía más lejano, como si no quisieran llenar demasiado el espacio.

En la escalera encontré a Herr Meier subiendo con una bandeja con leña. No dijo nada, pero su gesto de saludo fue impecable, una mínima inclinación y una mirada rápida, sin quedarse. Confirmé que incluso en tareas simples mantenía su meticulosidad. Me aparté para dejarle pasar y él lo agradeció con un gracias, de tono casi ceremonial.

La cocina, en cambio, estaba viva. Al entrar sentí el calor del horno, la humedad de la masa de pan y el ruido doméstico de las tazas. Greta sacaba una bandeja de hogazas doradas con la seguridad de quien ha repetido el gesto cientos de veces. Tenía las mejillas rojas por el vapor y el delantal salpicado de harina. El contraste con el exterior era casi cómico.

—Hoy el castillo huele a casa —dije sin pensar.

Greta no se dio la vuelta; se limitó a dejar la bandeja sobre la mesa y a mirarme por encima del hombro.

—Hoy huele a pan. Lo demás lo pondremos nosotras.

Hablaba siempre así, desde un lugar intangible. No necesitaba solemnidad para ser profunda. Me senté, aún somnolienta, y ella me sirvió café sin preguntar. Era un café negro, fuerte, hecho con esa precisión que solo se aprende con los años; me sostuvo la taza un instante antes de dejarla en la mesa.

—Tiene ojos de quien ha soñado demasiado.

—Esto es un cumplido raro.

—No es ni cumplido ni reproche. Es una observación; si sueña tanto, luego se queda sin sitio donde pisar.

Su comentario no mostraba intranquilidad, sino un pragmatismo irrefutable. Me quedé dándole vueltas a la frase mientras cortaba una rebanada de pan. Greta preparó la mesa con movimientos precisos y, cuando se sentó frente a mí, traía entre las manos un pequeño saquito de tela bordado con hilos rojos. Era del tamaño de una nuez, con el cordón bien anudado.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un amuleto. Para el *mal aire.*

Lo dijo con tal naturalidad que no supe si reír o preguntar. Opté por lo segundo.

—¿Qué contiene?

—Hierbas, un hilo de cobre y un poco de cera vieja. Nada que no haya en la cocina.

Levanté la ceja.

—¿De verdad cree en eso?

Greta soltó una carcajada breve.

—Claro que no, pero calma. Y eso ya es curar un poco.

Se apoyó en el respaldo de la silla; parecía divertida con mi cara de académica desconcertada.

—Mi abuela decía que hay temores que no se van con explicaciones, se van con gestos. El amuleto es un gesto. Cuando era niña lo llevaba en el bolsillo y me tranquilizaba, aunque supiera que era una tontería.

La miré con atención. Había una lógica emocional clarísima detrás de lo que decía; no era un discurso de superstición, sino una forma de psicología popular, antigua, eficaz.

—Es como un objeto transicional —murmuré, casi para mí.

—No sé qué significa eso, Fräulein —contestó ella—, pero si quiere llamarlo así, adelante.

Sonrió y mordió pan con decisión.

—Yo lo llamo «recordatorio». Cuando alguien se siente desbordado, necesita algo que le recuerde que no está solo con lo que le pasa.

Me quedé unos segundos sin responder. Ella volvió a hablar, como quien no se detiene a discutir una verdad básica.

—Rosenklang enferma a quien olvida comer y reír; usted lleva días sin hacer ninguna de las dos cosas.

Me desarmó más que cualquier frase elegante de Verena. Porque era simple, y además tenía razón. El archivo, el espejo, las páginas que faltaban, todo eso me había ido empujando a un estado de alerta constante, como si estuviera obligada a sostenerlo sola.

Karl entró en ese momento, sacudiéndose la nieve del abrigo; traía el pelo mojado, pero el buen humor intacto.

—Greta, el camino del invernadero está cubierto otra vez. Si sales ahora, te matarás.

—Y si espero al sol, se me muere la salvia —replicó ella con la misma seriedad.

Karl alzó las manos en rendición amistosa. Luego me saludó con una sonrisa sincera.

—Buenos días, señorita Weiss. ¿Ha dormido algo?

—Más de lo que esperaba.

Él se sirvió café y se sentó a nuestro lado. Habló de las obras con el entusiasmo de siempre, pero hoy su energía me pareció útil; era una forma concreta de vida dentro de tanto mundo interior.

—Ayer levanté un tramo del suelo del ala este —explicó—. Encontré una veta de humedad. No es de ahora, está metida en el muro desde hace décadas. Ese material tiene memoria física, no sé si me entiende.

Noté que Greta lo miraba de reojo, casi pidiéndole que no se pusiera técnico. Karl siguió igualmente.

—Voy a dejar que respire antes de sellar. Si lo tapo sin más, en un año revienta por otro lado.

No pude evitar pensar en mi propia cabeza.

—Eso también pasa con la gente —dije.

Karl sonrió, como si mi frase confirmara algo.

—Exactamente. Si no se deja respirar a tiempo, luego sale por donde puede.

Greta bufó con humor.

—Mira qué bonito te ha quedado. Ahora sí que pareces un psicólogo.

Karl se rio; yo también. La risa fue un detalle pequeño pero importante, la segunda risa limpia que sentía desde hacía días.

Lukas apareció casi al final del desayuno, con el abrigo aún húmedo. Iluminaba la cocina con su presencia silenciosa. Se puso junto a la estufa para calentarse las manos y miró la mesa con apetito.

—¿Queda pan?

Greta le pasó una rebanada sin hacerle ningún comentario. Lukas se sentó y noté que, desde que estaba aquí, era capaz de entrar en escena sin alterar el clima. Movía su energía como si supiera qué necesitaba cada momento, cada instante.

—¿De qué habláis? —preguntó.

—De amuletos —dije.

Lukas levantó las cejas y miró a Greta.

—En casa, mi madre decía que, si una vela chispeaba, un recuerdo quería volver. Nunca supe si era poesía o aviso.

—Una manera elegante de nombrar el miedo —contesté sin ironía.

Greta lo miró con un gesto casi maternal, antes de respondernos.

—Más miedo me dan los que no creen en nada. Porque incluso cuando no creen, obedecen algo sin saberlo, solo que lo llaman «carácter».

Lukas se quedó pensativo, como si hubiera recibido una buena réplica.

—*Touché*[10] —dijo sonriendo, y brindó con la taza.

Herr Meier entró en ese momento, discreto, con un llavero que apenas tintineó, discreto como él.

—¿Supersticiones? —preguntó, como si entrar en la cocina no fuera una interrupción, sino una tarea más.

Greta le clavó una mirada pícara.

—A ver, Meier, diga usted una, seguro que tiene alguna.

Él hizo una pausa exacta, como si buscara la frase más importante del día.

—Mi abuela decía que, si uno dejaba los zapatos cruzados bajo la cama, soñaba con su destino.

—¿Y usted los cruza? —insistió Greta.

—No, señora. Me da miedo que mi destino sea tener que limpiarlos.

Reímos los cuatro. El sonido llenó la estancia como un soplo fresco; por un momento el castillo pareció menos solemne, menos observado, más humano.

Cuando la risa se apagó, Greta se levantó para recoger la mesa. Antes de hacerlo, dejó el saquito bordado delante de mí.

—Llévelo.

—N*o* quiero ofenderla, Greta, pero…

—No se ofende nadie. No pesa —dijo, cortándome con cariñosa practicidad—. Llévelo como quien lleva una llave. No abre nada mágico, abre otra forma de estar.

Me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta; ¿quién podía decir nada frente a su cuidado?

Después del desayuno necesité salir al exterior. Sentía que, si me quedaba en el archivo toda la mañana, volvería a cerrarme en mi interior. Crucé el patio cubierto de nieve hasta la rosaleda. Los jardineros habían despejado algunos parterres y vi huellas recientes en los caminos. El bosque al fondo estaba quieto, teñido de blanco. No parecía un escenario simbólico, sino un lugar real, frío, hermoso y un poco implacable.

Caminé sin rumbo fijo. Recordé la primera noche en Rosenklang, cuando el castillo todavía era solo un espacio ajeno, una arquitectura desconocida. Ahora no lo sentía mío, pero sí menos hostil. La diferencia quizá no estaba en el castillo, estaba en mi cuerpo, en mi disposición, en la forma en que había empezado a aceptar que no todo debía ordenarse a la vez.

Al volver, vi a Karl en el ala este, con un tablón apoyado sobre la pared; me hizo una seña.

—¿Quiere ver la zona de la que hablábamos?

Asentí, a pesar de que no sentía curiosidad, pero el movimiento me parecía parte del proceso. Entramos en un pasillo estrecho, con ventanas altas que dejaban pasar una luz azulada; Karl señaló el punto exacto donde iban a trabajar.

—Aquí estuvo tapado durante años. No parece gran cosa, pero estas capas de pared las puso alguien para ocultar humedad y algo más.

—¿Algo más?

Karl se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo sé que el material no coincide con el resto de la obra; lo hizo alguien con prisa o con intención.

¿Para qué preguntar? Me quedé mirando la pared como quien mira una piel con cicatrices antiguas. No sabía qué decía aún, pero ya no me ponía nerviosa no entenderlo al instante.

Lukas apareció al final del pasillo con un par de herramientas. Al vernos, sonrió.

—¿Tour arquitectónico?

—La señorita inspecciona mis pecados constructivos —bromeó Karl.

Lukas se acercó y se apoyó contra el marco.

—¿Estás bien hoy? —me preguntó, en un susurro.

Asentí. Era una pregunta sencilla y sin intención; me gustó que fuera así.

—Más centrada —dije.

Lukas miró el pasillo, luego a Karl.

—Hoy Clara ha comido —anunció con humor.

—Milagro —respondió Greta desde el patio, sin que supiera cómo nos había oído.

Reímos otra vez. Me sorprendió lo necesario que me estaba resultando ese humor doméstico. No me distraía de la investigación; en cambio, me permitía sostenerla sin colapsar.

Volví al archivo antes del mediodía con un humor renovado; creo que canturree una canción que oía a veces a Lukas. Me senté, abrí el portátil y revisé algunas notas. El saquito de Greta olía fuerte, mezclándose con el olor de los libros. No me molestaba, era un

recordatorio físico, casi infantil, de que estaba aquí con un cuerpo, además de con una cabeza.

Trabajé varias horas, leyendo fragmentos de cartas, ordenando referencias, señalando vacíos deliberados en el inventario oficial y subrayé, en un color distinto, todo lo que correspondía a material excluido. Lo que antes me parecía caos, ahora empezaba a ser un mapa con huecos significativos.

Cada tanto me venía la frase de Greta, «gestos que calman». Me di cuenta de que mi investigación también era un gesto. No solo académico, también emocional. Era mi manera de sostener una pregunta vieja sobre lo femenino, el poder, la identidad, la herencia simbólica; aunque no había nada místico en eso, solo humano.

A media tarde hice una pausa y me serví té. Observé la mesa, los papeles, las anotaciones de Titania del día anterior. Sentí el trabajo, trabajo de verdad, un trabajo que me estaba moviendo, cambiando mientras yo lo realizaba.

Cuando terminé, cerré el cuaderno con suavidad y guardé todo en orden. El archivo seguía sin ser amigable, pero se había transformado en habitable. Habitable en la medida en que yo podía entrar y salir de él sin perderme.

Cené en la cocina, sola; Greta había dejado preparados para mí unas salchichas de la región hervidas y unas coles de Bruselas. Y todos los quesos que pudiera comer.

Ya de noche, en mi habitación, abrí el cajón donde había dejado el amuleto al bajar a cenar. Lo saqué; seguía oliendo a romero, a laurel y a una canela discreta que me recordó a la cocina de mi madre cuando era niña. Me quedé un rato con eso en la mano, sin superstición ni creencia; fue por memoria.

Pensé entonces que quizá la superstición no era otra cosa que eso, «*memoria puesta en un objeto».*

Un modo antiguo de tocar lo invisible con algo que se puede llevar en el bolsillo. Lo que a mí me parecía una costumbre rural, a Greta le había servido para alojar temores sin tener que

racionalizarlos del todo. Y a mí, ahora, me estaba sirviendo para algo parecido.

Escribí en mi cuaderno:

«Los rituales no curan por lo que prometen, sino por lo que sostienen».

No era una frase para publicar, estaba escrita para quedármela.

Antes de acostarme volví a pensar en Margaret; en ese instante no necesitaba escribirle —ya lo habíamos hecho—, sino en su forma de mirar mis procesos sin empujarme ni cuestionarme. Seguro que me habría dicho algo simple, quizá parecido a lo de Greta: «No trates de explicarlo todo hoy».

Tomé conciencia de que las dos, desde lugares distintos, me estaban enseñando lo mismo.

Me metí en la cama con una calma más real, sincera. Sin embargo, el misterio seguía sin estar resuelto, pero mi cuerpo había vuelto a su sitio. A veces eso es lo que permite que la mente trabaje sin convertirse en una máquina.

Cuando apagué la luz, el saquito quedó en la mesita. No necesitaba esconderlo bajo la almohada ni hacer nada especial con él; con saber que estaba ahí, como un hilo mínimo hacia la vida real, era suficiente.

Mientras el sueño comenzaba a cerrarme los ojos, pensé que tal vez la individuación no se logra únicamente frente a espejos, ni en archivos, ni a través de grandes símbolos.

Sucede en días como este: con pan recién hecho, nieve cayendo, buenas conversaciones, trabajo bien organizado y alguien cercano que te recuerda —sin palabras complicadas— que comer y reír también son parte fundamental del recorrido.

Capítulo 19
El desdoblamiento

Fusión interna de la voz

La mañana transcurrió con una calma que agradecí muchísimo. Después de varios días en los que la intensidad emocional parecía marcar el ritmo de todo, la rutina doméstica devolvía una sensación de normalidad necesaria, de nuevo el pan recién hecho de Greta, el café humeante, los comentarios prácticos de Lukas sobre los accesos al archivo. Todo ese conjunto de gestos cotidianos me permitió retomar el trabajo sin sentir que debía protegerme del propio castillo.

Volví al archivo poco después del desayuno. El aire era frío, pero limpio, y la luz que entraba por la ventana hacía visible el polvo suspendido en la habitación. Encendí la lámpara con calma, abrí mi portátil y revisé las notas con la intención de mantener el orden que había recuperado en los últimos días. Mientras clasificaba referencias, apareció un correo nuevo en la pantalla. El remitente hizo que la atención se me desplazara inmediatamente.

Margaret Lowell.
Asunto: *¿Cómo lo llevas?*

Abrí el mensaje.

Querida Clara:
He leído tus notas. No te inquietes por la falta de linealidad; es parte natural del trabajo de la tesis.

Cuando se estudia a figuras constituidas por símbolos y proyecciones afectivas, la separación rígida entre lo académico y lo personal deja de ser útil. Ambas dimensiones producen conocimiento.

No intentes escribir desde una sola voz; permite que todas las capas de tu pensamiento aparezcan. Ya ordenaremos después.

Envíame lo que tengas, aunque no esté pulido.

Margaret

Me quedé un momento con el correo abierto. No decía nada que contradijera lo que yo ya intuía, pero sí desmontaba la barrera artificial que llevaba meses sosteniendo entre el registro académico y todo lo que no entra en él. *No intentes escribir desde una sola voz*, repetí mentalmente. Aquello, para una tesis, era una invitación inusual; para mí, en ese instante, era una liberación.

Cerré el correo y abrí mi cuaderno.

La primera frase que escribí no pertenecía al tono académico, pero tampoco era confesional. Simplemente aparecía desde una zona de pensamiento más directa y menos vigilada:

«La comprensión no siempre llega desde la distancia; a veces se abre camino al escribir sin miedo a equivocarse».

La leí con atención; no había desorden en ella, tampoco sentimentalismo; pertenecía a una zona de mi pensamiento que no había dejado intervenir en la investigación, más permeable y, curiosamente, más precisa de lo que habría imaginado.

Quise equilibrar el ejercicio añadiendo debajo una nota estrictamente técnica, para comprobar si ambos registros podían convivir sin desorientarme. Escribí:

— Nota técnica (formato tesis):

La caligrafía hallada en la habitación inferior presenta similitudes con la correspondencia tardía de Elisabeth, especialmente en los trazos ascendentes y en los cortes abruptos tras las letras iniciales. Revisar referencias cruzadas con el archivo del museo de Viena.

Aquella frase sí me resultaba familiar, clara, ordenada, propia de mi formación. Sentí que recuperaba el control del terreno.

Pero, apenas tracé el punto final, surgió otra línea, completamente distinta en ritmo y enfoque, como si la mano

hubiese aprovechado la inercia para revelar una conclusión que normalmente habría censurado:

— Registro íntimo (cuaderno):

«Hay heridas que se reconocen antes por la inclinación de la letra que por lo que intentan narrar».

No había contradicción entre una frase y la otra. Al contrario, coexistían con sorprendente naturalidad; por primera vez entendí que no se trataba de unir pensamiento racional y pensamiento simbólico, sino de dejar que ambos se iluminaran mutuamente sin competir.

Aproveché esa apertura para estructurar un pequeño ejercicio, algo deliberado esta vez; quería comprobar si era capaz de sostener los dos registros sin perder cohesión. Abrí una página nueva del cuaderno y anoté lo siguiente:

Fragmento del cuaderno

(Página 1)

Registro académico:

La existencia de material no catalogado en la habitación inferior sugiere un espacio de elaboración emocional paralelo al archivo oficial. Distinguir entre producción literaria, anotaciones privadas y escritura terapéutica sería clave para interpretar los textos.

Registro íntimo:

«Lo que se guarda fuera de los catálogos suele ser lo más vivo; lo que no encuentra lugar en la historia busca refugio en quien lo lee».

Registro académico:

Comparar los motivos recurrentes en los cuadernos: espejo, desplazamiento del yo, repetición de figuras femeninas. Valorar si funcionan como símbolos de identidad o como mecanismos compensatorios.

Registro íntimo:

«Los símbolos no piden explicación, piden un interlocutor».

Cerré el cuaderno con calma, sin urgencia. Esa pequeña página contenía, de forma inesperadamente clara, la síntesis de lo que llevaba días intentando explicarme sin conseguirlo; no había dos voces en conflicto, sino dos modos de acercarme a lo mismo. La coexistencia no generaba caos, sino profundidad. Y, sobre todo, no había nada extraño ni trastornado en ello; era simplemente un cambio de método, una ampliación del margen de pensamiento.

Levanté la vista. El archivo seguía en silencio, pero ya no me intimidaba. Por fin, después de semanas, tuve la sensación de que estaba trabajando desde un centro más firme, sin necesidad de protegerme del propio material. Era yo, pero sin la rigidez de antes.

Volví a abrir el portátil apresuradamente; no quería dejar que la lucidez del momento se diluyera en abstracciones; necesitaba empezar a organizar la estructura del capítulo de la tesis que estaba pendiente.

Mientras tecleaba, escuché el sonido leve del carro de limpieza de Lisé en el pasillo. Ese tipo de ruido cotidiano, regular y práctico, me devolvía siempre a un orden más simple; había vida alrededor, personas moviéndose, una casa real sosteniendo un mundo que, en ocasiones, yo interpretaba desde capas demasiado profundas.

Decidí revisar las imágenes digitalizadas que había hecho del misal blanco y de los cuadernos del gabinete inferior. Las amplié para comparar los trazos; me llevó un rato acostumbrarme a la luz azulada de la pantalla después de trabajar en papel, pero pronto entré en ritmo. Las similitudes estaban ahí: la inclinación ascendente, la tensión en ciertos bucles, la forma ligeramente irregular de cerrar la letra t. Eran observaciones pequeñas, casi microscópicas, pero aportaban la cohesión que necesitaba mi tesis.

Sin embargo, mientras tomaba notas, algo volvió a pasar; entre las observaciones estrictamente técnicas, surgió una línea que no respondía a los parámetros habituales de una descripción caligráfica.

«Hay caligrafías que parecen esforzarse por no desaparecer; escriben para ser encontradas».

Me quedé mirando la frase; por un instante me cuestioné, preguntándome si era irracional o poética. Sacudí la cabeza para recuperar mi centro; sí, era una idea interpretativa, una aproximación más humana al análisis de un documento. Y, sobre todo, era coherente con lo que estaba investigando, la escritura como territorio emocional. En otro momento la habría tachado por subjetiva; ahora la aceptaba como parte de la complejidad del material.

Cerré el portátil un momento para descansar la vista; al hacerlo, de nuevo oí pasos en el pasillo. Lukas apareció en la puerta con una taza de té y un pequeño sándwich.

—Greta dice que no te vio comer nada en el desayuno —comentó, depositando la taza en la mesa y el bocadillo—. Así que te manda esto antes de que se te olvide vivir.

—Estoy trabajando bien —respondí, y más agradecida de lo que sonó en voz alta.

—Lo sé —asintió—. Pero cuando trabajas bien, te olvidas de ti misma, y eso tiene dos consecuencias: o produces mucho… o te caes de golpe.

Le sonreí. Era una observación sencilla, pero certera, con esa forma indirecta de recordarme cosas esenciales sin nombrarlas explícitamente.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó, señalando el cuaderno abierto.

—Estoy probando algo que Margaret me sugirió —le conté—. Usar dos registros, no separar lo académico de lo vivido.

Lukas hojeó un par de líneas, con respeto.

—Tiene sentido —respondió—. Nadie mira un objeto sin mirarse un poco a sí mismo; lo extraño es fingir lo contrario.

Su comentario, tan simple, hizo que algo encajara. Quizá esa era la clave, dejar de fingir que podía aproximarme a un material tan cargado sin que algo de mí se reflejara en él. La objetividad, en esos

casos, no consistía en borrar la subjetividad, sino en reconocerla para no confundirla con el objeto de estudio.

—Gracias —le dije.

—No he dicho nada especial —respondió.

—Precisamente por eso.

Se marchó sin añadir nada más. La puerta quedó entreabierta, como si quisiera recordarme que podía salir cuando el cuerpo lo pidiera.

Continué trabajando; esta vez intenté integrar ambas voces dentro de un mismo bloque de análisis, no como columnas separadas, sino como piezas complementarias. Copié fragmentos del misal, revisé referencias cruzadas, anoté hipótesis de lectura. Y, entre todo ese trabajo metódico, volvieron a surgir frases que no pertenecían al registro habitual, pero que no restaban rigor, solo añadían matiz.

Volví al cuaderno para dejar constancia del proceso. Abrí una segunda página bajo el título que había escrito antes.

Fragmento del cuaderno

(Página 2)

Registro académico:

La reiteración de figuras femeninas en los escritos sugiere una construcción del yo basada en fragmentos, no en narrativas lineales. Explorar la idea de identidad discontinua en relación con las pérdidas afectivas.

Registro íntimo:

«Quizá la identidad no se pierde, se desplaza hasta encontrar dónde apoyarse».

Registro académico:

La presencia del motivo del espejo indica un conflicto entre autoobservación y autoimagen. Revisar textos de Jung sobre función compensatoria del símbolo.

Registro íntimo:

«No miramos para vernos, miramos para confirmar que seguimos ahí».

Al cerrar la página, sentí que el ritmo del pensamiento se había estabilizado. No estaba en una elucubración desbordada, ni en un trance, tampoco en disociación. Era mi proceso natural de integración, finalmente visible.

Me quedé un rato en silencio, sin prisa. Por la ventana, la luz del día había empezado a declinar, y las sombras se alargaban sobre el suelo del archivo sin adquirir ningún significado que no fuera el de una tarde avanzando. Había algo liberador en esa normalidad.

Decidí salir un momento al pasillo para despejarme. El archivo, por muy acogedor que fuera, tenía una densidad silenciosa que a veces se pegaba al cuerpo si se pasaban demasiadas horas concentrada en él. El aire del corredor estaba más frío; la calefacción tardaba en llegar a esa parte de la casa. Las contraventanas vibraban levemente por el viento exterior, un sonido constante que se integraba en la arquitectura con la naturalidad de un viejo latido.

En la mesita donde Meier solía dejar los partes internos había una bandeja con correspondencia del día. Nada urgente, nada dirigido a mí. Sin embargo, la presencia de esos sobres, con sus tipografías oficiales, me recordó que fuera de Rosenklang existía un mundo que seguía funcionando a un ritmo completamente distinto.

Un mundo donde mis avances eran medidos en informes, revisiones académicas y plazos administrativos. Allí, pensé, este capítulo que estaba empezando a perfilar sería solo un fragmento más de un documento de cientos de páginas. Aquí, en cambio, era parte de un proceso personal que no podía subestimarse.

Volví al archivo con una sensación de mayor seguridad. Me preparé otro té con el calentador de agua y retomé el cuaderno. A medida que escribía, la dualidad entre ambos registros se volvía menos abrupta. Los límites entre uno y otro se volvían más porosos y, al mismo tiempo, más definidos. La línea académica aportaba estructura; la otra, perspectiva emocional. Ninguna anulaba a la otra; ambas me permitían avanzar.

Me detuve unos segundos y me apoyé en el respaldo de la silla. Era curioso darse cuenta de que el cambio no provenía de una revelación simbólica ni de una experiencia extraordinaria, sino de una variación en el método. Había dejado de pedirle al pensamiento que fuera una sola cosa. Le había permitido ser más amplio.

Retomé entonces un documento breve de Ida Ferenczy que había fotocopiado días atrás. Era una carta en la que describía una visita a la emperatriz en un periodo especialmente convulso. La prosa era sobria, cuidadosa, pero había una frase que me llamó la atención desde la primera vez que la leí: *«He intentado acompañarla sin invadirla, pero a veces uno no puede evitar escuchar lo que el otro no dice».*

La subrayé y anoté al margen: **dimensión relacional del silencio**. Era una categoría que había aparecido de forma tangencial en capítulos anteriores, pero jamás la había formulado con tanta claridad.

Al lado, en la misma página, surgió el otro registro: *«El silencio no oculta lo esencial; solo lo prepara».*

Me sorprendió la precisión con la que ambas líneas, tan distintas, se iluminaban mutuamente. Comprendí que ese tipo de articulación no debía verse como un desdoblamiento, sino como un diálogo interno legítimo. Había pasado años intentando no mezclar análisis y subjetividad, convencida de que hacerlo me restaba rigor. Ahora veía que, al contrario, la separación rígida era la que empobrecía la comprensión.

Un poco después escuché a Greta llamándome desde el pasillo.

—¿Tiene hambre? —preguntó asomando la cabeza—. Voy a preparar algo ligero antes de que oscurezca. Hoy todo se enfría más rápido.

Su presencia, tan concreta, me devolvió a la escala humana de las cosas.

—Sí, bajo enseguida —respondí.

—Deje el cuaderno —sonrió—. Las ideas también necesitan descanso.

Ese comentario me hizo reír. Tenía razón. No todo se sostenía con análisis; también hacía falta comer, moverse, atender al cuerpo. Guardé el cuaderno entre las carpetas de la tesis y bajé a la cocina.

Allí todo era más sencillo. El vapor del caldo, el olor a pan tostado, una conversación breve sobre la nevada que llegaría por la noche. Greta y Lukas hablaban de si debían cerrar antes el acceso a la zona norte, porque el viento solía desplazar la nieve hacia los ventanales. La logística del castillo, tan poco simbólica, resultaba extrañamente terapéutica.

Mientras tomábamos la sopa, Lukas comentó:

—Parece que hoy trabajabas bien.

—Sí, he avanzado. Pero de un modo distinto —respondí.

—Diferente no significa raro —dijo él—. Solo significa que sirve para lo que necesitas ahora.

Reflexioné sobre ello de camino al archivo. Era verdad, nada de lo que había ocurrido ese día era extraño; lo extraño era que no me hubiera permitido ese modo de trabajar antes.

Al llegar al escritorio, volví a abrir el cuaderno. Tenía la sensación de que necesitaba escribir una última página antes de dejar el capítulo preparado para revisarlo al día siguiente. Deseaba fluir, escribir sin forzar nada, solo dejar constancia del punto donde me encontraba.

Abrí una nueva hoja.

Fragmento del cuaderno

(Página 3)

Registro académico:

La lectura cruzada entre documentos oficiales y cuadernos privados indica que la producción escrita de la emperatriz no puede analizarse únicamente desde la perspectiva histórica. Sus textos reaccionan a un conflicto interno que se manifiesta en desplazamientos sucesivos del yo.

Registro íntimo:

«No se escribe para contar el pasado, sino para acomodarlo».

Registro académico:

Revisar la relación entre escritura y regulación emocional en autores que utilizan el símbolo como mediador: cartas, cuadernos no destinados a publicación, borradores incompletos.

Registro íntimo:

«A veces no buscamos explicar una vida; buscamos sobrevivirla».

Al cerrar esa página, supe que el capítulo estaba encaminado. Quedaba mucho por ordenar, sí, pero el tono, la mirada y el método ya se habían reorganizado de un modo más natural. Podría pulirlo más adelante.

Apagué la lámpara. El archivo quedó en penumbra, pero sin esa sensación de densidad que había tenido días atrás. Solo era un cuarto en silencio al final de una jornada de trabajo.

Y eso —pensé— era quizá la mejor señal de que algo dentro de mí se había integrado con más serenidad.

Subí a mi habitación con el cuaderno todavía entre las manos. No tenía intención de seguir escribiendo, pero sí de releer algunos fragmentos antes de descansar. La noche avanzaba con un ritmo lento y constante; el castillo parecía acomodarse a él sin resistencia. Había algo calmado en ese silencio, de nuevo diferente al de los días anteriores, como si la casa hubiera retirado su intensidad para dejarme trabajar sin interferencias.

Dejé el cuaderno sobre la mesa y encendí la lámpara auxiliar. La luz cálida devolvió a la habitación un aire más doméstico y menos académico. Me senté un momento en el borde de la cama, dejando que la mente descansara. Era curioso darse cuenta de que, pese a las horas de trabajo, no sentía agotamiento mental, sino una especie de claridad sostenida que no tenía en cambio nada de extraordinaria. Era simple; había encontrado un método que no me exigía renunciar a ninguna parte de mí.

Me acerqué a la ventana. Fuera, los jardines estaban casi ocultos bajo la nieve nueva, y los setos formaban sombras alargadas bajo la

luz tenue de los faroles exteriores. El frío empañaba el cristal por dentro, pero la escena tenía una serenidad que no necesitaba interpretación… Qué pereza. No todo tenía que significar algo; a veces lo visible era solo visible.

De regreso a la mesa, abrí el cuaderno en la última página escrita. Leí sin prisa, dejando que la mezcla de registros se integrara. Había dejado de producirme extrañeza; tampoco sentía euforia, sabía que era coherencia. Esa era la palabra que me venía una y otra vez, sin dramatismo, coherencia.

Aun así, tuve la necesidad de anotar un cierre, no para concluir un proceso —que apenas empezaba—, sino para fijar una impresión. Abrí una nueva página y dejé constancia:

Fragmento del cuaderno

(Página final del día)

Registro académico:

La integración de registros —analítico y experiencial— no disminuye el rigor, sino que lo amplía. Propone una lectura más precisa del material, evitando forzar interpretaciones que no contemplan la complejidad emocional del contexto.

Registro íntimo:

«Cuando permito que todas mis voces escriban, la tesis respira mejor que yo».

Cerré el cuaderno con una sensación diferente a la del mediodía; no era alivio, ni cansancio, ni la euforia breve de una revelación. Era simplemente la sensación de haber entrado en un ritmo de trabajo más honesto, donde no necesitaba vigilar cada pensamiento para que encajara en un molde previo.

Apagué la lámpara. Antes de hacerlo, escuché pasos en el pasillo; reconocí la cadencia de Lisé. Llamó con suavidad antes de entrar.

—¿Fräulein Weiss? Solo quería avisarle de que la baronesa preguntaba por usted, pues quiere verla mañana. Dijo que no tenía

prisa, pero que sería bueno que se vieran antes del mediodía.

—Gracias, Lisé. Lo tendré en cuenta.

Sonrió, hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó. Me quedé un instante en la quietud posterior, asimilando la información.

Verena elegía cuidadosamente los momentos en los que convocaba una conversación, sobre todo cuando quería poner algo en movimiento. Aquello me dio una pista de que el día siguiente requeriría una atención distinta.

Me tumbé sobre la cama, dejando que el cuerpo se aflojara. El cansancio de hoy era amable, sin agotamiento; era de concentración sostenida. La mente, por una vez, no continuaba girando alrededor de símbolos ni de interpretaciones ocultas; todo estaba en su sitio.

Apagué la luz. El castillo no hizo ningún gesto especial; no hubo sonidos inesperados ni silencios tensos. Solo la respiración estable de un edificio antiguo que cumplía su función.

Mientras el sueño se acercaba, pensé que no había sido un día extraordinario, había sido útil. Y, a estas alturas, la utilidad era una forma de claridad que no debía subestimar.

El encuentro con Verena esperaría al día siguiente. Hoy, el trabajo estaba bien hecho.

Capítulo 20
La visita de Ludwig

Confrontación con el ánimus

La mañana amaneció con esa claridad de invierno que no terminaba de brillar. No era una luz limpia; era una luz opaca, blanda, que se quedaba suspendida en los ventanales como si todavía no supiera si debía entrar, y Rosenklang parecía responderle con reciprocidad, un silencio estable, sin exceso, con ese orden doméstico que se sostiene en los hábitos más que en los planes.

En la cocina, Greta había puesto temprano el horno. El olor de las tostadas y al café recién filtrado subía por el pasillo como una cuerda invisible que tiraba de mí. Bajé con el cuaderno bajo el brazo, aún con la cabeza algo nublada, y la encontré removiendo una olla con la calma de quien no necesita hablar para dar un buen día.

—Hoy no ha ido directa al archivo —observó, sin mirarme—. Eso ya es una señal.

—He sentido hambre —respondí, sentándome.

Greta apenas sonrió, me sirvió café y dejó un plato con tostadas y un poco de mantequilla.

—El hambre también es una forma de inteligencia. Sobre todo, cuando una se pasa días oyendo cosas que no termina de comprender.

No supe si hablaba de mí o del castillo, probablemente de las dos. Empecé a desayunar con hambre; el pan estaba crujiente en los bordes y blando en el centro, con ese sabor ligeramente dulzón de las harinas de montaña. Me sigue sorprendiendo cómo los actos simples —masticar, beber, apoyar la taza— pueden devolver al cuerpo una soberanía que la mente ha olvidado.

Lisé entró un poco después, con un cesto de ropa doblada. Se movía como siempre, sin ruido, pero con una viveza que rompía la solemnidad involuntaria de la casa.

—¿Ha dormido mejor? —preguntó.

—Sí. Creo que sí.

Ella se quedó callada un segundo, como si calibrara mis palabras.

—El pasillo huele distinto hoy —comentó—. Como cuando cambian las sábanas y el aire se ordena solo.

La mujer me miró de reojo, divertida.

—A esta casa le sienta bien que no todo sea misterio —pensó en voz alta Greta—. La gente cree que las casas viejas viven del secreto, pero viven del ritmo.

Lisé sonrió con esa timidez suya y dejó el cesto en una silla.

—La baronesa preguntó si se encontraba bien —añadió—. Me comunicó que la verá a media tarde; antes del mediodía no podrá ser.

No era una invitación; nada en Rosenklang lo era cuando venía de Verena. Asentí sin darle importancia, aunque en realidad la frase me acompañó en silencio como una suave alerta. ¿Por qué quería verme? ¿Por qué cambiaba la hora que había fijado el día anterior ella misma?

Lukas apareció inmediatamente detrás de Lisé, llegó con una carpeta bajo el brazo y los guantes aún puestos. Se acercó a la mesa para servirse café, y mientras lo hacía me echó una mirada rápida, de esas que analizan al otro.

—Te veo más tranquila —afirmó.

—He descansado.

—Eso es más raro que las leyendas del castillo.

Me reí sin esfuerzo; él también, aunque más discretamente. Se sentó un momento, no para hablar, sino porque parecía necesitar ese parón cotidiano antes de volver a lo suyo.

—¿Sigues con los cuadernos del gabinete inferior? —preguntó.

—Y con las cartas de Ida Ferenczy —respondí—. Estoy intentando ordenar la parte relacional, no solo la histórica.

Lukas asintió con calma.

—Me parece más útil que seguir persiguiendo símbolos como si fueran animales sueltos —reflexionó—. Los símbolos sirven, pero no viven solos.

Su frase era académica, aunque dicha con cotidianidad, como si hablar de símbolos o psicología compleja fuera algo normal en la cocina de cualquier hogar. Y, sí, me ayudó a encajar algo que llevaba días rondándome por la cabeza, la diferencia entre *ver* un símbolo y *habitar* un proceso.

Se levantó de inmediato.

—Si hoy te llama la baronesa, no te quedes sin comer otra vez —añadió antes de irse—. Los encuentros importantes sientan peor con el estómago vacío.

Pasé el resto de la mañana en el archivo; a estas alturas no había nada extraordinario allí, solo papeles antiguos, microfilms, carpetas con notas de restauración, cartas, diarios incompletos. Sin embargo, el modo en el que yo me disponía ante todo eso sí había cambiado.

Abrí el portátil y revisé las últimas páginas que había escrito para la tesis. Las leí en voz baja, como si no fueran mías. A veces es la única forma de detectar cuándo el texto se vuelve rígido, cuándo se convierte en defensa más que en análisis. Hice algunos cambios, moví párrafos, eliminé repeticiones.

Me detuve en un fragmento donde hablaba de la escritura de Elisabeth como *«canal de supervivencia psíquica»*; lo amplié con referencias a procesos de «*regulación emocional*» en la correspondencia privada, cuidando el tono para que no sonara a manual.

Después revisé las fotografías ampliadas de los versos firmados como Titania. Comparé trazos con mi propia letra en las notas de campo; la verdad es que veía similitudes, sí, pero lo que más me interesaba no era demostrar una identidad caligráfica, sino entender

qué tipo de desdoblamiento emocional podía producir esa convergencia. Me quedé un rato trabajando sobre esa idea, sin prisa.

Abrí el cuaderno y escribí un bloque doble, como había empezado después de hablar con Margaret

Registro académico:
La convergencia estilística entre distintas escrituras puede indicar un proceso de resonancia interna. No se trata de autoría material, sino de continuidad psíquica en el símbolo.

Registro íntimo:
«Hay voces que vuelven porque no acabaron de vivir dentro de una sola vida».

No me sobresalté por la frase, la dejé allí. Ya no veía ese registro como un enemigo del rigor, sino como una forma de ampliar la lectura sin anestesiarla.

A la una, Greta subió una bandeja con sopa ligera y pan. La dejó sin decir nada; solo me rozó el hombro al salir, como una manera de recordarme que estaba allí. Pensé que sería buena idea comer mirando el ventanal; el jardín comenzaba a fundir el manto blanco en algunos tramos del parterre; la nieve aún no desaparecía y tardaría en hacerlo, pero estos días cedía.

Cuando terminé de comer, me percaté de lo que realmente necesitaba esa sopa caliente y la contemplación del jardín; estaba viviendo demasiado enclaustrada en el trabajo. Tomé la decisión de guardar los documentos. No tenía sentido estirar la concentración en el trabajo antes de la conversación con Verena; cerré el archivo y subí a cambiarme.

Puntual, como el protocolo que ella exigía. Antes de entrar a verla, me detuve a revisar mi ropa, alisé la chaqueta un poco con la mano; fue una forma de eliminar mi nerviosismo. El despacho de Verena estaba a media luz cuando entré; la Baronesa me recibió de pie, como siempre, con una serenidad milimétrica. Pero esa tarde había algo menos ceremonial en su presencia; eso me sorprendió. Quizá porque ya no hablábamos de umbrales del castillo, sino de umbrales internos.

Me invitó cortésmente a sentarme frente a ella. Sobre el escritorio había un reloj sin péndulo visible; su tic-tac no era regular, sino levemente desacompasado, como si cada segundo tuviera un paso propio.

—¿Cómo está llevando estos días? —preguntó sin rodeos.

La pregunta era terrenal, sin artificios ni dobleces.

—Trabajo mucho —respondí—. Y a veces tengo la impresión de que ese trabajo sucede en dos planos distintos.

Verena asintió despacio.

—Eso también es trabajo. Cuando uno empieza a mirar hacia dentro, lo de fuera parece duplicarse.

No respondí, sentí que todo estaba bien. Ella continuó con una calma clínica:

—Lisé me dijo que ha vuelto a escribir sin plan previo.

—He escrito porque lo necesitaba, no por inspiración.

—La inspiración suele ser una excusa amable —respondió—. Lo que ocurre de verdad es que la mente deja de censurar una parte más antigua de sí misma.

Me sostuvo la mirada.

—Yo no sé si estoy dejando de censurar o si estoy perdiendo estructura —admití.

Eso la hizo sonreír.

—No está perdiendo estructura, está perdiendo rigidez.

Dejó un silencio breve para que la frase se posara.

»Le dije que los relojes han vuelto a su ritmo —añadió—. No porque hayan cambiado los mecanismos, sino porque usted ha cambiado el modo de escuchar el tiempo.

—¿A qué se refiere?

—A que antes el tiempo era una defensa para usted, medida, control. Ahora, en cambio, empieza a ser proceso.

Sus palabras sonaron precisas; por eso me molestaron un poco por lo directas, pero sabía que el malestar era una parte de lo que

estaba trabajando.

—¿Proceso hacia dónde? —pregunté.

Verena no respondió de inmediato. La observé con atención, sentí un cosquilleo de curiosidad. Tocó con un dedo las filigranas de la mesa de su escritorio, como si necesitara anclar lo que iba a decirme.

—Hacia su contraparte.

Mi cuerpo se tensó un poco; sabía que no era miedo; mentalmente lo nombré, era mi resistencia.

—¿La sombra otra vez? — expresé

—No solo la sombra —respondió—. La sombra abre una puerta, pero nada se integra solo mirando la oscuridad; la psique siempre busca equilibrio. Y el equilibrio aparece cuando uno se atreve a dialogar con la fuerza que ha mantenido fuera.

—¿Y cuál es esa fuerza en mi caso?

Verena me observó con una franqueza que no tenía nada de místico ni de psicoanalista:

—Usted ha vivido mucho tiempo desde el principio racional. No porque no tenga emoción, sino porque aprendió que pensar era más seguro que sentir. Ese principio no es malo, es necesario, pero precisa de su enantiodromía[11] para no volverse un tirano.

Conocía esa idea. La había trabajado en pacientes, en teoría. Pero oírla aplicada a mí, en esa habitación, tenía otro peso.

—¿Por eso, Ludwig? —pregunté.

Verena asintió.

—No piense en él como hombre, mírelo como figura psíquica. Ludwig fue un portador histórico de ese arquetipo, un masculino espiritual, sensible, volcado en el símbolo, pero también atrapado en su propia incapacidad de sostener el mundo concreto. Usted no viene a verlo a él. Viene a entender lo que representa en usted.

La forma en que lo decía era sobria, clara, sin exageración. Y eso me ayudó.

—¿Y si no quiero verlo?

Verena siguió en el mismo tono, como si esperara mi resistencia.

—No podrá evitarlo. Cuando algo deja de sostenerse en la rigidez, busca su complemento. No en un hombre ni en una mujer, sino en la energía interna que completa lo que creíamos incompleto.

El reloj del escritorio dio un golpe único, profundo, como una afirmación inevitable. Verena sacó un papel doblado y lo dejó frente a mí.

—Esta noche el lago le servirá de espejo. No para deslumbrarla, sino para mostrarle lo justo.

Abrí el papel con una expectante curiosidad; había una sola palabra escrita: **Ludwig**.

Me levanté con la sensación de haber recibido una consigna más que un augurio, aunque no sabía a qué lago se refería, así que decidí guardar el papel sin más.

La tarde se cerró lentamente. Cenamos temprano, con una conversación ligera que agradecí sostener sin intentar irme mentalmente lejos. Greta habló de unas humedades nuevas en el corredor norte. Lukas opinó sobre un sistema de drenaje que Karl quería instalar. Meier apareció solo para comprobar que las contraventanas cerraban bien y desapareció igual de rápido. Nada simbólico ni analítico, solo vida real.

Subí a mi habitación con el cuerpo mentalmente cansado, pero sin inquietud. Con parsimonia me lavé el rostro, dejé el cuaderno en la mesilla y apagué la lámpara. Me dormí con una calma ya inhabitual; reconocí que no era la calma que había sentido estos días atrás, la de quien concluye algo, sino la de quien está dispuesto a aprender.

El sueño no tardó en abrazarme. Casi no hubo transición. Y, ….

Estaba en la orilla de un lago.

La noche era limpia, sin viento. El agua no estaba quieta a pesar de ello, pero se movía con una lentitud apenas perceptible, como si respirara bajo su propia piel. Yo no sentía frío. Estaba despierta

dentro del sueño, con esa lucidez suave que conoce los límites sin necesitar controlarlos. Era un sueño lúcido; escogí vivirlo.

Ludwig apareció en el otro lado. No caminaba sobre el agua, avanzaba por la orilla opuesta, y su figura se reflejaba en la superficie con un leve desfase. Era alto, delgado, vestido con una capa clara. Su rostro no era el que conocía de los retratos oficiales; desprendía una vitalidad tranquila, una energía que no se agotaba en la melancolía.

Se detuvo frente a mí, al otro lado del agua.

—No sé si te esperaba —le dije.

—Pero has venido —respondió.

Su voz era sobria, sin eco. Una voz mental, más cercana a la comprensión que al sonido.

—Verena dice que no eres él.

—No lo soy —asintió—. Soy el modo en que tu psique puede mirarse sin mentirse. Tu mente necesita un rostro para confrontar lo que no quiere reconocer sin forma.

Lo dijo sin ironía, sin pizca de juicio en la voz.

—¿Qué es lo que no quiero reconocer?

Ludwig bajó la mirada al agua del lago.

—Que has vivido mucho tiempo desde una sola mitad.

La frase no era nueva, pero escucharla allí, en mi sueño, abría otra capa.

—La mitad racional —murmuré.

—La mitad que decide, clasifica, controla y vigila. No porque seas fría; la racionalidad también es una emoción de supervivencia, sino porque aprendiste que sentir podía costarte algo que no estabas dispuesta a perder.

Tragué saliva por nerviosismo; percibía el cuerpo en el sueño como si estuviera realmente allí.

—¿Y cuál es tu función entonces? — Pregunté

—Sostener la contraparte, la enantiodromía. No el impulso ciego ni la emoción sin cuerpo, sino la energía interna que se atreve a ir más allá del método cuando el método ya no basta.

Guardó un instante de silencio; yo me tensé algo más.

»Piensas que perder el control es perderte, pero el control es solo una forma antigua de cuidado. Y mantenerlo en exceso nos lleva a perderlo; recuerda tus propias palabras: «Cuanto más intento controlar, más se me escapa el control». Ya no te sirve, te entorpece.

Ese era el punto. La explicación era simple; lo difícil era aceptar la verdad emocional que se escondía detrás. Reconocía lo complejo que resultaba abrazar el cambio de cualquier hábito.

—No quiero convertirme en alguien que flota sin razón —respondí. Ahí estaba de nuevo mi resistencia.

Ludwig sonrió levemente.

—No vas a flotar, vas a caminar con ambas piernas.

El lago se movió con una ola casi imperceptible. La orilla donde yo estaba se humedeció un poco más, hasta rozarme los tobillos. No lo juzgue como una amenaza, más bien como un leve contacto.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

—Nada heroico —respondió—. Solo escuchar sin convertir en teoría lo que antes de ser teorizado fue vida.

Callé un instante, no porque no tuviera que decir, sino por dejar posarse la respuesta en mí.

—¿Y por qué tú? — pregunte

—Porque durante tu investigación me has invocado sin darte cuenta. Me llamaste cuando intentabas entender una herida ajena. Y las heridas ajenas siempre llaman a las propias.

En ese preciso instante noté cómo se aflojaba algo en mi pecho. No era una revelación súbita; era un reconocimiento claro.

—Entonces… ¿No vienes a darme respuestas?

—No —dijo con calma—. Vengo a devolverte una parte tuya que estaba esperando respeto, no explicación.

La frase me dejó en silencio. El lago, la noche, mi cuerpo dentro del sueño… todo estaba allí sin dolor, tranquilo.

Ludwig dio un paso atrás.

—Cuando dudes —añadió—, vuelve a esta orilla, como un ancla mental. No para que yo responda a tus dudas, sino para recordar que tu mente no es una jaula, sino un lugar que puede ampliarse.

La imagen comenzó a disolverse con la calma de quien no se impone. El sueño se cerró sin épica, pero con la certeza de que no necesitaba adornos.

Me desperté con la luz gris del amanecer. Había dormido profundamente; el cuerpo estaba tranquilo y descansado.

En el cristal de la ventana había un símbolo trazado con el dedo, un círculo atravesado por una línea vertical. No brillaba ni tenía nada de sobrenatural. Lo miré unos segundos hasta que el calor de mi respiración lo borró con facilidad. El símbolo representaba la *conjunctio*[12], unión que no fusión, el equilibrio.

Me vestí con la calma de quien ha decidido vivir el momento, me miré en el espejo y di algo de color en mis labios; hacía demasiado que no me preocupaba de mi aspecto. Al salir al pasillo, me encontré con Herr Meier; estaba allí, parado, ajustando su llavero con su precisión habitual. Debió notar mi presencia porque se detuvo.

—Buenos días, señorita Weiss. ¿Se encuentra bien?

—Sí —respondí—. He dormido de un modo… distinto.

Meier inclinó la cabeza, como si comprendiera sin necesidad de detalles.

—En Rosenklang, cuando uno duerme distinto es porque ha colocado algo donde debía estar —dijo con su tono seco, práctico—. No hace falta que me diga qué. Solo recuerde que el castillo no le pide nada que no pueda sostener.

—Gracias —murmuré.

Él asintió, ya a medio paso de seguir su ruta.

—Si hoy la baronesa la ve a usted más tranquila, no se extrañe. A veces los cambios no hacen ruido. Solo acomodan el aire.

Y se marchó sin añadir nada más.

Tuve el impulso de regresar a mi habitación. Tomé el cuaderno y escribí una sola frase, como quien fija un punto exacto del mapa:

«He reconocido la parte que faltaba; ahora puedo sostenerme sin vigilarme».

Cerré la tapa. El día empezaba con otra estructura interior, más amplia, menos defensiva.

Y supe que, a partir de ahí, las conversaciones con Verena ya no serían sobre lo que el castillo mostraba, sino sobre lo que yo estaba preparada para aceptar.



ACTO III

EL JARDÍN INTERIOR

El viaje de retorno, integración y trascendencia

Cuando el alma despierta, no recuerda los sueños, los continúa.

Rosenklang ya no se impone como un enigma exterior; acompaña el ritmo interior de Clara sin reclamarle pertenencia.

Las habitaciones, antes llenas de sensaciones y sombras, se vuelven espacios de claridad.

El tiempo no avanza, florece. La rosa, el agua, el espejo, el reloj…

Cada símbolo encuentra su raíz común, la conciencia.

No hay mensaje oculto que descifrar, sino una música interna que Clara reconoce como propia.

Camina despacio por los pasillos donde antes buscó señales. Ahora sabe que lo que veía fuera era la forma externa de un movimiento que sucedía en ella.

La piedra se vuelve memoria.

La luz se transforma en pensamiento y, lo que previamente fue misterio, ahora es materia viva.

Clara ya no persigue respuestas, las encarna.

Su alma, al fin, deja de fragmentarse.

La *integración* no llega como un descubrimiento repentino, sino como una respiración que encuentra su cadencia verdadera.

Donde antes había eco y lucha, comienza el jardín.

Y en él, Clara reconoce su forma, su voz, su libertad de ser.

Capítulo 21
La confesión de Verena

Memoria y Transmisión

«Recordar es una forma de sanar. Lo que se hace consciente deja de gobernarnos desde la sombra».

Jean Shinoda Bolen

La tarde había bajado un punto de intensidad y, con él, el castillo recuperaba su compás habitual: pasos discretos en los corredores, puertas que se abrían sin sobresalto, la caldera murmurando con la fidelidad de siempre. Era un ritmo que Clara ya reconocía sin pensarlo, como si su propio cuerpo hubiera comenzado a coordinarse con la respiración de la casa.

Desde hacía días entraba y salía de archivos, gabinetes y pasillos, y ahora sabía distinguir cómo cambiaba la luz en cada tramo del día, cuál era la sombra precisa que dibujaban los ventanales a media tarde, qué zonas del corredor conservaban un silencio útil y cuáles eran simplemente de tránsito.

En el bolsillo de ojal de su abrigo llevaba un sobre. No pesaba, pero tenía la firmeza inquietante de las cosas que pueden modificar una trayectoria. Lo había encontrado cosido al forro de un álbum de fotografías, con puntadas tan regulares que por un instante dudó si debía cortarlas. Leyó solo la primera frase; el resto se lo prohibió a sí misma. Lo guardó con un temblor sutil, casi imperceptible, y caminó por el corredor con el sobre apoyado en su pecho, como si esa cercanía física le permitiera sostener la duda sin precipitarla.

La baronesa Verena la esperaba en el salón pequeño. Ese cuarto nunca pretendía impresionar; estaba hecho para hospedar la conversación, no para enmarcarla.

Se componía de un sofá verde oscuro, dos sillones orejeros verdes también, una lámpara de pantalla clara, una mesa de té siempre impecable y un jarroncito con tres ramas verdes, aunque nunca contenía flores. Un espacio en el que todo invitaba a permanecer en un tono exacto, sin exceso. A Clara le gustaba esa sensación de majestuosidad discreta que habitaba el castillo.

Verena, con un vestido gris perla y el cabello recogido, levantó la vista cuando Clara entró. No mostró sorpresa, solo reconocimiento, pues era la visita esperada.

—Ha tenido una mañana intensa —dijo con una neutralidad cálida.

Clara se sentó donde le indicó; ya estaba acostumbrada al protocolo que la baronesa marcaba. En la mesilla esperándola estaban las tacitas y la tetera de porcelana. El vapor del té subía formando un hilo casi invisible, como si quisiera evitar estorbar la conversación. Aunque no sabía el motivo del encuentro, como solía ser habitual en estas citas, esta vez no esperó a ser preguntada; Clara empezó la conversación.

—Encontré una carta —dijo Clara, sin más preámbulo.

La baronesa no miró el sobre, la miró a ella.

—Hay cartas que salen de casa para buscar respuestas —respondió—. Y otras que se escriben para ser halladas cuando la respuesta ya no es necesaria. Me inclino a pensar que la suya pertenece al segundo grupo.

Clara tomó la taza por el borde y Verena, sin brusquedad, corrigió su gesto.

—Por el asa, querida. El calor forma parte del sabor, pero no conviene llevarlo a la piel.

Sonrió con esa delicadeza suya que no humillaba ni instruía; solo acompañaba.

Clara obedeció. Entendió que aquel gesto mínimo tenía el peso de una enseñanza sobre algo más amplio, el modo de tocar lo que importa.

—¿Sabía que la carta estaba ahí? —preguntó.

—Sabía que no estaba perdida —respondió Verena—. A veces, con eso basta.

La baronesa acomodó las manos sobre el regazo. Cuando volvió a hablar, su tono se convirtió en más íntimo, como si cruzara una puerta invisible.

—Lo que sé de esa carta viene de mi abuela. Ella contaba que la emperatriz venía a Rosenklang cuando necesitaba un lugar donde respirar sin nombre. Aquí nadie la recibía como soberana; eso le aligeraba el cuerpo.

Clara sintió que la imagen se instalaba en ella con una claridad suprema, sin la carga histórica, solamente humana.

»Mi abuela contaba de un invierno en que la nieve no hizo ruido. La emperatriz llegó a caballo. Entró en la sala de música sin quitarse los guantes, apoyó la frente en el borde del piano y se quedó así un buen rato. No tocó ni una nota, pero mi abuela juraba que era como si hubiese tocado una hora entera. Era a veces su modo de soltar el peso sin destruirlo.

Clara escuchaba con una atención que no era profesional, desde un lugar más profundo, íntimo. Reconocía en ese gesto de la emperatriz la búsqueda de un lugar donde existir sin tener que justificar nada.

»Luego, levantó la frente —siguió Verena— y dijo: «Necesito un sitio donde mi nombre no exista».

Mi abuela le respondió que, en esta casa, importaban las conductas, no los nombres. La emperatriz sonrió, con una sonrisa cansada, pero real.

Hubo un pequeño silencio; parecía que la mujer se emocionaba con el relato; Clara lo respetó, dejando que se recompusiera emocionalmente a través del propio silencio.

»Regresó un verano —añadió Verena, moviendo un dedo como si pasara una página mental—. Había tormenta detrás de las montañas. En las caballerizas pidió que le hicieran una trenza firme,

«que aguante el trote y el galope» —exclamó, representando con gestos a la Emperatriz—. Mi abuela se la hizo sin ceremonia, sin miedo a tocarla. Al mirarse en el espejo de mano, la emperatriz comentó: «Qué ligero puede hacerse un peso cuando encuentra la forma correcta».

Clara bajó la mirada, conmovida por lo simple y lo conciso del relato.

—Y la carta —preguntó en voz baja—, ¿por qué coserla a un álbum?

Verena sostuvo el aire un instante, como midiendo la profundidad de la pregunta.

—Porque hay palabras que no deben ponerse a la vista antes de tiempo —respondió—. Por respeto a su ciclo, jamás se escondió por miedo ni pudor. Un álbum se abre muchas veces; una caja, no. Coserla era confiar en que alguien se detendría lo suficiente para encontrarla. Ni antes ni después.

Clara imaginó soñadora las manos que lo habían hecho. El hilo, la aguja, la atención precisa al papel. Comprendió que allí no cabía el misterio, únicamente un delicado cuidado.

—Mi abuela decía que las historias que importan no deben fijarse. Deben mantenerse en movimiento. Si las sujetamos demasiado, se quiebran.

Clara sintió un pequeño clic interno; no era una revelación, era un ajuste.

—No sé qué hacer con la carta —confesó.

La baronesa no sonrió ni frunció el ceño. Asintió con la serenidad de quien reconoce una verdad que no necesita aspavientos.

—Léala cuando ya no la necesite —respondió—. Las cartas importantes no se abren por ansiedad, sino por coherencia. Y, cuando sea el momento, encuentre un lugar donde esa lectura respire mejor en usted. Aquí, en Viena, o dentro de otra persona; el conocimiento que no se entrega se refuerza.

Clara tragó saliva. Su conformidad de repente se transformó en responsabilidad.

Verena se levantó, caminó hacia el aparador y sacó un cuaderno con fechas.

—Aquí anoto las cosas que no quiero olvidar —explicó—. No son secretos, solo instrucciones de trabajo: «*Escuche antes de interpretar*». «*No llame por su nombre a quien venga buscando ser persona*». «*Trenzar con firmeza y sencillez*». —Sonrió con discreción —. No soy guardiana de reliquias. Soy ama de casa, de una memoria.

Clara sintió una sosegada admiración por Verena, el oficio de salvaguarda emocional como forma de cuidado.

—Puede dejar una nota cuando lo necesite —añadió Verena—. Sin firma.

Hablaron aún un rato, de detalles nimios, el jardinero nuevo, el relojero que insistía en limpiar demasiado, los guías que mostraban el castillo y hablaban más de lo que debían.

Conversaciones que parecían superficiales, pero que de algún modo sostenían lo esencial. Clara percibió, escuchando a Verena, que su propia mente regresaba a una forma de pensamiento más amplia, menos obsesionada con demostrar.

Cuando se despidieron, lo hicieron sin abrazo, solo con una leve inclinación. Un gesto elegante compartido.

Decidió conscientemente no regresar directamente a su habitación. Necesitaba airearse, despejar su mente; el aire frío que avisaba de nuevas nevadas era perfecto para ello. Caminó hacia la capilla sin consagrar; allí el silencio no tenía solemnidad ni pretensión de iglesia, pero era un silencio útil, un lugar que propiciaba el recogimiento, un espacio de ajuste.

Se sentó en el banco, colocó el cuaderno sobre las rodillas y respiró con actitud unos instantes antes de escribir.

«*No todo lo que se guarda se conserva; a veces asfixia. Lo que se entrega se vuelve aire*».

Debajo, casi como una nota para otra Clara, tal vez la futura:

«Leer cuando la mano no tiemble».

Cerró el cuaderno. Dejó que esas frases hicieran su trabajo sin pedirles nada. Entonces sí que quiso volver.

Regresó al dormitorio con paso lento, como si notara cada pisada que daba, observando cómo se acomodaba su cuerpo al hecho de andar sin prisa. Una vez allí, dejó el abrigo sobre la silla, se lavó las manos —con ese tipo de gesto que ayuda al cuerpo a despejar los restos de un pensamiento— y entreabrió la ventana.

El aire frío entró sin brusquedad y le devolvió un estado de presencia que creía perdido estos días. Respiró profundamente, no hizo nada más. A veces, ese era el trabajo del día, permitir que el cuerpo recordara lo que la mente había intentado resolver sola.

Cuando cayó la noche, cerró la ventana y encendió la lámpara. La luz cálida llenó la estancia con una vivencia de estable claridad.

El sobre descansaba en el cajón de la mesilla, discreto y contenido, como si entendiera que todavía no era su momento. Sin reclamar atención, sin imponerse. Había aprendido a esperar y ella también.

Clara se recostó con esa presencia cercana, casi compañera. Hastiada de buscar significados, no imaginó escenas ni anticipó interpretaciones. Solo dejó que el cansancio se acomodara.

Antes de dormirse, pensó en una única cosa —como quien enuncia un compromiso íntimo—. «*La memoria madura no se guarda para sí; se ofrece en la medida justa».*

Supo que al día siguiente leería la carta, o quizá no. El tiempo interior, no el del reloj, sería quien lo decidiría. De momento, bastaba con haberla encontrado.

CAPÍTULO 22
El jardín de las rosas negras

Transformaci

ón

Una especie de alerta suave le desveló temprano, sin motivo aparente, un impulso que no sabía de dónde venía, pero que la dejó completamente despierta. Se quedó quieta unos segundos, escuchando el sonido tenue de la caldera poniéndose en marcha, los crujidos de la madera, la respiración profunda del castillo al amanecer.

Era esa sensación que aparece cuando algo pendiente se intuye, antes incluso de ser pensado. Se incorporó despacio; el frío de la habitación le rozó los tobillos.

Se vistió sin prisa, con esa claridad que llega cuando la mente despierta antes que el cuerpo. Mientras se abrochaba el abrigo decidida a salir, recordó el gesto de Verena la tarde anterior, su manera de hablar del pasado del castillo sin exageraciones, con una sinceridad que le había dejado un eco persistente. No la había guiado hacia el jardín con palabras, pero su tono bastaba para marcar un rumbo. Dejándose llevar por esa intuición, bajó por el pasillo.

La luz de la mañana entraba débilmente por las ventanas estrechas, creando franjas pálidas sobre la piedra. A esa hora, Rosenklang no estaba en silencio, estaba recogido, como si el día aún no hubiera terminado de abrirse. En el comedor encontró a Greta dejando una bandeja sobre la mesa.

—Hoy hará frío ahí fuera —dijo sin girarse, reconociendo sus pasos.

Clara se acercó un poco.

—Solo quiero ver el jardín —respondió.

Esta vez Greta sí se volvió. La miró con atención, no con sorpresa.

—Si va al de atrás, recuerde empujar bien la puerta. A veces se atasca —dijo en un tono práctico, doméstico.

Clara asintió y Greta añadió, bajando un poco la voz:

—Y no se quede en el camino. Si va hasta allí, entre.

Lo sugirió con naturalidad, sin enigmas, solo con la franqueza de quien conoce bien el lugar. Clara tomó una taza de café, dio un par de sorbos y salió al corredor. Sentía impaciencia, sin saber muy bien por qué, pero algo la empujaba. La puerta del ala sur cedió tras un empujón firme. El aire de fuera era más frío que el del interior, pero también más limpio. Olía a tierra mojada, a hojas, al invierno que todavía no se ha decidido a entrar del todo.

El jardín se extendía ante ella como una página antigua sin restaurar. Sin senderos marcados, la grava estaba mezclada con musgo en algunos tramos.

Las estatuas pequeñas —ángeles sin alas, jarrones de piedra casi deshechos— parecían restos de otra época que no habían tenido fuerza para mantenerse en pie.

Clara, al verlo, avanzó con pasos lentos; la urgencia había cedido para dar paso a la cautela.

El castillo quedaba a su espalda, imponente, pero el jardín tenía otro lenguaje, más íntimo, menos encorsetado. La rosaleda principal se distinguía al fondo, un semicírculo rodeado por un muro bajo con manchas verdes.

Mientras marchaba por el sendero, escuchó el sonido apagado de sus propios pasos y, detrás de ellos, el rumor tenue del bosque. El viento pasaba entre los árboles con un ritmo que parecía arrastrar una conversación atávica, una corriente que se mantenía al margen del movimiento humano del castillo.

Al llegar al centro del parterre, percibió que estaba algo más alto; subió por la suave pendiente con una sensación extraña, como si, a

pesar de los cuidados fundamentales de los jardineros y Lukas, el jardín aún escondiera rincones dejados atrás por el paso del tiempo.

Fue entonces cuando la vio; no se trataba de un hallazgo pomposo, sino de un detalle que emergió de pronto entre la tierra húmeda, una rosa negra, pequeña y cerrada, pero entera. No captaba la atención por su tamaño ni por su forma; aun así, Clara sintió un golpe silencioso en el pecho. Se inclinó, dejando que el frío de la tierra le subiera por las rodillas, y la observó más de cerca.

La flor no tenía el aspecto de algo descuidado, tampoco se le antojaba frágil. Había crecido en un rincón donde nadie había intervenido y, sorprendentemente, no mostraba señales de desgaste. Conservaba una firmeza inesperada, como si hubiera sobrevivido a pesar de todo, no por falta de atención, sino por una especie de resistencia íntima.

Clara acercó la mano sin llegar a tocarla; se detuvo con prudencia. En esa proximidad comprendió que lo que la conmovía no era el color, sino el hecho de que la flor hubiera persistido justo allí, en ese límite entre el mantenimiento cotidiano del jardín y el espacio donde la naturaleza seguía su curso sin supervisión.

—Con que aún permaneces —murmuró, sin dirigirse exactamente a la rosa, sino a todo lo que esa presencia le despertaba.

Miró a su alrededor y descubrió que no era la única flor. Había brotes oscuros en otros parterres, algunos medio ocultos bajo ramas viejas que nadie había retirado en mucho tiempo, pequeños pulsos que encontraban su camino sin pedir permiso. Clara avanzó despacio, dejando que el jardín se desplegara a su paso como un texto esparcido en la tierra, una escritura fragmentada que solo podía leerse caminándola. Cada brote parecía estimular en ella un recuerdo distinto.

Ya cerca del muro, una de esas rosas le trajo a la memoria la primera vez que había querido desviarse del enfoque académico que su padre esperaba de ella, y cómo había terminado renunciando por

miedo a romper una imagen que, en el fondo, nunca había querido sostener.

Unos metros más allá, junto a la fuente vacía, otro brote le recordó aquel proyecto que abandonó por considerarlo «demasiado personal», temiendo no cumplir con el molde del rigor universitario. Y frente a un tercero, más tímido, sintió el eco de todas las conversaciones en las que había escondido su intuición bajo una capa de análisis para no parecer menos seria, menos controlada, menos apta.

Clara suspiró profundamente; se daba cuenta de que muchas veces dejaba de respirar; antes no se había percatado de ello. Cerró los ojos un instante.

Entendió entonces que las rosas negras no eran un misterio del castillo, sino un espejo de su propio inconsciente, no lo reprimido como algo oscuro o peligroso, sino aquello que nunca encontró un espacio aceptable para mostrarse, lo que había aprendido a dejar en silencio, lo que había castrado para adaptarse totalmente a lo que se esperaba de ella.

Cuando volvió a abrir los ojos, las flores seguían allí, tranquilas, sin demanda alguna, simplemente presentes.

Se sentó en el banco de piedra junto al muro; la superficie estaba helada, pero no le importó; aquella frialdad le ayudaba a sentir el cuerpo después del recorrido interior que llevaba días haciendo.

Desde allí, el jardín se desplegaba entero ante sus ojos, sin pretensiones de orden ni de belleza, un espacio que no buscaba agradar a nadie y donde las cosas crecían o desaparecían sin pedir permiso. Esa falta de intención le produjo un alivio inesperado, como si al fin pudiera estar en un lugar que no le exigía coherencia.

Sacó el cuaderno del bolsillo del abrigo y lo abrió. Tardó unos segundos en escribir; no porque le faltaran ideas, sino porque no sabía por dónde entrar en lo que estaba sintiendo. Al final dejó que salieran palabras sueltas, casi como si surgieran del suelo que tenía delante:

«Lo que no encaja también pertenece».
«La vida secreta de lo no dicho».
«La resistencia silenciosa».
«Lo que florece sin permiso».
«El precio de contenerse».

Cada frase le daba la impresión de agitar algo viejo en ella, como si bajo esas palabras hubiera capas que por fin podían moverse. Mientras escribía, escuchó el viento entre las ramas desnudas. Soplaba suave, pero constante; avanzaba y retrocedía como quien decide algo y luego vuelve sobre sí mismo.

Cuando levantó la vista, el cielo había ganado un matiz más claro y la luz caía sobre la rosaleda con una nueva suavidad. Las rosas negras parecían absorberla sin cambiar de forma, como si la luz también fuera parte de su modo de resistencia, de permanencia.

Clara apoyó el cuaderno sobre su regazo y se inclinó de nuevo hacia la flor principal. Esta vez, sin pensarlo demasiado, la tocó. La yema del dedo rozó el borde del pétalo con una delicadeza que no estaba ensayada, y la firmeza de la flor la sorprendió más de lo que habría admitido. El color, que de lejos parecía negro, revelaba de cerca un matiz púrpura en la base, una belleza discreta, casi clandestina, como si la flor hubiese aprendido a vivir sin llamar la atención de nadie.

El gesto la conmovió. Una punzada seca le subió por la garganta al pensar en todo lo que ella misma había dejado en la sombra durante años, deseos pequeños que nunca se atrevió a nombrar, intuiciones que regresaban una y otra vez y que había preferido no escuchar, lecturas que ocultaba para no parecer menos académica, decisiones aplazadas por prudencia o por miedo al juicio, impulsos que había sofocado para no resultar «demasiado», demasiado intensa, demasiado sensible, demasiado ella.

Esa enumeración interior, tan silenciosa y precisa, se mezcló con la presencia quieta de la flor y la atravesó con una claridad inesperada.

—No voy a seguir escondiéndoos —murmuró, sin saber exactamente a quién se dirigía.

No estaba segura de sí hablaba con la flor, consigo misma o con esa parte interna que siempre había sabido que tarde o temprano llegaría un momento así, un encuentro simple y a la vez definitivo que pusiera nombre a lo que llevaba años esperando, un gesto. Permaneció inclinada un instante, dejando que la idea se asentara en su cuerpo, sin apresurarla, sin convertirla en promesa ni catarsis, únicamente, dejando que existiera.

Continuó avanzando por el jardín y, al rodear un seto bajo, encontró un tramo más hundido, casi oculto por la vegetación. Descendió con curiosidad por una pequeña pendiente y descubrió lo que en otro tiempo debió de ser una pérgola. Las columnas de piedra, cubiertas ahora por enredaderas secas, conservaban todavía la forma de la estructura, y en la parte superior se adivinaban las marcas rectas donde había descansado la madera del techo.

Allí el olor a humedad era más intenso, más profundo, como si ese rincón hubiera quedado al margen del tránsito habitual del castillo. El silencio también se volvía diferente, más quieto, como si guardara algo que no necesitaba decirse.

Clara se acercó a una de las columnas y pasó la mano sobre la superficie rugosa. Las hendiduras del tiempo formaban un relieve irregular, casi un mapa, que su piel reconoció con una mezcla de interés y respeto. Algo en aquella estructura medio derrumbada le recordó a Sisí.

En ningún momento pensó en la figura histórica que había estudiado en seminarios y bibliotecas de Viena, sino en la imagen más íntima y oscura que había visto reflejada en sus propias sombras; la mujer que buscaba constantemente escapar de un papel demasiado estrecho, la que intentaba ser otra antes de que el mundo la fijara en una sola forma.

Entornó los ojos un momento, dejando que esa resonancia la atravesara sin necesidad de recrear escenas ni imaginar presencias. La metáfora era suficiente. Lo que no tuvo espacio se cayó a

pedazos —pensó—. Y aun así dejó marcas visibles. Abrió los ojos despacio y observó cómo las enredaderas secas seguían aferrándose a la piedra, como si quisieran recordar la estructura que una vez sostuvieron.

Se preguntó cuántas mujeres, a lo largo de los años, habrían buscado en ese mismo rincón un poco de aire para sí mismas. Un lugar donde respirar sin ruido, un espacio donde lo no dicho pudiera estirarse, aunque fuera unos centímetros. Quizá por eso las rosas negras crecían allí, no por misticismo ni por leyenda, sino por necesidad; por todo aquello que, al no encontrar espacio en el orden visible, terminaba floreciendo en los márgenes.

Retomó el camino al parterre central con una mezcla de frío y lucidez que no sabía separar del todo. Antes de marcharse, recorrió con la mirada el jardín entero. Todo seguía igual, pero ella lo percibía distinto; ya no lo sentía como un espacio exterior, sino como una prolongación de algo interno, una zona que no pretendía belleza ni orden y que, aun así, estaba plenamente viva.

Mientras regresaba hacia la puerta del castillo, el crujido de la grava bajo sus botas sonó como un tránsito natural, una marca discreta que cerraba la visita sin más.

Justo antes de llegar al umbral oyó pasos a su espalda; al girarse sorprendida vio a Verena. La baronesa avanzaba despacio, apoyándose en un bastón, con un chal oscuro sobre los hombros como si el frío no le molestara demasiado.

—Ha estado en el jardín —dijo sin matices.

Clara asintió.

—Sí.

Verena la observó un instante, no para juzgarla, sino como quien revisa una variación sutil en un rostro conocido.

—Tiene otra mirada. Eso no se improvisa.

Clara no supo qué responder. Sintió, sin embargo, que la frase había encajado algo, de modo preciso. La baronesa añadió:

»Existen lugares que solo se comunican con quienes realmente desean oír —hizo una pausa breve antes de seguir—, así como hay personas que sólo cambian cuando tocan tierra.

Clara bajó la mirada un momento. El comentario estaba vacío de reproche y de exigencia; había en cambio una ternura inesperada en el centro de esas palabras. Verena dio un paso más en la conversación.

»¿Qué ha encontrado?

Clara pensó en ofrecer una respuesta simbólica o académica, pero no le salió; lo único que alcanzó a decirle fue:

—Honestidad.

La baronesa inclinó ligeramente la cabeza. Su mirada se suavizó, aunque su expresión permaneció serena.

—Entonces ha encontrado lo que venía a buscar.

Verena, sin decir nada más, regresó por el camino que les llevaba al interior. Clara la siguió unos pasos detrás, todavía con la sensación del jardín en el cuerpo. Al cruzar el umbral del corredor, un cambio de temperatura le recorrió los brazos.

El aire del castillo seguía siendo más denso, más cálido, con ese matiz protector que había aprendido a reconocer desde su llegada. Aun así, llevaba consigo algo del exterior, como si una parte de la humedad del jardín y de la resistencia silenciosa de las rosas se hubiera quedado adherida a la ropa o a la piel.

Subió las escaleras en silencio, sin necesidad de ordenar lo ocurrido ni de buscarle un significado inmediato. Lo que sentía no era una revelación, sino una comprensión pausada; el jardín no la había transformado, no había introducido nada nuevo.

Simplemente había iluminado un proceso que ya estaba en marcha, algo que llevaba tiempo abriéndose paso sin hacerse notar. Y esa parte —la que por fin había encontrado un espacio donde respirar— sabía ahora que no tenía intención de cerrarse de nuevo.

CAPÍTULO 23
El espejo negro

Integración de la sombra

No había expresado ir a la torre, ni siquiera lo había pensado con claridad, pero desde que salió del jardín y volvió a sentir el peso de los muros sobre la piel, la idea fue ganando forma por dentro, como esas decisiones que no se formulan y, sin embargo, van guiando los pasos antes que la voluntad.

Clara dejó el abrigo sobre la silla de su habitación, se lavó las manos como si quisiera desprenderse del olor de la tierra, bebió un poco de agua y, sin detenerse demasiado en ningún gesto, salió al pasillo con la sensación de que el castillo entero contenía la respiración. No era una impresión grandilocuente, más bien una conciencia tenue de estar colocándose en un eje, como cuando en consulta intuía que una sesión iba a tocar algo importante y el cuerpo se acomodaba distinto en la silla.

El camino hacia la torre lo conocía bien, pero ese día cada tramo le devolvía una textura nueva. Las escaleras principales, todavía frías, olían a piedra húmeda; el rellano intermedio, con su pequeña ventana alta, dejaba entrar una luz blanquecina que no terminaba de decidir si quería iluminar o solo señalar la presencia del exterior; el estrechamiento progresivo del tramo final obligaba a cambiar el ritmo, a colocar el cuerpo de otra manera, más recogida, como si la arquitectura supiera que hay lugares a los que no se sube cómodamente.

A cada peldaño, el recuerdo del jardín seguía acompañándola, sin ser una imagen nítida, más bien como una sensación emocional en la memoria: las rosas negras, los brotes ocultos, el frío en las rodillas cuando se había agachado para tocar la tierra. Ahora ese mismo frío

parecía ascender desde la piedra de la torre hasta las plantas de los pies.

La puerta parecía cerrada, aunque no lo estaba; el marco no encajaba a la perfección y dejaba una línea de sombra por la que se colaba un hilo de aire más denso. Clara apoyó la mano en la madera, notó la aspereza bajo la palma, el pequeño temblor del cerrojo, y empujó. La sala la recibió con un olor a polvo viejo y algo más difícil de nombrar, un matiz de metal frío que asociaba inevitablemente con el espejo.

No había muebles, ni tapices, ni ningún otro elemento que distrajera la vista; la torre parecía haber sido vaciada a propósito para que nada compitiera con el óvalo oscuro que la ocupaba.

El espejo descansaba sobre un pedestal sencillo, a la altura justa para que cualquiera pudiera mirarse de pie sin inclinarse demasiado. De cerca, la obsidiana no tenía brillo de vidrio pulido, sino un mate profundo, como si la superficie hubiera sido trabajada para absorber la luz en lugar de devolverla.

Desde la distancia, no se veía ninguna imagen; solo una mancha negra, sin aparente profundidad. Clara avanzó un poco, pero decidió detenerse a medio camino. Con el tiempo y la observación de sus pacientes aprendió que acercarse demasiado deprisa era una forma más de defensa; cuando uno se precipita, no siente, solo registra. Dejó que los ojos se acostumbraran a esa presencia, que el cuerpo reconociera la temperatura de la sala, el peso del silencio y el leve murmuro de su propia respiración.

Dio un paso más y entonces la obsidiana empezó a reaccionar, sin cambios bruscos, ni un efecto espectral; simplemente, la superficie dejó de ser completamente opaca y permitió filtrar una sombra más clara que fue cobrando forma.

Primero distinguió el contorno de su silueta recortándose en el óvalo; luego, la sugerencia de los hombros, la línea indefinida de la mandíbula, un punto más luminoso donde debían estar los ojos. No era una imagen precisa, sino una especie de borrador de sí misma, como si el espejo necesitara tiempo para terminar de enfocar.

Clara pensó que, en cierto modo, esa había sido también su forma de ir viéndose en la vida, constantemente a medias, eternamente influida por lo que los demás esperaban de ella, siempre con un grado de desenfoque que le consentía no entrar del todo en lo que le dolía.

Se acercó lo suficiente como para que la luz que entraba por la ventana alta alcanzara también su rostro. Entonces el reflejo se definió; lo que le mostró no fue halagador. Su piel reflejaba el cansancio de los últimos días, los ojos tenían ese brillo entre alerta y agotamiento que reconocía en sus pacientes cuando llevaban demasiado tiempo sosteniendo una careta, y la boca se tensaba en una línea que había aprendido a considerar como seria, profesional, cuando, en realidad, era simplemente una forma de contener. Sin embargo, lo que más le llamó la atención no fue eso, sino la expresión global, una mezcla de lucidez y fragilidad que rara vez se permitía ver en ella.

Ahí estaba, mirándola, sin títulos, sin trabajos entregados, sin discursos preparados, sin la distancia cómoda de la teoría. No distinguió nada extraordinario y, sin embargo, sí vio algo que la inquietó; por momentos, el reflejo parecía superponerse con otros gestos que no eran exactamente suyos, pero que conocía demasiado bien.

Aparecieron figuras incompletas; unas veces se insinuaba el rostro de la emperatriz, otras el de Ludwig. Al mover un poco la cabeza o al variar levemente la inclinación del cuerpo, el perfil que devolvía el espejo adoptaba un ángulo que le recordaba a los retratos de Sisí, el cuello ligeramente echado hacia atrás, los ojos mirando de lado, como si siempre hubiera una conversación paralela que no se contaba.

En otros momentos, la sombra del rostro tomaba un gesto más dramático, una especie de intensidad fija y ausente que le evocaba las fotografías de Ludwig, esa mirada que parecía estar viendo algo que ninguno de los presentes podía compartir.

No eran ellos, lo sabía, pero eran formas suyas de encarnar la misma tensión, la necesidad de escapar del papel asignado y el peligro de quedarse a vivir para siempre en esa huida.

Su primera reacción fue intentar interpretarlo, psicoanalizarlo, decirse que todo aquello era producto de la sugestión, que la saturación de imágenes estudiadas en libros, museos y archivos acababa proyectándose allí, como una posfotografía en la retina. Pero, de inmediato, una parte más honesta frenó esas explicaciones rápidamente.

El espejo no estaba mostrando nada que no estuviera ya en su memoria visual, pero tampoco era eso lo importante. Lo significativo era la afinidad, la manera en que su propia sombra encontraba en esas figuras históricas un lenguaje para expresarse.

Lo que el espejo hacía, de alguna manera, era colocar juntas las capas, la suya, la de Sisí, la de Ludwig, la de todas las personas que habían mirado su reflejo buscando algo que no se atrevían a preguntar en voz alta.

Clara mantuvo la mirada, aunque una parte de su cuerpo pedía girarse, buscar una ventana, romper el contacto, en definitiva, huir. No lo hizo. Había pasado demasiados años usando el pensamiento para salir de situaciones incómodas como para permitirse repetir el patrón justamente allí, en el lugar que había buscado para enfrentarse a lo que le quedaba pendiente.

Contempló su propio rostro con la misma atención con la que observaba a sus pacientes cuando se detenían en mitad de una frase y el silencio revelaba más que cualquier explicación. Vio la rigidez en la mandíbula cuando pensaba en la familia, el leve gesto de defensa en los ojos cuando imaginaba la reacción de Amsel ante la tesis que estaba escribiendo, la línea de tristeza fina que aparecía al recordar todas las veces que había minimizado sus deseos en nombre de la sensatez.

La superficie del espejo, sin embargo, no se limitó a reproducir sus rasgos. Había momentos en los que la imagen parecía perder contraste y, en ese desdibujarse, Clara tenía la sensación de estar

viendo un conjunto de posturas internas, no solo su rostro; eran más bien instantes; percibía a la niña que había aprendido a ser responsable demasiado pronto; a la estudiante ejemplar que se medía por su rendimiento; a la joven investigadora que sentía que todo el tiempo debía justificar su lugar.

Era como si la obsidiana tomara esas escenas y las comprimiera en una sola mirada. No eran visiones cinematográficas ni escenas nítidas; eran intuiciones, fugaces, que se formaban y se deshacían al ritmo de su respiración.

En un momento dado, sin saber por qué, recordó una tarde de su adolescencia en la que se había atrevido a escribir varios poemas en un cuaderno, textos torpes pero llenos de una intensidad que ahora, al rememorarlo, casi le avergonzaba, y cómo, unos días después, los había roto y tirado en el contenedor de papel para que nadie pudiera encontrarlos. Aquello, que había clasificado durante años como una tontería, se le presentó ahora como una rosa negra arrancada de raíz.

Pudo observar, en el reflejo, el mismo gesto de entonces, la mezcla de alivio y de pérdida mientras rompía las hojas. Vio también la expresión de su madre corrigiendo exámenes en la mesa del comedor, concentrada, seria, y esa forma de admiración callada que la había llevado a pensar que lo valioso siempre era lo que se ponía al servicio de otros, nunca lo que brotaba sin utilidad aparente.

La imagen en el espejo pareció oscurecerse por un instante, como si una nube hubiera pasado frente a la ventana. En ese pequeño descenso de luz, Clara tuvo una impresión fugaz; creyó ver su rostro mezclado con otro, una especie de doble que llevaba una máscara casi imperceptible. Le resultó imposible definir los rasgos, pero sí la emoción, una mujer que sonreía sin ganas, una especie de docilidad fingida.

El gesto desapareció de inmediato, sustituido por su propia cara, algo pálida, pero más presente. No supo si el espejo había cambiado o si su mente, en ese juego de luces, le devolvía una metáfora condensada, pero la enseñanza era clara.

Había aprendido a convertirse en lo que el entorno necesitaba y, en ese ajuste continuo, había sacrificado partes de sí que ahora pedían sitio.

Respiró más hondo, apoyando los pies con firmeza en el suelo. El frío de la piedra se filtró a través de la suela de los zapatos, recordándole que el cuerpo también estaba allí, que no era solo una cabeza examinando símbolos.

Pensó en las horas de análisis teórico sobre la sombra, la individuación, los arquetipos, y sintió una mezcla de gratitud y distancia; todo aquello seguía siendo válido; sin embargo, frente al espejo, se quedaba corto. No bastaba con saber; había que soportar lo que el saber traía consigo. Sostener la mirada sobre uno mismo sin disfrazarse de caso clínico.

Sin necesidad de nombrar en voz alta, vino a su mente una frase que se formuló con una claridad irrefutable: —«*También soy esto*»—. No solo la que escribía bien informes, ni meramente la que entendía estructuras, ni únicamente la que acompañaba a otros desde un rol claro y definido. También *era* la que se cansaba, la que envidiaba a quienes parecían tomarse la vida con menos peso, la que sentía rabia cuando no la reconocían, la que deseaba y se asustaba de desear, la que fantaseaba con dejarlo todo y empezar de nuevo en un lugar donde nadie la conociera.

Esa lista, que nunca habría puesto por escrito en un contexto académico, quedó flotando en la sala como una confesión sin destinatario externo, pero con un receptor interno muy preciso.

Hubo un momento en el que el impulso de apartarse se volvió casi físico. El cuerpo le pedía terminar, abrir la puerta, bajar corriendo las escaleras, refugiarse en la biblioteca o en el comedor, hablar con Greta de algo práctico, cualquier cosa que le permitiera devolver todo aquello a un segundo plano.

Reconoció el mecanismo; lo había visto muchas veces en otros, lo había sentido en sí misma en situaciones menos extremas. La *evitación*, esa urgencia por distraerse justo cuando algo importante se vuelve nítido. Se quedó, no por orgullo, sino por respeto al

camino que había iniciado. Se dijo que, si huía ahora, el castillo seguiría siendo escenario y no espejo.

Alcanzó a comprender, entonces, que el miedo que había sentido no era a lo que el espejo pudiera mostrarle, sino a lo que ella pudiera hacer con esa información. Ver la propia sombra trae consigo la responsabilidad de decidir qué hacer con ella. Podía seguir conteniéndola, volviendo a estrategias conocidas, o podía comenzar a organizar su vida —su trabajo, sus vínculos, su manera de estar en el mundo— de otro modo. El espejo no iba a darle instrucciones, únicamente estaba devolviéndole una imagen más completa de ella misma.

Clara bajó ligeramente la mirada y la elevó de nuevo, como si hiciera una pequeña reverencia a esa parte de sí, a la que, por fin, le dedicaba atención. Guardó un respetuoso silencio, pero un gesto interno se activó, algo que se parecía mucho a un acuerdo; decidió no expulsar lo que veía, no iba a llamarlo defecto, ni debilidad, ni lado oscuro en el sentido moral. Iba a intentar tratarlo como lo que era, una fuente de energía, de deseo, de creatividad, de límites, que habían permanecido demasiado tiempo en la sombra.

Al pensarlo, la imagen en el espejo pareció estabilizarse; ya no fluctuaba entre sombras ajenas y rasgos propios, sino que se presentaba como una sola figura, ella, con todo.

Se apartó despacio, sin girarse de espaldas, como se separa uno de una conversación intensa cuando no hay nada más que añadir por el momento. La sala siguió sin variaciones, con la quietud que la había recibido. La obsidiana no mostró ningún cambio visible; no había brillo especial, ni velo levantado, ni señal de que algo se hubiera transformado allí dentro. Sin embargo, al abrir la puerta y sentir de nuevo el aire del hueco de la escalera, Clara percibió una diferencia inequívoca, el peso en su pecho se había repartido de otra manera; seguía sin desaparecer del todo, pero se percibió menos fragmentada.

Bajó los peldaños con un ritmo más uniforme, casi medido, deteniéndose en el rellano intermedio, junto a la ventana, y dejó que

la luz blanquecina le diera en la cara. Vio de nuevo su reflejo tenue en el cristal, superpuesto al paisaje lejano de los árboles desnudos y de la montaña. Esa doble imagen le pareció, esta vez, soportable. No tenía que elegir entre el mundo interior y el exterior; podía intentar habitar ambos sin disociarse.

Cuando llegó al pasillo del ala principal, el castillo recuperó sus sonidos habituales: un crujido en el piso de arriba, un golpe de aire en algún rincón, el rumor apagado de la cocina. No se encontró con nadie, lo agradeció, pues aún no podía traducir en palabras lo que acababa de vivir. Sabía que, si lo contaba demasiado pronto, corría el riesgo de convertirlo en anécdota o en teoría, y eso lo diluiría.

Había experiencias que necesitaban silencio para asentarse. Se permitió ir hasta su habitación como quien regresa de un viaje que nadie más ha visto.

Al cerrar la puerta, apoyó la espalda en la madera y se quedó así unos segundos, de pie, mirando el interior conocido, la cama, el escritorio con los cuadernos, la silla donde dejaba la ropa, la ventana con su trozo de paisaje enmarcado. Todo estaba en su sitio, y sin embargo el espacio parecía ligeramente distinto, como si se hubiera desplazado medio grado.

Tenía la certeza de que el cambio ocurría solo por la forma en que ella lo percibía ahora. Cruzó la habitación, abrió el cuaderno y se sentó sin quitarse los zapatos. Siguió reticente a escribir de inmediato lo vivido en el espejo; en lugar de eso, dejó caer una frase que, de algún modo, contenía el resumen de ese día:

«No quiero seguir mirándome solo con ojos ajenos».

La letra le salió más firme de lo habitual; debajo añadió, casi sin pensar, otra idea:

«Si voy a escribir sobre el alma, no puedo seguir escondiendo la mía».

Al releerla, sintió esa mezcla de vértigo y coherencia que le indicaba que acababa de cruzar otro punto de no retorno. No en términos fatales, sino en el nivel más íntimo de las decisiones

silenciosas. Podría equivocarse, matizar, corregir el rumbo, pero era imposible deshacer lo que había visto en el espejo.

La sombra, una vez reconocida, deja de gobernar desde la oscuridad; se vuelve interlocutora.

Cerró el cuaderno con cuidado, como si guardara dentro de él algo frágil. Deseó dirigirse a la ventana y apoyar la frente en el cristal frío. Desde allí, el jardín apenas se adivinaba, recortado en una franja lejana; recapacitó sobre las rosas negras, la obsidiana y en el castillo como un organismo que facilitaba encuentros que sola nunca habría buscado.

Sabía que la casa no tenía voluntad propia, pero sí la intuición de que algunos lugares están construidos de tal manera que favorecen cierto tipo de preguntas, y Rosenklang era uno de esos lugares.

Mientras el día avanzaba, Clara corroboró que, aunque aún quedaban muchas cosas por entender, algo fundamental se había puesto en marcha; *la integración* ya no era una idea que aplicaba a otros, sino un proceso vivo que estaba dispuesta a atravesar.

Y en ese proceso, el espejo negro dejaría de ser un objeto inquietante de una torre antigua para convertirse, en su memoria, en uno de los pocos sitios donde se había mirado sin disfraz, sin máscara.

CAPÍTULO 24
El eco

Comprensión

Clara había dormido poco y, sin embargo, al abrir los ojos sintió que el cansancio había dejado de tener la misma textura extenuante de los días anteriores; en su lugar encontraba una especie de claridad asentada, como si el trabajo interior del jardín y del espejo hubiera despejado un pasillo que llevaba demasiado tiempo bloqueado.

El cuerpo seguía agotado, pero ese agotamiento resultaba natural; ahora simplemente la acompañaba. Permaneció unos segundos mirando el techo, escuchando la respiración pausada del castillo, ese ruido leve que no provenía de ninguna parte concreta y que, desde que había llegado, se había convertido en una presencia constante. La habitación estaba fría, pero la frialdad no la incomodaba; era un frío que ayudaba a ordenar el pensamiento, a mantener la mente despierta sin acelerarla.

Se levantó despacio, se lavó la cara con agua templada y se recogió el pelo sin mirarse demasiado en el espejo del baño. El reflejo de la torre seguía grabado con una nitidez que no dependía de la imagen, sino de la experiencia vivida. Se puso el jersey grueso que había dejado sobre la silla la noche anterior, bajó las escaleras y avanzó hacia la planta baja pausadamente.

El castillo parecía moverse a su ritmo; cada crujido de madera acompañaba su respiración, cada corriente de aire le marcaba una dirección interna más que externa; sin un objetivo en su caminar, pero en cambio había rumbo; ese ligero matiz lo modificaba todo.

El vestíbulo estaba envuelto en una luz suave que descendía desde la ventana alta; al mediodía se volvía más dorada, más lenta, como si quisiera templar la frialdad de la piedra.

Clara se detuvo unos segundos sin pensarlo, dejando que el cuerpo marcara una pausa. Era una necesidad física, un pequeño

umbral entre la habitación y un espacio distinto, más abierto, quizá también más íntimo. Las manos le temblaban levemente; no eran nervios, sino un ajuste silencioso que seguía moviéndose por dentro.

El jardín la había removido, el espejo la había reordenado. Y ahora el castillo parecía ofrecer un terreno donde ese orden pudiera sedimentarse.

Cruzó el arco que daba paso a la galería central; el aire cambió de temperatura y la luz adquirió un tono plateado, invernal, que acentuaba la geometría del lugar. Los retratos a ambos lados del pasillo perdían parte de su solemnidad bajo esa luz.

Las figuras pintadas parecían más humanas, menos definidas por el rol que habían representado y más significadas por el gesto íntimo atrapado en los ojos; Clara caminó entre ellos sin detenerse demasiado. Los había estudiado con detalle durante los primeros días, buscándoles similitudes, intentando descifrar en esas expresiones alguna clave sobre el castillo, como si allí estuviera escrita una historia que no alcanzaba a leer del todo.

Hoy, sin embargo, su mirada era distinta; no buscaba datos, sino presencias. Y esas presencias ya no imponían distancia, se habían convertido en habitantes silenciosos de un proceso que no dependía de ellos, sino de ella.

Al llegar a una de las ventanas, se apoyó en el alféizar y observó el patio interior. El espacio tenía una quietud que no anunciaba nada; solo sostenía. Las paredes rectas, las líneas del cielo cortadas por los bordes del tejado, el aire detenido, la sombra leve de la fuente apagada, todo formaba parte de una misma respiración ancha, pausada.

Clara comprendió algo que no había entendido en sus primeras visitas a la galería: el castillo no era un escenario lleno de símbolos esperando interpretación; era un organismo emocional que ordenaba la atención. No necesitaba ser misterioso para tener profundidad; bastaba su disposición, la manera en que la luz se filtraba por los huecos, la acústica de los pasillos, la temperatura de las salas. La arquitectura contenía un lenguaje propio.

Se separó de la ventana y siguió hacia el ala oeste. El pasillo se hizo más estrecho y la temperatura bajó unos grados, pero no de manera brusca, sino con una gradualidad que recordaba al descenso interior antes de una conversación importante. Clara reconoció en ese frío un ritmo conocido; era el tipo de frío que había sentido muchas veces cuando necesitaba entrar en una introspección más aguda, cuando debía sostener la emoción sin dejar que se desbordara. En cierto modo, el castillo le devolvía la estructura que había aprendido en terapia, acompañar, no precipitar; abrir espacio, sin forzar; permitir que lo que emerge encuentre forma sin etiquetarlo.

La sala de música estaba en penumbra; empujó la puerta con suavidad, como si el aire interior fuera más frágil que el del resto de la casa. El piano de cola seguía cubierto, y la tela que lo protegía tenía una caída que recordaba a un manto antiguo. Se acercó y apoyó la palma de la mano sobre la superficie; la tela estaba fría y áspera, pero ese contacto le transmitió una quietud profunda, como si el instrumento guardara en silencio la vibración de todas las veces que había sido tocado.

Sabía que en esas percepciones las fantasías y los romanticismos quedaban excluidos; era la impresión física de un objeto que había estado en el centro de emociones reales. La sala tenía esa cualidad de los lugares que conservan una huella invisible, sin contener un recuerdo concreto, sino la forma en que la presencia humana marca el espacio con el tiempo.

Clara respiró hondo, permaneció así unos segundos, sin moverse, sintiendo cómo el aire parecía adaptarse a su ritmo y no al revés. Rememoro a Sisí, a Ludwig, a tantas figuras históricas que habían pasado por espacios parecidos buscando un lugar donde su vida interior pudiera respirar sin ser juzgada.

Pensó en el jardín y la forma en que las rosas negras habían abierto un acceso distinto a sus propias sombras. Recordó el espejo y esa visión múltiple, incómoda y lúcida a la vez, que había integrado en un gesto interno de aceptación. Y ahora, en la sala de música, captó que esos tres lugares no eran episodios aislados, sino

piezas de un mismo movimiento que la llevaba hacia un tipo de comprensión más amplia de sí misma.

La idea no surgió como un pensamiento razonado, sino como un asentamiento. El castillo era una metáfora viva de la psique: habitaciones que se abrían a medida que ella podía habitarlas, rincones oscuros que exigían presencia, alturas que revelaban contornos ocultos, silencios que ordenaban lo sentido.

Dejó de necesitar atribuirle conciencia para comprender que funcionaba como un mapa emocional. Era un espacio arquetípico, no porque contuviera símbolos explícitos, sino porque activaba en ella aquello que durante demasiado tiempo había permanecido desconectado.

Se sentó en una de las sillas junto al piano, no para tocar, sino para escuchar. El aire tenía un algo particular allí dentro, una densidad suave que acompañaba el recogimiento. Cerró los ojos y se dejó estar; estuvo así sabiendo que ninguna imagen iba a aparecer, ni voz, ni revelación.

Solo sintió el contorno de su propio cansancio y, por primera vez en mucho tiempo, no lo vivió como un enemigo; era un cansancio legítimo, que pedía descanso, pero también reconocimiento. Una parte de ella había sostenido demasiado y, en ese sostén, había perdido matices esenciales de su propia voz.

Se levantó sin prisa, cuando creyó necesitarlo y solo entonces, salió de la sala. El pasillo del ala oeste la recibió con el mismo frío de antes, pero ahora lo percibía como parte del proceso. Decidió avanzar hacia el ala norte; notó cómo el castillo cambiaba de textura; era una diferencia intangible, un matiz; el aire parecía más seco, la luz más sutil, el silencio más atento. Clara distinguió que estaba entrando en un territorio distinto, más cercano al núcleo emocional del castillo.

A mitad del pasillo se detuvo, sin saber muy bien explicar por qué, pero sintió que debía parar. Apoyó la mano en la pared; la piedra estaba fría, pero esa frialdad tenía una vibración leve, un temblor casi imperceptible que, lejos de asustarla, le produjo una

sensación de compañía insólita. No era un eco en el sentido acústico, era una vibración que atravesaba la piel desde dentro, que encontraba en el cuerpo un espacio donde resonar.

Y entonces lo vislumbró con una claridad que no requería palabras; todo el castillo funcionaba como un eco.

Repetía estados internos, devolvía estructuras vivas, más que frases. Cada estancia era un espejo distinto, creado para ordenar la vivencia más que para reflejar imágenes. El jardín había revelado lo reprimido, la torre había mostrado aquello que permanecía fuera de la mirada. La sala de música había ofrecido un espacio para lo contenido. Y ese pasillo, aparentemente neutro, devolvía la forma final, la integración.

Siguió avanzando con una paz nueva, los hombros liberados y sin aquella anticipación constante que solía tensarle el paso. Sin la necesidad de decidir un rumbo concreto, la comprensión ya no buscaba formularse en la mente; se había convertido en algo que el cuerpo sabía reconocer.

El ala norte desembocaba en una galería estrecha, desde donde se veía un fragmento del bosque. Los árboles, desnudos en pleno invierno, parecían más cercanos que otros días, como si el castillo se hubiera desplazado unos metros hacia delante para acercarla a ellos.

Clara apoyó la frente en el cristal frío de la ventana; esa sensación le gustaba desde pequeña, la centraba. La claridad del aire, el perfil de las montañas, la manera en que las ramas secas se dibujaban contra el cielo la conectaron de golpe con una idea simple y definitiva, había terminado la fase de mirar hacia adentro; ahora comenzaba la fase de regresar al mundo exterior desde otro lugar.

Pero el regreso dejaba de ser brusco, tampoco impuesto; surgía con naturalidad, como un gesto que empezaba a formarse desde dentro. El jardín había abierto algo en ella, el espejo había devuelto una imagen necesaria, el castillo en silencio había puesto cada pieza en su lugar. Y ella, por primera vez, no se sentía fragmentada.

Permaneció unos minutos frente a la ventana, escuchando el ritmo de su respiración. Cuando volvió a girarse, descubrió el pasillo

con otros ojos. Dejó de ser un corredor antiguo, un tramo arquitectónico; se convirtió en el trayecto que marcaba la transición entre dos versiones de sí misma. Y en esa certeza, Clara experimentó algo parecido a gratitud.

Regresó hacia la galería principal con una ligereza nueva. La definió como alineación, esa sensación rara, precisa, que aparece cuando el interior y el exterior dejan de ser dos mundos opuestos y empiezan a dialogar.

Entró en el vestíbulo y se detuvo en el mismo punto donde había empezado su recorrido horas antes. Vio la luz, la piedra, el aire, reconoció con una sonrisa que eran los mismos; pero ella ahora era distinta.

Y el castillo —en ese silencio que la envolvía— parecía reconocerlo.

CAPÍTULO 25
La carta interior

Expresión

Clara no tenía previsto escribir nada aquella tarde; después del recorrido por el castillo, había pensado que lo más sensato sería descansar un rato, quizá tumbarse unos minutos en la cama, cerrar los ojos y dejar que la respiración se acomodara. Sin embargo, al entrar en su habitación, puso su atención en un movimiento interno muy claro, una especie de impulso sostenido que nacía de un lugar más profundo que el mental, como si el cuerpo hubiera decidido por ella que ese era el momento.

Cerró la puerta con suavidad, dejó el abrigo sobre el respaldo de la silla y se quedó inmóvil en medio del cuarto, escuchando ese gesto mudo que pedía un acto diferente a todos los actos anteriores.

Era más que una idea, era un deseo de escribir, un impulso propio que no buscaba cumplir con nadie. Algo parecido a una apertura repentina, un hueco interno que reclamaba palabras para poder existir.

Clara conocía esa sensación; la había visto en sus pacientes cuando un descubrimiento emocional necesitaba ser puesto en lenguaje para evitar que se deshiciera. Sospechaba que, si posponía ese impulso, corría el riesgo de diluir algo esencial. Tomó el cuaderno con ambas manos y lo apoyó sobre la mesa, de forma lenta, casi ceremoniosamente. Fue un gesto íntimo, contenido, que no necesitaba explicación. Solo entonces se sentó.

El cuaderno estaba abierto por la última página escrita, una nota breve en la que había dejado constancia, sin buscarlo, de un pensamiento que ahora comprendía como punto de inflexión:

«*No quiero seguir mirándome solo con ojos ajenos*».

Al leerla de nuevo, sintió un estremecimiento leve, como si la frase hubiera sido escrita por otra persona que, sin embargo, era

ella. La frase seguía siendo auténtica, pero ahora quería completarse, sin corregirse, pero sí, profundizarse. Clara sintió crecer la convicción en su interior, tomó la pluma.

La levantó apenas unos centímetros sobre el papel y la mantuvo suspendida allí, sin escribir. Era su gesto habitual cuando estaba a punto de anotar una idea, pero aquel instante tenía otra cualidad; en lugar de decisión, era espera.

El cuerpo parecía pedirle unos segundos para recogerlo todo antes de comenzar; iba a escribir pausadamente, pues necesitaba precisión emocional. Bajó la mirada y dejó que la mano iniciara el primer trazo sin forzarlo; el movimiento nació lento, firme, como si las letras supieran a dónde quería ir antes de que ella lo pensara.

Escribió su nombre, solo eso. *Clara.*

Una simple invocación a sí misma. Y, al ver escrito su nombre, entendió que la carta que estaba a punto de empezar no era una misiva dirigida a alguien, ni a una figura, ni a una idea, ni a un referente. Estaba llamada a ser una carta dirigida a esa parte interna que por fin podía sostener. Había dejado de necesitar un receptor externo; la única destinataria era ella. Se permitió un instante más para acomodar esa comprensión antes de continuar. El silencio casi sepulcral de la habitación la acompañaba; no la interrumpía.

Empezó a escribir con una fluidez que la sorprendía, como si las palabras emergieran de un lugar recién descubierto. Ya no se parecía a la escritura analítica de la tesis, ni a la narrativa ordenada de un informe, tampoco a esa escritura defensiva con la que solía justificar cada cambio de rumbo. Había tomado otra forma, más profunda, más lenta, más corporal.

Las frases dejaron de ser breves o eficientes. Se alargaban, respiraban, como si cada línea llevara un peso interno que no podía comprimirse. Y, a medida que avanzaba, sentía que su mano encontraba un ritmo propio, uno que nunca antes había tenido y que, sin embargo, reconocía como si siempre hubiera estado ahí, esperando.

«Esta eres tú».

La frase surgió de manera espontánea. Clara la dejó allí, sin subrayarla, sin necesidad de enfatizarla; su fuerza estaba en la sencillez. Respiró hondo y continuó.

Escribió sobre el cansancio, ignorando la fatiga física del viaje, así como el agotamiento académico que provoca una tesis; quería resaltar ese cansancio más profundo que surgía de haber sostenido durante años una versión de sí misma que ya no podía acompañarla.

Habló de la autoexigencia, no como rasgo de carácter, sino como un mecanismo heredado de quien crece intentando merecer un lugar que nadie le ha negado, pero que se percibe como frágil. Contó el miedo a decepcionar, sobre la tendencia a querer quedar bien con todos, sobre ese impulso casi automático de suavizarse para encajar.

Luego escribió lo que había sentido en el jardín, las rosas negras, los brotes reprimidos. La firmeza sorprendente del pétalo que no se rompía.

Se dio cuenta de que nunca había hablado consigo misma con esa honestidad; siempre había puesto distancia, una mirada de supervisión, un filtro que transformaba la verdad en comentario, en análisis, en observación. Esta vez se negaba a camuflarlo; lo que estaba apareciendo en el cuaderno había dejado de ser reflexión para convertirse en revelación.

Esta vez solo observaba, aceptaba y no corregía. Abrazaba la voz que simplemente decía: «Aquí estás».

Relató con una profundidad inesperada lo que el espejo le había devuelto, fragmentos de sí misma que llevaba años bordeando, temerosa incluso de nombrarlos. Apuntó la rigidez que la habitaba, la contención aprendida, el temor casi ancestral a mostrarse vulnerable en escenarios donde se esperaba de ella precisión, firmeza y control.

Reconoció también ese gesto tan suyo de endurecer el rostro cuando algo le rozaba demasiado adentro, la melancolía silenciosa que nunca se permitía admitir, y ese anhelo de libertad que tantas veces había disfrazado bajo la apariencia impecable de la disciplina.

Clara, algo sobrepasada, hizo una pausa. Levantó la mirada del cuaderno para observar la ventana. La luz era más suave, y el cielo tenía un gris uniforme que alejaba la posibilidad de tormenta; predecía quietud. Sintió un nudo leve en la garganta, pero lo sostuvo. Ese nudo era parte del proceso; un punto donde convergían la emoción, el miedo, la lucidez y algo parecido a la ternura. Cerró los ojos un instante y dejó que la respiración atravesara ese nudo sin forzarlo. Luego volvió a inclinarse sobre el papel.

La carta empezó a tomar una forma más directa, sin una confesión, y tampoco un resumen; se transformó en una conversación.

Se dirigió a sí misma en segunda persona, sin desdoblamiento ni disociación, sino por precisión. A veces, para hablar de verdades a una parte interna, hay que dirigirle la palabra. Escribió:

Tienes derecho a cansarte sin justificarlo.
Tienes derecho a cambiar sin pedir permiso.
Tienes derecho a sentir miedo y avanzar igual.
Tienes derecho a desear cosas que no sabes si podrás sostener.
Tienes derecho a dejar de ser tan firme.

La mano tembló ligeramente al escribir la última frase, porque posiblemente era la más cierta. Y también la más difícil.

Clara dejó la pluma unos segundos sobre la mesa, con la punta apoyada en el margen del papel. Temió soltarla del todo, pues no quería interrumpir el flujo; solo necesitaba respirar.

Miró alrededor, la habitación, el escritorio, la cama impoluta, el abrigo sobre la silla. Todo era igual que antes de empezar, pero ella ya no. Esa diferencia no tenía nada de espectacular ni de repentina; había ocurrido con el cúmulo de todo lo vivido un desplazamiento interno, casi imperceptible, que sin embargo cambiaba las coordenadas completas.

De nuevo se concentró en el cuaderno, escribió más despacio, fue una decisión clara, sin duda ni titubeo, porque comprendía el peso de lo que estaba formulando.

Escribió acerca de la niña que había sido, de cómo aprendió a no molestar, a adelantarse a las necesidades de los otros antes incluso de que las formularan, a ser eficiente para evitar problemas, a sostener una serenidad que muchas veces no lo era, sino más exactamente pura contención.

Recordó la mirada de su madre, tan cargada de responsabilidad, y la manera en que ella había intentado ser útil para no añadir más peso a aquel gesto cansado. También evocó la figura de su padre, tan ordenado y metódico, y cómo esa disciplina terminó convirtiéndose para ella en refugio y en jaula a la vez.

Luego le tocó a su propia voz. Esa voz que había escondido durante tanto tiempo bajo capas de análisis, de rigor, de corrección, de teoría. Esa voz que había aparecido tímidamente en algunos textos personales, en algunas notas sueltas, en momentos de escritura nocturna que luego había descartado por considerarlos demasiado sentimentales, extremadamente intuitivos, poco académicos; pero ahora emergía con una fuerza serena e imparable.

Y mientras fluía en el papel, dejando emerger la nueva voz, algo cambió. La carta dejó de ser solo expresión interna y empezó a convertirse en declaración, en un pacto íntimo.

Clara escribió:

«No quiero seguir reduciéndome a lo que sé hacer bien. Quiero recuperar lo que sé sentir».

La frase quedó allí, firme, anclada, sin adornos.

A partir de ese punto, la carta tomó un tono más amplio. Clara escribió pensando en Viena, sobre la investigación y en el motivo por el que había querido estudiar a Sisí desde un ángulo que iba más allá de la historia oficial. Recordó la fascinación que había sentido siempre hacia las figuras que vivían en tensión entre el deber y el deseo, entre la exigencia externa y la vida interna.

Explicó cómo había caminado por ese mismo filo durante años sin reconocer que también ella estaba escindida. El texto, sin decirlo explícitamente, trazaba el paralelismo, no entre ella y la emperatriz,

sino entre la experiencia humana de lo que se reprime y lo que pide espacio para surgir.

La escritura se transformó en más sostenida, más amplia. Clara ya no dudaba; sentía que la carta estaba organizando algo esencial, algo que el jardín había abierto y el espejo había revelado. La pluma estaba marcando un camino interno que ella solo podía seguir; la letra se volvió más inclinada, más viva, dejó de ser una escritura bonita, pero era totalmente honesta.

En medio de este proceso llegó otra frase que no esperaba; sin pensarla, surgió:

«Quiero que mi vida nazca en mi interior, no del deber que he confundido con destino».

Se detuvo al verla escrita. El estremecimiento le recorrió la espalda y se asentó en la base del cuello, como una verdad que por fin encontraba forma. Aquella frase no era un simple pensamiento; trazaba una frontera silenciosa, nítida. Un cierre necesario y, al mismo tiempo, el comienzo de algo nuevo.

Clara apoyó la frente en la mano izquierda y permaneció así un momento, dejando que la respiración encontrara su propio compás. El silencio de su dormitorio la acompañaba, y en ese fondo quieto empezaba a percibir una claridad nueva, nacida de todo lo que acababa de comprender.

Reemprendió la escritura, con la sensación de que algo seguía desplegándose, que aún faltaban cosas por decir.

Esta vez la carta se volvió más cálida, casi vulnerable, como si al fin pudiera hablar sin escudos. En ese instante, empezó a escribir sobre los deseos que había ido apartando, esas intuiciones que había desechado por miedo a que parecieran ingenuas, y las partes creativas que había ahogado para no incomodar a nadie con lo que realmente anhelaba.

Confesó su deseo de escribir algo que no fuera solo académico, sino un texto que recogiera la profundidad de lo vivido y lo honrara. Asomó la culpa, esa vieja compañera que regresaba cada vez que sentía que no sabía lo suficiente.

Y finalmente permitió que apareciera la parte de sí misma que había sostenido todo en silencio, esperando desde hacía unos años el gesto simple —y tan difícil— de ser vista.

A medida que avanzaba, la carta había dejado de ser un monólogo introspectivo. Se transformó en una conversación entre la Clara que había vivido desde la exigencia y la Clara que estaba emergiendo desde la autenticidad. No eran dos personas distintas, eran dos posiciones internas, dos tonos, dos tiempos. Y esta vez no se contradecían, fluían, se escuchaban.

Cuando percibió que la carta llegaba a su final, algo se aflojó en su pecho. Apareció una soltura tranquila, una libertad interna que no dependía de nada exterior. Por fin dejó la pluma a un lado, releyó el último párrafo y permitió que el sentido se acomodara sin necesidad de explicarlo.

La frase final nació sin esfuerzo; la escribió despacio, con conciencia, la caligrafía más firme que al principio:

«*Prometo no abandonarme*».

Entonces sí, cerró el cuaderno. Sin solemnidad, pero sí con la certeza de un gesto que marcaba un antes y un después. Notó el cuerpo diferente, atravesado por un calor leve que ascendía desde el estómago hasta los hombros, como una corriente interior; supo nombrarlo de inmediato, era presencia.

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana. El jardín se intuía a lo lejos, una sombra entre el bosque y el patio lateral. Las rosas negras estaban allí, aunque no pudiera verlas, y el espejo seguía en la torre, aunque no lo tocara. El castillo respiraba a su alrededor. Y ella, desde hacía semanas, respiraba también desde dentro. No era un gesto físico, sino una apertura, una forma nueva de habitarse.

La vida, en silencio, volvía a empezar, pero esta vez desde su propio centro.

CAPÍTULO 26
La despedida de Lukas

Vuelta al mundo

Clara bajó las escaleras después de finalizar la carta, sin un plan concreto; solo necesitaba moverse. El cuerpo le pedía salir de la quietud de la habitación, dejar que el ambiente más fresco de la planta baja le refrescara la piel y le ordenara las ideas que aún estaban asentándose.

Al cruzar el vestíbulo le llegó el olor a leña. Era un olor reconocible, unido a cocinas, invierno, a las manos que encienden fuego para calentar una casa. Ese aroma la sacó por un instante del territorio simbólico donde había vivido los últimos días. El castillo volvía a tener algo de hogar y no solo de escenario del alma. Siguió la estela de humo y madera hasta la cocina.

Cuando abrió la puerta, lo vio de espaldas, agachado junto al horno. Lukas revisaba una bandeja, con la manga derecha subida y el pelo ligeramente despeinado. Conocía ese gesto; siempre que algo le importaba más de lo que decía, terminaba pasándose la mano por el cabello, como si quisiera apartar también los pensamientos.

La cocina estaba templada, con ese calor sencillo que nace del fuego y de las manos ocupadas. Era una de las pocas estancias del castillo que no le hablaba en símbolos, sino en cosas concretas: pan, tazas, cuchillos, agua hirviendo. Clara se quedó unos segundos en el marco de la puerta, asegurándose de que aquel momento era real y no un eco de su propio imaginario.

Lukas giró ligeramente la cabeza. La había oído.

—Pensé que seguías arriba —dijo con su habitual tono de voz, tranquilo, como si las prisas no existieran.

Clara entró, cerró la puerta y avanzó hasta la mesa.

—No podía seguir allí —respondió—. Necesitaba bajar.

Él asintió, sin sorpresa, como si esa frase encajara en algo que ya había percibido. Tenía esa capacidad de leer los movimientos interiores a través de gestos mínimos, sin invadir.

Sacó la bandeja del horno, la dejó sobre una tabla y la cubrió con un paño. Luego se apoyó en el borde de la mesa, cruzó los brazos y la miró. No la examinaba, ni la analizaba; simplemente estaba disponible. Ese modo de mirar que él tenía la relajaba, le aflojaba el pecho sin que ella tuviera que explicarle nada.

—Has cambiado desde ayer —dijo al fin.

Clara no se sobresaltó. Lukas nunca llenaba el aire de comentarios vacíos.

—Puede ser, no sé si cambiada del todo… pero algo se ha movido.

Él esbozó una sonrisa breve, como quien confirma una intuición.

—Estás más aquí.

Clara se quedó en silencio. No tenía palabras para explicar lo que había ocurrido en el jardín, en la torre, ni en ese pasillo donde había sentido por primera vez la integración. Pero Lukas estaba en un lugar distinto, no formaba parte de su proceso interior, pero sí lo acompañaba desde un límite seguro. Era, como siempre, un puente entre el interior y el exterior, la profundidad y la vida cotidiana o, a veces, lo simbólico y lo concreto.

—He escrito algo —dijo ella finalmente—. No sé si llamarlo carta. O… no sé.

—¿Y te ha servido?

Clara tomó aire, como si necesitara verificarlo antes de decirlo.

—Sí. Mucho.

Lukas asintió despacio. Después se desplazó por la cocina con tal naturalidad que, de repente, le recordó que existían días hechos de gestos simples. Sacó dos tazas, llenó la tetera, dejó la tapa del azúcar apoyada sin cerrarla del todo. Eran movimientos pequeños,

pero llenos de una lógica natural. Y esa lógica pertenecía al mundo real, no al castillo interior que ella acababa de atravesar.

Esa conciencia le produjo un leve vértigo, como si hubiera vuelto demasiado rápido a la superficie. Lukas lo notó.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin urgencia.

Ella se apoyó en el respaldo de una silla.

—Creo que estoy empezando a darme cuenta de que… —La frase se cortó un instante— de que el proceso aquí, en el castillo, tiene un final.

Él no dijo nada. Tenía una manera de escuchar que no aceleraba el pensamiento; le dejaba espacio.

—No hablo de irme mañana —continuó Clara—. Pero siento que algo se cierra. O se transforma. Y que después tendré que volver a Viena… y no sé muy bien cómo hacerlo siendo quien soy ahora.

Lukas dejó la tetera sobre la mesa. Se colocó cerca, pero tampoco demasiado. La distancia exacta, esa precisión era una forma de respeto.

—No tienes que saberlo hoy.

Clara miró sus propias manos. Aún había en ellas una tensión leve, distinta a la de los días anteriores, como la que se siente cuando un hábito antiguo empieza a aflojarse y el cuerpo todavía no sabe qué hacer con ese espacio nuevo.

—Lo sé. Pero hay algo que me asusta. ¿Cómo se vuelve al mundo después de algo así?

Lukas inspiró antes de responder.

—No se vuelve igual. Pero se regresa.

La frase entró en ella con la misma claridad que luego tendría el aire frío. Sin buscar ser un consuelo ni un discurso motivacional, se transformó en una verdad sencilla, dicha con los pies en el suelo.

Al destapar la bandeja, el olor a pan recién hecho llenó la cocina. El vapor se elevó como una prueba humilde de que la vida seguía ocurriendo más allá de las cartas interiores, los espejos y los símbolos. Clara pidió permiso con un gesto y tomó un trozo. La

corteza crujió levemente y el calor del interior le recordó algo básico, comer, compartir, sostener el cuerpo, era también una forma de regreso.

—¿Te quedarás aquí hoy? —preguntó.

Lukas negó con un gesto suave.

—Tengo que bajar al pueblo antes de que anochezca. Mañana necesitamos tener listas algunas cosas.

Clara sintió una punzada que no era tristeza, sino la conciencia de que el mundo exterior se insinuaba de nuevo a través de él. Lukas no se marchaba del castillo —volvería al amanecer—, pero esa salida temporal le recordó que la vida seguía su curso fuera, llamándola también a ella, aunque aún no estuviera lista para responder.

—¿Nos veremos antes de que me vaya? —preguntó Clara.

Él asintió con esa claridad tranquila que la acompañaba desde el principio.
—Por supuesto. Estaré aquí. No dejaría que te fueras sin despedirnos de verdad.

La garganta se le cerró un poco, no por vacío, sino por gratitud. Una parte de ella habría querido decir algo más, pero todavía no encontraba el tono. Lukas pareció percibirlo y dejó unos segundos de silencio antes de añadir:

—Has hecho un trabajo muy grande aquí, Clara. Aunque no lo cuentes.

Ella levantó la mirada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ahora ocupas el espacio de otra manera —respondió—. No miras alrededor para ver si todo está en su sitio. Estás tú en tu sitio.

Lukas no la interpretaba, estaba haciendo una lectura directa de presencia y Clara sintió que esa frase la nombraba con más precisión que cualquier diagnóstico.

Lukas fue hacia el perchero, tomó su chaqueta y la dejó sobre una silla; demoró ponérsela. Había en sus movimientos algo lento, consciente, que evitaba que aquello se pareciera a una huida. Quiso darle normalidad al hecho de estar fuera unas horas.

—Te acompaño hasta la puerta lateral —dijo Clara.

—Solo si te apetece.

—Sí. Me apetece.

Salieron de la cocina en silencio. Fue un silencio sosegado, lleno de cosas que ya estaban dichas por el simple hecho de haber compartido ese tiempo.

El pasillo hacia la puerta lateral estaba algo más oscuro de lo habitual, como si el castillo también se recogiera para ese momento. Clara tuvo la sensación de que cada paso marcaba una transición, no solo hacia la salida de Lukas, sino hacia la suya propia, futura, todavía sin fecha.

Cuando llegaron a la puerta, él apoyó la mano en el picaporte, pero no lo bajó de inmediato. Se giró hacia ella.

—Clara —dijo, con un tono que usaba pocas veces—. Cuando vuelvas al mundo, recuerda respirar fuera del castillo. Aquí respiraste hacia dentro. Y lo hiciste bien. Pero allí hay que hacerlo al revés.

Clara asintió despacio. La frase le tocó un punto exacto, como si ordenara en pocas palabras todo lo que aún no sabía formular. Respirar hacia dentro para encontrarse. Respirar hacia fuera para ofrecerse.

—Gracias —dijo, sin filtros.

Lukas sonrió con discreción.

—Nos veremos mañana.

Abrió la puerta. El aire frío entró con celeridad, como en cualquier tarde de invierno. Lukas salió, dio unos pasos y se volvió un momento hacia ella. Solo un gesto cordial, sencillo, de esos que confirman que todo está bien. Clara levantó la mano en respuesta. Él hizo lo mismo y siguió camino hacia el sendero que bajaba al pueblo.

Cuando Clara cerró la puerta, percibió un ajuste leve, casi imperceptible. Dejó la mano sobre la madera unos segundos, solo para acompañar la sensación. No era pena, sino un pequeño desplazamiento interior, una transición que se insinuaba sin reclamar atención.

Se inclinó levemente hacia atrás para dejar descansar la espalda contra la puerta y respiró despacio, dejando que el aire frío que había entrado se mezclara con el aire más templado del interior. Dos atmósferas, dos mundos, rozándose en ese punto.

Caminó de vuelta por el pasillo con una percepción aún más distinta del castillo. Sin Lukas allí, el ambiente tenía otro matiz, no más vacío, solo diferente. Su presencia había sido un punto de referencia sencillo, una forma natural de recordar que el mundo exterior seguía moviéndose mientras ella hacía su proceso.

Ahora ese apoyo se retiraba por unas horas —nada más—, y aun así Clara notó que algo se seguía ordenando dentro de ella. No estaba sola en el castillo; Verena, Herr Meier, Greta y Lisé seguían en sus rutinas, cada uno con su manera discreta de habitar el lugar. Pero para Clara, la sensación era otra; comprendía con más claridad que ya no estaba allí para perderse, sino para preparar su salida.

Volvió a la cocina, más por inercia que por intención. Greta estaba allí, revisando unas hierbas sobre la mesa, y levantó apenas la vista cuando Clara entró. Ese gesto sencillo —un reconocimiento sin preguntas— le ofreció una calma inesperada.

Clara dejó la taza junto al fregadero, y Greta, sin decir nada, la recogió para lavarla después. La naturalidad con la que la cocinera ordenaba el espacio le recordó que cada uno tenía su lugar en la casa, y que no hacía falta intervenir en todo para sentir pertenencia.

Ella se quedó unos segundos allí, observando cómo Greta movía las manos con esa precisión tranquila de quien ha hecho lo mismo durante años. Ese ritmo cotidiano, ajeno a cualquier simbolismo, le resultó de pronto valioso. Después de tantos días de intensidad interior, ver a alguien sostener la simpleza del día a día tenía su propia profundidad.

Mientras salía de la estancia, imaginó a Lukas bajando por el sendero, con su paso suelto, atento a lo que lo rodeaba. Esa manera de estar —natural, sin dar la nota— tenía algo que ella comenzaba a comprender; vivir hacia fuera también podía ser una forma de presencia.

En el umbral, Clara hizo una breve pausa. Comprendió que él había sido un recordatorio de un modo de vivir menos tenso, más atento a lo que sucede en lo concreto. Siempre había sentido ese modo como un idioma que entendía, pero que no sabía hablar. Ahora, en cambio, intuía que podría incorporarlo, aunque fuera a su propio ritmo.

Subió a la planta superior. La iluminación vespertina había disminuido considerablemente, y el castillo parecía recogerse con ella. Las sombras se alargaban, y esa transición suave entre luz y noche acompañaba la suya propia.

Entró en la habitación y abrió la ventana. Desde allí alcanzaba a ver un tramo del camino que bajaba hacia el pueblo. Lukas ya no estaba a la vista, pero ese fragmento de sendero era suficiente. No necesitaba la imagen para entender la despedida; bastaba la dirección. Él iba hacia fuera, y en algún momento ella también tendría que hacerlo.

Se apoyó en el alféizar y observó el bosque. El cielo se oscurecía con un gris compacto que anunciaba frío. Pensar en volver a la vida rápida y poco simbólica le provocó un hilo de inquietud, pero debajo de ese temor había algo más firme; no regresaría igual. Y lo que más la tranquilizaba era saber que tampoco volvería para repetir lo mismo.

Dejó la ventana entreabierta y se tumbó sobre la cama, sin deshacerla. No quería dormir. Solo dejar que el cuerpo integrara. El cansancio ya no tenía la pesadez de días anteriores; era más suave, como si todo lo vivido necesitara asentarse antes de encontrar su forma definitiva.

Cerró los ojos. Lo que más resaltaba no era que Lukas ya no estuviera allí, sino la idea de que su presencia había funcionado

como recordatorio; la vida interior no estaba hecha para convertirse en refugio permanente. Era un lugar al que una entra para salir distinta, no para quedarse.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que la luz cambió del todo. Al abrir los ojos, se incorporó despacio; sentía una claridad leve en la parte alta del pecho, como si algo hubiera encontrado orientación.

Bajó de nuevo, caminó por el corredor hacia el ala este. El castillo, en esa hora intermedia, parecía quedar suspendido entre dos respiraciones. Al abrir la puerta del invernadero, el frío le llegó mezclado con olor a tierra y hojas secas. Aquel espacio —con restos de plantas y herramientas en reposo— hablaba de ciclos, lo que crece, lo que descansa, lo que regresa.

Atravesó el invernadero y salió al patio lateral. A lo lejos, las primeras luces del pueblo empezaban a encenderse. Ventanas pequeñas, casi puntos. Verlas así le recordó que había casas donde alguien preparaba la cena, terminaba el día y pensaba en el siguiente. La diferencia entre la penumbra del castillo y esa vida encendida era tan nítida que resultaba difícil no verla como un mensaje.

Se sentó en un banco de piedra. La curva del camino por donde Lukas había bajado quedaba oculta desde allí, pero no lo necesitaba. Le bastaba con saber que él ya estaba en el mundo real, entre tareas, conversaciones, risas y rutinas. De algún modo sencillo, esa imagen lo convertía en una prueba silenciosa de que el trabajo interior tenía sentido solo si se dejaba salir de aquellas paredes.

Pensó, con una claridad tranquila, que Lukas había sido el primer paso del regreso. Un amigo, un ancla. Una forma sencilla en la que la realidad le recordaba que la salida también formaba parte del camino.

Cuando el frío empezó a calarle las piernas, se levantó y volvió al interior. El castillo la recibió con su penumbra habitual. Pasó frente a la escalera de la torre y notó cómo, por inercia, la mirada se le iba hacia arriba. No sintió necesidad de subir; el trabajo con el espejo

estaba hecho. Los símbolos, una vez integrados, dejan de pedir repetición; siguen allí, pero dentro.

Se dirigió cada vez más serena a la biblioteca. El olor a papel envejecido y madera encerada la acogió como siempre, aunque el espacio ya no cumplía la misma función. Caminó entre las estanterías y dejó que los lomos de los libros rozaran sus dedos. Había dejado de buscar respuestas; buscaba compañía para ese tramo final entre lo interior y la salida.

Se sentó en uno de los sillones. El cuero estaba frío, y a la vez firme. Cerró los ojos y escuchó el silencio; un silencio lleno de restos de voces pasadas, de pasos, de lecturas. Un silencio habitado, que le recordó que nunca había estado del todo sola, ni en el castillo ni en su proceso.

Al cabo de un rato, se levantó, para atravesar despidiéndose mentalmente, del vestíbulo y subir las escaleras hacia su habitación. Sintió cada peldaño; ya no era un ascenso hacia un encierro, se había convertido en el regreso hacia un lugar interior que ya no era un laberinto.

Al entrar, encendió la pequeña lámpara del escritorio. Colocó la mano sobre el cuaderno donde había escrito su carta interior. Lo dejo sin abrir, sabía lo que contenía, un compromiso consigo misma.

La frase de Lukas seguía en ella, discreta, clara, como una orientación silenciosa para lo que vendría después: *«Respira fuera del castillo».*

Clara comprendió, sin pronunciar palabra, que ese era, al fin, el verdadero inicio del regreso.

CAPÍTULO 27
El regreso a Viena

Reencuentro con lo racional

Viena la recibió sin ceremonia. Un cielo gris, tranvías avanzando con su puntualidad habitual, estudiantes apurando el paso bajo paraguas negros. Nada parecía haber cambiado en la ciudad desde su partida, y sin embargo Clara sintió una leve desorientación, como si caminara por una maqueta exacta de un lugar que conocía, pero del que ya no formaba del todo parte.

Se ajustó el abrigo y respiró hondo. El aire frío de finales de febrero le recordó la disciplina de la ciudad; todo allí parecía tener un propósito racional, una estructura que nadie cuestionaba. Quizá por eso el contraste con Rosenklang la atravesaba tan intensamente. Allí todo podía volverse símbolo; aquí todo debía explicarse.

Arrastró la maleta hasta la parada del tranvía. El vehículo llegó con su timbre metálico, y Clara subió buscando asiento junto a la ventana. Durante el trayecto observó cómo el paisaje urbano se sucedía con la regularidad de un metrónomo, fachadas color ocre, cafés con lámparas encendidas, tejados con restos de nieve. Pasó la mano por el cristal, frío al tacto. Se vio reflejada de perfil, la misma Clara, pero con un sombreado interno distinto, difícil de traducir en palabras.

¿Cómo explicar lo que había ocurrido allí arriba? ¿Cómo decirle a alguien que un castillo puede pensar? ¿Que un símbolo puede devolverle a una persona su propia voz?

El tranvía giró hacia la Ringstraße y Clara sintió un pequeño temblor de anticipación. Tenía que ver a Amsel esa tarde; era inevitable. Y también sabía que, después, llegaría el encuentro realmente importante; Margaret Lowell llegaba desde San Francisco,

esa misma noche. No para supervisar la tesis —al menos no como lo entendía Amsel—, sino porque había presentido que Clara necesitaba algo más que metodología.

Habían intercambiado correos breves las últimas semanas, casi telegráficos, pero suficientes para que Clara percibiera la intención profunda detrás de ellos.

«Viena necesita tu voz completa, no la que intenta agradar. No retrocedas en aquello que ya se ha despertado. Cuando llegue, hablaremos».

El tranvía se detuvo, Clara bajó y caminó hacia la facultad. Cada paso sobre las baldosas húmedas la adentraba más en el territorio del razonamiento puro, como si una parte de sí misma todavía quisiera adaptarse a ese lenguaje académico que ya no podía contenerla del todo.

Al entrar, la sensación asfixiante de la calefacción y el olor de los libros apilados la envolvió. Ese olor solía tranquilizarla. Ahora le producía una extraña nostalgia, como si perteneciera a una vida anterior.

Amsel tenía la puerta abierta; la secretaria le sonrió, autorizándola a molestarlo, aunque no la esperaban. Ella dudó un segundo, respiró y llamó al marco.

—Adelante —dijo él sin mirar.

Cuando levantó la vista y la vio, frunció el ceño con una mezcla de sorpresa y cálculo.

—Clara. Te esperaba la próxima semana. ¿Ha pasado algo?

Ella negó despacio.

—Quise volver antes. Necesitaba organizar algunas ideas.

Amsel señaló la silla frente al escritorio. Clara se sentó con la calma que traía desde Rosenklang.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Has podido avanzar con los capítulos centrales?

Clara entrelazó las manos, consciente de que ese era el punto de inflexión.

—Avancé, sí. Pero el enfoque… va a cambiar.

El silencio cayó como una losa pesada.

—¿Cambiar? —repitió Amsel—. ¿En qué sentido?

—No puedo limitarme a la dimensión histórica. Sisí no es solo un objeto de estudio biográfico. Hay una interacción simbólica que no puede obviarse.

Amsel se recostó en la silla, perplejo.

—Clara, el símbolo es interesante para un seminario, pero no para una tesis doctoral. Si derivamos hacia lo metafórico, perdemos rigor.

Clara sostuvo su mirada con serenidad. Antes habría intentado adaptarse; ahora no.

—Lo metafórico no es ausencia de rigor. Es otra forma de conocimiento. La vida de Sisí revela una dinámica entre imagen, identidad y sombra que se repite en quienes la estudian. No se trata solo de documentos, se trata de resonancia.

Amsel cerró la carpeta que tenía delante, como si diera por finalizada la posibilidad de seguir la conversación desde parámetros tradicionales.

—Te estás adentrando en terreno inestable —advirtió—. La academia no puede respaldar intuiciones personales.

Clara no respondió de inmediato. Tenía claro que discutir no serviría. Sabía también que no estaba sola; Margaret llegaría en cuestión de horas.

—Lo que traigo no es una intuición aislada —dijo al fin—. Es un cambio de perspectiva y necesito integrarlo.

Amsel la observó unos segundos, con la expresión de quien contempla una variable que no esperaba y que altera la estructura completa de un trabajo.

—Hablemos mañana —concluyó—. Creo que las emociones del viaje aún pesan. Será mejor que descanses.

Clara se levantó, consciente de que él estaba equivocado; no eran las emociones del viaje. Era claridad y determinación.

La tarde cayó rápido sobre Viena. Clara regresó a su apartamento universitario, ordenó algo de ropa, dejó la maleta a medio abrir y preparó un té que no llegó a terminar. Miró el reloj; faltaban dos horas para la llegada de Margaret Lowell al aeropuerto.

Decidió ir a recibirla. El trayecto hasta Schwechat se le hizo breve. Mientras esperaba junto a la puerta de llegadas, un murmullo de idiomas se mezclaba con el arrastre de maletas. Por primera vez en semanas, Clara sintió un leve nerviosismo; sabía que no era por miedo, sino más bien por expectativa. Margaret Lowell no era solo su codirectora de tesis, era alguien que había intuido la doble capa de su búsqueda cuando nadie más lo había visto.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, Margaret apareció con su abrigo oscuro y una bufanda verde. Su presencia tenía algo que siempre impresionaba, una serenidad inteligente, como si su mente funcionara a varias velocidades a la vez.

Al verla, Margaret sonrió con una calidez que desarmó a Clara.

—Ahí estás —dijo, y su voz, siempre flexible, parecía reconocer algo más allá del aspecto físico—. Has cambiado.

Clara sintió que las palabras le llegaban con precisión quirúrgica.

—Sí —respondió—. No sé si sé explicarlo.

Margaret soltó una risa suave.

—No viajé hasta aquí para que lo expliques. Vine para que no lo ignores.

Caminaron hacia la salida. La noche era fría, pero Clara se sintió extrañamente acompañada, como si el peso simbólico de lo vivido en Rosenklang encontrara ahora una interlocutora real.

—¿Cómo fue el encuentro con Amsel? —preguntó Margaret mientras avanzaban hacia el taxi.

Clara suspiró.

—Difícil. Él quiere una tesis impecable, pero dentro del marco habitual. No entiende lo que traigo.

—Es normal —dijo Margaret sin crítica—. Amsel representa la estructura. No puede ver más allá de ella, es su función.

Subieron al taxi. Mientras el vehículo se internaba en la carretera, Clara sintió que las luces de Viena parpadeaban como si el paisaje reconociera la llegada de un testigo importante.

—Cuéntame —pidió Margaret con suavidad—. ¿Qué cambió allí arriba?

Clara miró por la ventana un instante antes de responder.

—No fue un descubrimiento puntual. Fue… un desplazamiento interno. Como si la historia de Sisí empezara a funcionar dentro de mí, no como objeto de estudio, sino como espejo. Y al verlo, todo lo demás se reorganizó.

Margaret asintió despacio, como si esa respuesta encajara con algo que ya sospechaba.

—Eso ocurre cuando se toca un arquetipo. No es un fenómeno intelectual; es transformador. Y cuando una transformación es real, el lenguaje tarda en alcanzarla.

Clara tragó saliva.

—Tengo miedo de que mi tesis ya no encaje.

—¿Y qué? —preguntó Margaret, mirándola con firmeza—. El propósito de una tesis no es encajar. Es decir, la verdad que uno está en condiciones de sostener. Lo otro es decoración.

Clara se quedó en silencio, permitiendo que esas palabras la consolaran por dentro.

Al llegar a la ciudad, Margaret sugirió caminar un tramo.

—Necesito sentir Viena antes de hablar de ella —dijo con humor.

Anduvieron por las calles iluminadas con luces amarillas. Al llegar frente a la facultad, Margaret se detuvo y la observó con atención.

—Amsel ya intuye que no te controla. Y eso siempre inquieta a quien confunde guía con dominio.

Clara sonrió sin querer.

—No quiero enfrentarlo. Solo quiero ser honesta.

—Y lo serás. Pero recuerda, la honestidad intelectual nunca es sumisa. Es libre.

El viento les movió el cabello; Viena parecía escucharlas.

—Mañana conoceremos cuál es su verdadera reacción —comentó Margaret—. Por ahora quiero que descanses. Mañana comenzaremos a planificar tu defensa.

Clara sintió un alivio profundo. No estaba sola en la frontera entre dos mundos, el racional y el simbólico, Margaret era un puente.

—Gracias por venir —dijo en voz baja.

—Clara —respondió Margaret—. Cuando un alma se abre, siempre merece ser acompañada. Por eso vine.

A la mañana siguiente, el edificio de la facultad parecía más rígido que de costumbre, como si percibiera que algo extraordinario estaba a punto de entrar por sus pasillos. Y lo estaba.

Margaret Lowell cruzó el vestíbulo con paso seguro, saludando con discreción, pero transmitiendo una presencia difícil de ignorar. Amsel, que revisaba unos papeles cerca de la puerta del aula magna, la vio llegar y se quedó petrificado.

—Dra. Lowell… No esperaba verle hasta la defensa oficial.

Margaret estrechó su mano con diplomacia.

—Quise venir antes. Clara está en un punto crucial del trabajo. Pensé que sería útil dedicarle unas horas.

El rostro de Amsel se tensó con una mezcla de cortesía y alarma.

—Me alegra que esté aquí —mintió con elegancia.

Clara observaba la escena desde unos pasos atrás. Por primera vez entendió que no estaba presenciando un choque entre personas, sino entre paradigmas.

—Si les parece —propuso Margaret—, revisemos juntos el enfoque actual.

Amsel asintió, aunque la idea parecía incomodarlo.

Entraron en una sala pequeña. La luz entraba en diagonal desde una ventana alta. Se sentaron los tres, alrededor de una mesa.

Clara sintió su pulso acelerarse, pero también una fuerza firme en la base del estómago. Era como si el espíritu de Rosenklang, en ese instante, la acompañara en silencio.

Fue Margaret quien rompió el hielo.

—Clara ha identificado un problema de fondo. No es metodológico, es epistemológico.

Amsel parpadeó.

—¿Epistemológico?

—Sí —continuó Margaret—. La pregunta no es si Sisí puede estudiarse desde el símbolo, sino ¿qué nos perdemos si no lo hacemos? Una biografía estricta construye datos, pero una biografía simbólica construye sentido. Y el sentido también es conocimiento.

Amsel apoyó las manos sobre la mesa, tenso.

—Pero la academia exige verificación…

—La academia evoluciona— interrumpió Margaret con suavidad— siempre lo ha hecho. Lo simbólico no invalida lo racional; lo amplía. Y la tesis de Clara apunta hacia ese ensanchamiento.

Clara observaba la escena con un asombro tranquilo. Margaret no estaba defendiendo un capricho de estudiante, estaba articulando una visión.

—Permítame ser claro, Dra. Lowell —respondió Amsel—. Si la tesis se desplaza demasiado hacia lo poético, perderá credibilidad.

Margaret lo miró con una amabilidad que desarmaba.

—Lo poético no es sinónimo de fantasioso, doctor Amsel. Es precisión emocional. Y sin precisión emocional, la investigación sobre figuras históricas queda mutilada.

Clara, sintiendo que era el momento, intervino.

—No pretendo abandonar el rigor. Lo que quiero es incluir aquello que también es cierto y que la metodología habitual no contempla.

Se produjo un silencio distinto al del día anterior. No era incomprensión, era evidencia.

Amsel la miró largamente, como si descubriera por primera vez que Clara no era una alumna brillante, sino un sujeto pensante. Y eso lo cambiaba todo.

Finalmente, habló.

—Bien. Veamos hasta dónde puede llegar esta línea. Pero necesitaremos un marco sólido.

Margaret sonrió.

—Y lo tendrá. Trabajaremos juntas en ello.

Clara sintió un temblor; esta vez no fue de angustia, sino de reconocimiento profundo. Ese era el verdadero retorno a Viena, no volver a lo racional para someterse, sino para integrar lo aprendido.

Cuando salieron al pasillo, Margaret se detuvo y le tomó el brazo con afecto.

—Ahora empieza lo real —le dijo—. No escribir la tesis, sino escribir tu lugar en ella.

Clara sintió que sus ojos se humedecían, por una certeza ancestral que apartaba todo sentimiento de fragilidad.

Las transformaciones verdaderas solo se confirman cuando regresamos al mundo que habitábamos antes. Y ella acababa de regresar, con otra voz y otra mirada. Con alma.

CAPÍTULO 28
El informe imposible

Autenticida

d

La mañana en Viena amaneció con una claridad casi quirúrgica, y sin embargo Clara sintió que la jornada no pertenecía del todo a la ciudad que se desplegaba bajo la ventana, sino a una zona intermedia donde la mente, el cuerpo y la resonancia emocional convivían sin jerarquías definidas.

Encendió el ordenador, pero no redactó nada. El cursor parpadeaba en la pantalla como un recordatorio obstinado de que la escritura no empieza con las manos, sino con una disposición interna, y esa disposición aún no terminaba de ordenarse.

Tenía ante sí las notas dispersas que había traído de Rosenklang, los documentos académicos que había acumulado en Viena, las lecturas que Amsel consideraba imprescindibles y un puñado de frases escritas la noche anterior que vibraban como si pertenecieran a otro lenguaje.

Lo que tenía que escribir no era difícil porque careciera de contenido; era complejo porque exigía unir dos registros que normalmente se excluyen, por un lado, el rigor académico y, por el otro, la verdad interior. Clara lo sabía, Margaret también. Por eso esa mañana, al oír el golpe suave en la puerta, suspiró con una mezcla de alivio y ansiedad.

Margaret entró sin ceremonias, envuelta en un abrigo oscuro que todavía conservaba algo del aire frío de la calle. Llevaba en la mano un cuaderno y en la otra un café que le ofreció en silencio. Una presencia tranquila, firme, casi magnética.

—Hoy será un día largo —dijo Margaret mientras se dejaba caer en la silla frente al escritorio—, pero no te preocupes, largo no significa inabarcable, significa necesario.

Clara sonrió sin saber si estaba lista o no. Margaret tenía esa capacidad desconcertante de anticiparse a las resistencias.

—Quiero que me leas lo que escribiste anoche —pidió ella.

Clara obedeció, aun sabiendo que lo que tenía eran apenas fragmentos inconexos. A medida que leía, escuchó su propia voz temblar en algunos pasajes, no por vergüenza, sino porque aquellas frases acariciaban algo profundo, una intuición que todavía no sabía traducir al lenguaje académico. Cuando terminó, Margaret guardó un momento de silencio, ese tipo de silencio que dice: *he escuchado más de lo que has dicho*.

—Aquí hay un núcleo verdadero —dijo por fin—. Y el núcleo verdadero no se negocia; lo que negociaremos será la forma.

Clara se dejó caer contra el respaldo.

—No sé si Amsel va a entender nada de esto.

—No lo entenderá al principio —respondió Margaret, con naturalidad—. Lo simbólico exige un cambio de perspectiva. Y él habita un marco que no contempla el símbolo como fuente de conocimiento. Pero es tu tarea abrir ese marco, no destruirlo.

Clara recogió el portátil y lo guardó en la mochila. Margaret se levantó ante el gesto de la joven.

—Vamos a la facultad —anunció ella—. Este capítulo no puede escribirse en un solo espacio; Viena también debe participar.

El tranvía avanzaba con su ritmo casi musical por las calles húmedas. Clara miraba el reflejo de su rostro en la ventana; parecía la misma, pero había un matiz nuevo en su expresión, algo más ensanchado, más permeable, más despierto. Desde que había regresado de Rosenklang, una presencia interna la acompañaba con insistencia, una figura que no reclamaba ser explicada, pero sí reconocida, Ludwig.

No como personaje histórico, ni como objeto de estudio, sino como eso que Margaret llamaba «*la sombra luminosa*», una constelación arquetípica que se activa cuando la identidad empieza a romper el corsé de lo convencional.

Pensó en él mientras el tranvía avanzaba por la Ringstraße. No lo evocaba como una biografía trágica, sino como una advertencia, el alma que se expresa sin estructura puede desbordarse; el alma que se reprime demasiado puede quebrarse. Y Clara empezaba a entender que su tesis no era solo sobre Sisí, y desde luego no versaba en él; en realidad giraba sobre ella misma. Iba de cómo encontrar un espacio interno suficientemente amplio para que la voz profunda pudiera expresarse sin perderse.

Cuando bajaron del tranvía, Margaret caminó con paso firme hacia la facultad. Clara la siguió, sintiendo que Viena temblaba de otra manera cuando Margaret estaba cerca, como si la ciudad percibiera a una viajera que no venía a obedecer su lógica, sino a escucharla.

En el archivo, la bibliotecaria las saludó con un gesto respetuoso. La luz blanca caía sobre las mesas de trabajo como una invitación a la concentración absoluta. Margaret tomó un libro, luego otro, y los dejó sobre la mesa. No los abrió.

—Estos libros representan la capa superficial del conocimiento. No la despreciamos, pero no es suficiente. Lo que haremos hoy es unir tu experiencia vivida con la arquitectura de pensamiento que necesita sostenerla.

Clara abrió el portátil y Margaret se inclinó sobre la pantalla.

—Escribe esto —pidió—. Pero no como tesis, sino como declaración interior: *Toda vida intensa requiere un lenguaje capaz de nombrarla; cuando el lenguaje no existe, la vida se quiebra o se oculta.*

Clara escribió. Sintió un escalofrío; esa frase no hablaba de Sisí, tampoco de ella. Hablaba de Ludwig.

Margaret la observó en silencio, como si supiera exactamente dónde había aterrizado esa frase.

—No lo nombres —dijo con suavidad—, pero intégralo. Él es parte del «*arquetipo de individuación».* El alma que no encuentra un espacio lo busca de todas las formas posibles, incluso de las que lo

destruyen. Que un lector perciba eso sin que lo digas será tu logro más profundo.

Clara sintió un nudo en la garganta.

—¿Y si la academia no admite… esto?

—No escribes para la academia —respondió Margaret—. Escribes para tu mente futura y para la mente de quienes leerán tu tesis cuando ya no estés en la universidad. El conocimiento que transforma nunca se dirige al presente inmediato.

Clara asintió. Iba a responder cuando la puerta del archivo se abrió, era Amsel. Su figura se recortó contra la luz del pasillo, rígida, sorprendida. No esperaba encontrarlas allí y, mucho menos, juntas. Caminó hacia ellas con una cortesía tan controlada que parecía otra forma de tensión.

—Clara, —dijo Amsel— me comentaron que estabas trabajando en el archivo. No sabía que la doctora Lowell te acompañaría hoy.

Margaret lo saludó con una leve inclinación.

—He querido entender mejor el lugar donde nuestra alumna está desarrollando su investigación. El espacio también condiciona la mirada, ¿no cree?

Amsel no respondió de inmediato. Observó el portátil, los libros sin abrir, la postura de ambas. Era evidente que la situación lo desconcertaba; el trabajo de Clara parecía escaparse de su control metódico.

—¿Puedo ver el avance? —preguntó finalmente.

Clara tragó saliva.

—No está terminado —advirtió—. Pero puedo mostrarle una parte.

Amsel tomó el portátil y leyó. El silencio se volvió denso. Su ceño se frunció lentamente, como si cada frase alterara una estructura interna que él consideraba estable; cuando terminó, cerró el portátil con suavidad.

—Esto no es un informe —dijo al fin.

—Es un comienzo —respondió Margaret—. Y un comienzo honesto suele parecer un informe caótico. Lo importante es lo que revela, no lo que todavía no se ha organizado.

Amsel apretó los labios.

—Clara, la tesis no puede convertirse en un diario emocional.

—No lo es —intervino Margaret—. Es epistemología encarnada. Usted defiende la objetividad como si fuera un lugar fijo, pero la objetividad es una construcción histórica, no un absoluto. Clara está mostrando desde dónde piensa. Eso no resta rigor, lo transparenta.

Amsel miró a Clara buscando algo, duda, arrepentimiento, inseguridad. No encontró nada de eso; en su lugar vio firmeza.

—¿Tú también crees que esto es lo que debe ser tu tesis? —preguntó.

Clara respiró hondo. Sintió, en la base del pecho, la presencia silenciosa de Ludwig, no como recuerdo, sino como aviso. «*Si callas ahora, repetirás su destino; si hablas, inauguras el tuyo».*

—Sí —respondió con una calma que la sorprendió—. Pero todavía no sé cómo sostenerlo formalmente. Para eso estoy trabajando con la doctora Lowell.

Amsel miró a Margaret, luego de nuevo a Clara.

—Tendremos que hablar largo y tendido de esto. No ahora. No aquí.

Y se marchó.

Cuando la puerta se cerró, Clara sintió que soltaba un aire que había estado sosteniendo desde que él apareció. Margaret le puso una mano en el hombro.

—Ha sido un buen inicio. Él no lo sabe todavía, pero lo que has hecho hoy es ofrecerle un marco más amplio del que puede ver en este momento. No lo rechaces; dale tiempo.

Clara asintió, aunque no sabía si creerse capaz de sostener esa amplitud.

—Vamos a un café —propuso Margaret—. El pensamiento necesita movimiento. Aquí la luz es demasiado fría.

El café estaba casi lleno, pero encontraron una mesa junto a la ventana. El olor a café recién molido y el murmullo constante de las conversaciones creaban un entorno propicio para pensar sin sentirse observada.

Margaret abrió su cuaderno.

—Ahora vamos a la parte difícil —anunció—, construir el modelo que sostendrá tu enfoque. Sin eso, tus intuiciones quedarán flotando. Y tu tesis no es una meditación; es una investigación.

Clara esperó.

»Tu modelo —continuó Margaret— debe sostener cuatro capas:

1. la biográfica-histórica,
2. la simbólica,
3. la reflexiva,
4. y la arquetípica.

Clara alzó la mirada.

—¿Arquetípica?

—Sí. Pero de forma implícita. El lector debe sentirla. Ludwig está ahí, pero sin nombrarlo. Él es el ejemplo extremo de lo que ocurre cuando un alma no encuentra estructura, cuando el mundo interior se expande más rápido que los márgenes sociales. Es el espejo que completa a Sisí; ella lucha contra la forma, él se disuelve en ella. Y tú necesitas ese contraste para entender tu propio lugar.

Clara tomó aire.

—Pero si no puedo mencionarlo…

—No debes mencionarlo —corrigió Margaret—. Debes escribir desde lo que él te ha revelado. La individuación no es un concepto; es una experiencia. Tu tesis debe mostrar cómo se construye un yo que puede habitar sus símbolos sin romperse ni traicionarse. Eso es lo que enseñas al lector sin decirlo.

A Clara le temblaron los dedos sobre la taza de café.

—Entonces… ¿Mi tesis es una defensa de la individuación?

—Exactamente —respondió Margaret—. Una defensa silenciosa pero firme de la necesidad de tener un espacio interno. El estudio sobre Sisí es la puerta; la individuación es la casa.

Hubo un largo silencio. Clara sintió que algo se reorganizaba dentro de ella, como si la arquitectura interna de su pensamiento hubiera encontrado un eje nuevo.

—Y Amsel… —susurró—, ¿cómo lo verá?

Margaret sonrió con serenidad.

—Amsel representa el corsé. Tú representas la expansión. Él es el guardián de lo correcto; tú eres la que atraviesa lo correcto para llegar a lo verdadero. No combatas a Amsel. ¡Complétalo! Dale la lectura que él no puede tener por sí mismo, ese será tu mérito.

Clara apoyó las manos en la mesa.

—Entonces… el informe imposible no es imposible porque sea difícil de escribir.

—No —respondió Margaret—. Es imposible porque exige que escribas desde quien estás empezando a ser, no desde quien fuiste.

Clara cerró los ojos. En la oscuridad apareció la imagen silenciosa de Ludwig, no como figura rota, sino como advertencia luminosa: «*Haz lo que yo no pude; sostente en tu verdad; encuentra la forma que yo no tuve».*

Abrió los ojos.

—Estoy lista —dijo. No era una afirmación; era una transformación.

Margaret asintió.

—Entonces volvamos a escribir.

Regresaron a la facultad cuando la luz empezaba a declinar. Subieron a una sala vacía, una de esas habitaciones donde la calefacción suena como un animal dormido. Clara abrió el portátil; Margaret se sentó a su lado.

—Escribe la frase que sostendrá el capítulo —indicó ella—. Una frase que no pueda desmontarse, porque nace desde el centro.

Clara apoyó las manos en el teclado. Respiró. Dejó que la presencia interior —la de Sisí, la de Ludwig, la suya propia— se alinearan. Y escribió:

No se puede comprender una vida sin comprender la forma que adopta su alma; y no se puede comprender esa forma sin reconocer la resonancia que despierta en quienes la estudian.

Margaret sonrió.

—Ahí está. Ahora sí podemos construir el informe imposible.

Clara siguió escribiendo. Escribió durante horas, esta vez sin explorar, sino para dar forma definitiva a algo que ya estaba vivo. Redactó desde un territorio nuevo, amplio, verdadero. Amsel la desafiaría, sí, y la academia tardaría en entenderla. Pero ella ya no estaba escribiendo para convencer, sino para cerrar un recorrido que había empezado mucho antes de que supiera nombrarlo.

Cuando cerró el portátil, sintió una certeza profunda. No era la tesis lo que estaba defendiendo. Era su voz, su propia alma y con ello la posibilidad de que otros, al leerla, encontraran también la forma de salir del corsé.

Un Ludwig, silencioso, permanecía allí. Sin ser una advertencia, sino como un guía. El informe imposible había empezado a existir. Y Clara, también con él.

Lo que vino después ya no fue búsqueda, sino tránsito.

CAPITULO 29
Las almas futuras

L

egado

Habíamos salido de Viena al amanecer y ahora compartíamos el trayecto desde Innsbruck. Margaret viajaba conmigo. Los últimos días allí habían sido de cierre, la tesis estaba escrita. Aunque aún faltaban los detalles y ajustarla a las normas APA para que tuviera imagen académica, únicamente había que ordenar, pulir, darle cuerpo a algo que, en lo esencial, estaba concluido.

Llevaba el cuaderno manuscrito apoyado sobre las piernas, había estado conmigo todo el trayecto, lo sentía un preciado tesoro. Las tapas estaban gastadas por las veces que se habían abierto y cerrado, además me había acompañado a todas partes en mi periplo. Las hojas, se veían densas de anotaciones y correcciones, así como los cambios de mi letra al ir avanzando en el tiempo. Aquí entre estas páginas era donde había aprendido a escucharme mientras escribía la tesis.

No hablábamos; no hacía falta. El viaje requería solemnidad y el paisaje imponía su propio ritmo, con bosques nevados, prados apagados por el inicio del invierno y carreteras que pedían una atención serena.

Cuando el coche tomó la última curva y el castillo apareció entre los árboles, sentí un ligero sobresalto en el pecho. Pude nombrar mi emoción, era reconocimiento. Volvía al lugar que había sostenido mi proceso y deseaba cerrarlo horrándolo.

El conductor se detuvo junto a la entrada principal. La fachada gris de Rosenklang brillaba bajo la luz fría de la mañana. Bajé con el cuaderno entre las manos e inspiré el aire helado. La claridad que sentí esta vez al llegar era distinta, nítida, sobria, sin exigencias.

Margaret se acomodó la bufanda y me miró con una leve sonrisa mientras decía:

—Accede como alguien que ha dejado de cuestionarse su identidad.

Supe que no era una indicación. Fue una constatación.

La puerta principal estaba abierta, como siempre. Crucé el umbral despacio; el eco de nuestros pasos se mezcló con el olor a madera encerada y flores secas de eucalipto. Nada parecía haber cambiado y, sin embargo, todo estaba distinto.

El castillo ya no se imponía sobre mí, había dejado de ser denso, angustiante. Me recibía como se abre un lugar que ya se reconoce como propio.

En el vestíbulo, inclinada sobre una mesa de madera, Lisé ajustaba un ramo de ramas de eucalipto, cedro y canela. El gesto era sencillo, casi doméstico, pero el aroma llenaba la estancia de una calidez inesperada. Al oír los pasos, levantó la cabeza. Sus ojos se iluminaron con una expresión que mezclaba sorpresa y naturalidad, como si hubiera sabido que ese día acabaría llegando.

—Clara —en su voz había una ternura limpia que desarmó cualquier resto de tensión—. Han pasado unas semanas, pero… está radiante.

Sentí un temblor leve en el pecho. Era la frase exacta, dicha sin intención simbólica, sin saber cuánto significaba.

—Supongo que sí —respondí, incapaz de elaborar nada mejor.

Dejó el ramo en el jarrón y se acercó. Sus movimientos tenían la calma de quien habita su cuerpo sin disculpas.

—No es el rostro —añadió, mirándome con atención—. Es otra cosa. Una forma de estar.

Sus ojos bajaron hacia el cuaderno que llevaba entre las manos.

»¿Lo traes para ti o para dejarlo aquí?

—Para dejarlo —respondí—. Es… importante.

Asintió, como si no necesitara más detalles, y nos abrió paso hacia el corredor principal. Estábamos a punto de avanzar cuando oí

un ruido suave a mi espalda, un frotar de cepillo en la tela y unos pasos apresurados que se frenaban. Me giré.

Lukas apareció desde el pasillo lateral, con un cuaderno bajo el brazo y las mejillas encendidas por el frío. No se detuvo en seco, no pareció sorprenderse de verme, sino que siguió caminando hasta quedar a poca distancia de nosotras. Vi en sus ojos la misma seriedad intuitiva de siempre, pero ahora había algo más, una alegría contenida.

—Has vuelto —dijo, como si solo eso ya tuviera sentido propio.

Sonreí, sentí ganas de abrazarlo, y no me contuve. Me incliné hacia él y lo rodeé con un gesto breve; me devolvió el abrazo con la timidez de quien no está acostumbrado, pero no lo rehusó. Cuando nos separamos, me miró con una atención que atravesaba cualquier formalidad.

—Sí —respondí—. Tenía que cerrar algo.

—Ya no escuchas al castillo de la misma forma.

Fruncí el ceño, divertida y sorprendida a la vez.

—¿Cómo lo sabes?

Señaló su propio pecho, como si aquello fuera obvio.

—Antes mirabas a los muros cuando querías entender algo. Ahora te miras dentro—hizo un pequeño gesto con la cabeza, casi un encogimiento de hombros—Y eso… cambia cómo suena todo.

Margaret, detrás, observaba la escena con la atención silenciosa, de la forma con la que se mira a un símbolo cuando por fin se ordena.

—¿Y tú? —le pregunté a Lukas—. ¿Sigues escuchándolo?

—Sí —respondió sin dudar—. Pero no siempre. A veces el castillo calla para que uno pueda oírse en soledad.

Sus palabras me atravesaron con una claridad que ningún artículo teórico habría alcanzado. Lo miré con más calma. Había crecido en estas últimas semanas no solo físicamente, había algo en su postura, en la forma de sostener su propio cuaderno, que hablaba de un peso interno asumido.

—Me alegra verte —le dije.

—Y a mí que hayas vuelto —contestó—. Esta vez caminas más recta.
Sonrió dulcemente. —No por tensión, por libertad.

Me di cuenta de que no era solo mi libertad la que estaba en juego, sino también la suya y la de quienes vendrían después.

—Ojalá tú también puedas elegir tu propio camino —murmuré, más para mí que para él.

Pero Lukas asintió, como si hubiera oído perfectamente.

—Cada vez que alguien deja algo verdadero aquí, es un poco más fácil hacerlo.

Se despidió también de Margaret con un gesto sencillo y se marchó por el pasillo, con naturalidad. Lo vi alejarse y tuve la sensación tranquila de que, cuando decidiera irse, sabría cómo hacerlo.

Lisé nos miró con una sonrisa que mezclaba orgullo y costumbre.

—Es un joven muy especial —comentó—. Capta cosas que los demás tardamos años en entender.

Respiré hondo. Lukas había señalado, sin rodeos, la diferencia esencial entre mi primera visita y aquella, y era que había dejado de buscar fuera lo que había aprendido a escuchar dentro.

Margaret me tocó el brazo con suavidad.

—Este era el recibimiento que necesitabas. Ahora podemos seguir.

Apreté el cuaderno entre las manos. Sabía que ese día no era para formular nuevas preguntas, sino para cerrar, entregar y marcharme siendo internamente distinta.

El corredor que conducía a las salas laterales estaba bañado por una luz invernal que entraba por las ventanas altas y dibujaba formas indecisas sobre las paredes. Caminé junto a Margaret en silencio, dejando que el eco de las palabras de Lukas se asentara en mí con la lentitud con que el polvo cae después de una corriente de

aire. No necesitaba interpretarlas; bastaba con reconocer que algo dentro había respondido.

Llegamos a la sala donde había trabajado durante mi estancia anterior. Todo estaba como lo recordaba, la mesa de madera, las sillas de respaldo firme, la lámpara que filtraba la luz en tonos cálidos, las estanterías discretas, llenas de libros que parecían resistirse al paso del tiempo. Sin embargo, la familiaridad no me devolvió a aquella primera versión de mí misma; me permitió ver con claridad la distancia entre quien había sido y quien era ahora.

El espacio era el mismo. Yo, no. Esa constatación me produjo una mezcla serena de vértigo y calma.

Margaret se sentó a un lado de la mesa y esperó a que yo tomara asiento enfrente. Me observó unos segundos, como si quisiera valorar dónde estaba exactamente antes de poner palabras al momento.

Cuando habló, su voz se mantuvo tranquila, modulada, precisa. Una voz que acompañaba sin empujar.

—Has entrado aquí mirando y sintiendo desde otro lugar. Lo he visto desde el primer paso. No buscabas confirmaciones ni señales ni respuestas. Has entrado desde tu nueva forma de ser, y eso cambia la relación que tienes con todo.

Apoyé las manos sobre el cuaderno, aún cerrado, y escuché.

»Cuando llegaste la primera vez, tu mirada debió apuntar hacia afuera —prosiguió—. Querías comprender el misterio del castillo, la complejidad de Sisí, la proyección simbólica de esa figura histórica que resonaba en ti desde zonas que no terminabas de reconocer. Y estaba bien que fuese así; todas las búsquedas empiezan señalando al mundo.

Hizo una pequeña pausa, dejó que respirara.

»Pero ahora has traído contigo otra escucha. Ya no esperas que Rosenklang te entregue algo. Has comenzado a dártelo tú.

Bajé la mirada, no por timidez, sino porque sus palabras vibraron en un lugar que aún se estaba reacomodando. En Viena había

sentido durante semanas cómo algo dentro de mí cambiaba de forma, sin encontrar todavía el lenguaje para nombrarlo. Allí, en esa sala donde había pasado noches de confusión y descubrimiento, su explicación se encajó.

—Es extraño —dije al fin, ajustando la respiración—. Siento que la tesis que voy a defender es solo la superficie de algo más grande, algo que no cabe del todo en el marco académico. No quiero desafiar ninguna estructura… pero ya no puedo hacerme pequeña para entrar en ella.

Margaret asintió con una satisfacción silenciosa.

—Eso que describes es el punto exacto en el que alguien empieza a escribir desde su centro y no desde su miedo. La academia tiene su función, y es útil, pero no puede ser el límite de una vida interior.

Señaló el cuaderno con un gesto leve.

»El trabajo que has hecho aquí, y luego en Viena, no es una investigación histórica, es el nacimiento de tu forma simbólica. La estructura necesaria para sostener una profundidad que antes te asustaba.

Un estremecimiento me recorrió de arriba abajo. Nadie había definido con tanta claridad lo que ese cuaderno había sido para mí.

Me recosté ligeramente en la silla. La miré.

—No sabía que estaba haciendo eso —admití—. Solo sentía que necesitaba escribir de manera diferente, sin pensar en quién lo leería.

—La escritura verdadera nunca empieza pensando en quién la leerá —respondió con suavidad—. Empieza cuando dejamos de pedir permiso para existir. Y tú has dejado de pedirlo.

El aire pareció compactarse un instante, no por tensión, sino por la aparición de una presencia que venía de fuera de la conversación. Lo sentí antes de mirar hacia la puerta. Margaret también se giró, sin sorpresa; casi como si hubiera estado esperando ese momento. En el umbral estaba la baronesa Verena.

Su figura alta, envuelta en un vestido de tonos marrones, se recortaba con la misma elegancia silenciosa de siempre, como si surgiera del propio tejido del castillo. No entró de inmediato. Apoyó una mano en el marco de la puerta y nos miró a las dos con unos ojos que reconocían, aceptaban al otro.

—Buenos días —dijo, inclinando levemente el cabeza primero hacia Margaret, luego hacia mí—. Sabía que vendríais.

Me levanté despacio. Sentí el cuerpo acompasándose a la cadencia de su presencia.

—Tenía que volver —respondí—. Hay algo que quiero dejar aquí.

Verena avanzó unos pasos, sin prisa, sin artificio. Sus ojos bajaron al cuaderno para después volver a encontrarse con los míos. En su mirada había un asentimiento que iba más allá del contenido de las páginas.

—No vienes a buscar. Vienes a entregar. Eso significa que has comprendido lo que tenías que entender.

La frase se instaló en la sala con la amplitud de una verdad que no necesitaba demostración. Sentí la garganta tensarse, no por un llanto inminente, sino por la profundidad de lo que estaba sucediendo.

Verena se acercó un poco más. Saludó a Margaret con un gesto que reconocía su papel, su testimonio, y después tomó mi mano sin pedirme permiso. Su contacto fue firme, delicado, seguro.

—Cuando llegaste por primera vez —continuó—, esperabas que el castillo o su historia te dieran una respuesta. Creías que el misterio estaba fuera, y en realidad lo traías contigo.

Ahora lo sabes. Su mano apretó la mía.

—Lo que dejas hoy aquí no es un objeto. Es una forma hallada. Y las formas halladas no se pierden, esperan, en silencio, a quien pueda resonar con ellas.

Sentí cómo algo dentro de mí se ordenaba alrededor de esas palabras. Margaret contemplaba la escena con la sabiduría de quien

reconoce un rito verdadero, sin aspavientos, profundamente humano.

Verena soltó mi mano, pero no se apartó del todo.

—Sigue tu camino. Ya no necesitas que este lugar te sostenga.

Su mirada se suavizó, y por primera vez percibí en ella un matiz casi maternal.

»Y recuerda, al irte no pierdes lo que has encontrado, solo dejas de pedirle permiso.

Creía que sentiría pérdida, pero en cambio me inundo la calma inesperada de haber encontrado un lugar.

Verena dirigió una última mirada de complicidad a Margaret, como si sellara con ella un acuerdo silencioso, y luego salió por el corredor con la misma suavidad con la que había llegado. El aire, detrás de ella, pareció cambiar de vibración.

Me quedé unos segundos de pie, respirando hondo, permitiendo que el encuentro se asentara sin apresurarlo. Sentía la extraña mezcla de plenitud y ligereza que aparece cuando algo se completa de verdad. Entonces noté la mano de Margaret posarse en mi espalda.

—Ahora sí —dijo—. Puedes dejar el manuscrito.

Asentí ceremonialmente. El cierre interior empezaba a alinearse con los gestos exteriores.

Cuando me senté de nuevo a la mesa del despacho, abrí el cuaderno por la primera página. Seguía en blanco. Ese espacio había estado esperando una frase desde hacía semanas, quizá meses, sin que yo lo supiera del todo. Tomé la pluma que había en la mesa. Sin tener que pensar demasiado, escribí; la frase ya vivía en mí, como una semilla paciente que por fin encontraba tierra. Escribí despacio, con una caligrafía firme:

«Solo florece lo que se recuerda».

Me quedé un momento contemplando las palabras. Eran una brújula. El punto donde se encontraban Sisí, Ludwig, yo misma y

todas las almas futuras que, sin saberlo, leerían aquellas páginas buscando su propia forma.

Cerré el cuaderno con suavidad. Al entregarlo sentí plenitud, sabía que, al fin, tenía dónde permanecer.

Margaret me esperó en el pasillo mientras me despedía del lugar, sabía que no volvería. Caminamos hacia la sala del archivo. El trayecto me pareció más largo que otras veces, o quizá era yo, caminando desde esa nueva percepción, quien recorría cada metro con una especie de reverencia tranquila. Los muros altos, la madera oscura, los cuadros que mostraban escenas de otros tiempos… Todo aceptaba nuestro paso con la dignidad sobria de un espacio que sabe cuándo una historia se suma a su tejido.

Meier estaba sentado ante una mesa, rodeado de carpetas y documentos. No se levantó con ceremonia; simplemente alzó la vista y sonrió con su cordialidad habitual.

—Señorita Clara. Me alegra verla. Tenía noticias de que seguía en Viena.

Me acerqué, sosteniendo el cuaderno con ambas manos.

—Vengo a dejar algo para el archivo —respondí—. No forma parte de la tesis oficial, pero creo que pertenece aquí.

Meier extendió las manos con la delicadeza de quien recibe objetos frágiles. Pasó los dedos por el borde de las páginas.

—¿Lo ha escrito todo a mano?

—Sí. —contesté—. Es una especie de registro simbólico del proceso. No encaja en la estructura académica, pero necesitaba ser escrito así.

Abrió el cuaderno solo por la primera página y leyó en silencio la frase que acababa de trazar la tinta.

Frunció apenas el ceño, con esa concentración que precede a la resonancia, no al juicio.

—Es una buena frase —dijo al final—. No explica, pero orienta. Los textos más valiosos suelen nacer de esa intención.

Una oleada de gratitud me recorrió. Meier cerró el cuaderno con respeto y se levantó. Caminó hacia una estantería que no destacaba a primera vista. En ella se alineaban otros cuadernos y manuscritos, cada uno con su lomo discreto, sin pretensión de ser descubierto de inmediato.

—Este castillo siempre ha tenido sitio para los escritos que no encuentran lugar en otros archivos. Algunos tienen valor histórico; otros son, simplemente, fragmentos de alma. Ninguno se pierde. Siempre terminan encontrando a quién les corresponde.

Dejó el cuaderno en el estante con un cuidado casi ceremonial.

»Lo colocaré aquí. No es un archivo convencional, pero sí un archivo vivo. Hay cosas que no se escriben para un tribunal, sino para el tiempo.

Al verlo allí, quieto entre otros lomos anónimos, sentí que una parte de mí —la que había llegado dispersa a Viena— encontraba por fin su lugar. No dolió, fue en realidad, descanso.

Meier inclinó apenas la cabeza.

—Gracias por confiar en este castillo —añadió.

Le di la mano con solemnidad y pronuncié su nombre en voz alta —Herr Hans Maier, un placer.

Cuando salimos de la sala, Margaret se quedó unos instantes rezagada, observando la estantería desde el umbral. Luego me alcanzó y caminamos hacia el pasillo principal.

—Ha sido un buen acto. Sin solemnidades, ni grandilocuencias, verdaderamente muy humano. Así se entregan las cosas que importan.

Exhalé despacio, como si mi cuerpo estuviera poniéndose al día con la estabilidad recién alcanzada.

—Siento que he cerrado algo. Y que, al mismo tiempo, algo distinto se abre.

Margaret sonrió.

—Así son los finales verdaderos. Nunca se cierran del todo. Solo cambian de forma.

Mientras avanzábamos, oí movimiento en la zona de servicio. Greta cerraba una ventana para que el aire frío no invadiera la sala contigua. Al vernos, dejó lo que estaba haciendo y se acercó con ese andar sólido que sostenía, sin adornos, la vida del castillo.

—¿Se marcha ya? —preguntó, con sorpresa y afecto a partes iguales.

—Sí —dije—. Era una visita breve, pero necesaria.

Me miró como si pesara algo que no se mide con los ojos.

—Algunas personas llegan aquí con la mirada rota y se van enteras. Otras llegan enteras y se quiebran. Y unas pocas llegan buscando algo que no saben nombrar y se marchan con una forma que los acompaña muchos años. Usted es de las últimas.

La frase me tocó más hondo que cualquier reconocimiento académico. No era un halago, era diagnóstico.

—Gracias, Greta —susurré—. De verdad.

Asintió. Me abrazó sin teatralidad, con la calidez exacta de quien entiende el peso de una despedida. Cuando nos separamos, añadió en voz baja:

—Cuídese. Y cuide lo que ha encontrado.

—Lo haré —respondí. Y supe que no mentía.

Al salir al exterior, el aire era más frío que a nuestra llegada. Los montes se recortaban bajo una luz blanca que anunciaba el fin del invierno. Aun así, nada me resultó hostil. Caminé unos pasos hasta situarme frente al castillo y dejé que su silueta se desplegara por completo: la piedra, las ventanas, la torre, la quietud.

No busqué señales ni interpreté silencios. Sabía que nada más tenía que revelarse. El castillo estaba completo. Yo también.

Respiré hondo. La plenitud no daba euforia, más bien claridad. Como si todas las piezas hubieran aceptado, por fin, el lugar que les correspondía. Margaret se colocó a mi lado. No dijo nada, no hacía falta.

Emprendimos juntas el camino hacia el coche que nos estaba esperando. Al alejarme, supe con certeza que lo que quedaba allí no

era solo un manuscrito ni un vestigio académico ni una pieza más de archivo. Lo que dejaba era una forma de mi alma, una semilla de comprensión que, algún día, cuando otro lector la necesitara, volvería a florecer.

Y esa certeza —tan simple, tan profunda— fue suficiente para cerrar el capítulo de mi vida que Rosenklang había abierto.

EPÍLOGO
El eco de las rosas

Trascendencia

«Allí donde la memoria respira, nada termina del todo»

Años más tarde, cuando el castillo había cambiado de administración y los pasillos habían visto pasar generaciones nuevas de visitantes, un joven investigador llamado Hoffmann llegó a Rosenklang en medio de un invierno particularmente silencioso. No venía buscando revelaciones ni enigmas; necesitaba simplemente un lugar donde concentrarse en un trabajo rutinario para su doctorado, lejos del bullicio de Viena.

Eligió Rosenklang por recomendación de un profesor que le aseguró que allí el tiempo tenía otra textura, más adecuada para quienes necesitaban pensar sin prisa.

Al segundo día de su estancia, mientras recorría el pasillo que llevaba a la sala de archivos personales, se detuvo sin saber exactamente por qué. No había ningún ruido distinto del habitual, solo el crujido leve de la madera y el murmullo del viento golpeando las ventanas altas. Sin embargo, sintió un cambio apenas perceptible en el aire, como si una brisa cálida, inapropiada para aquella estación, recorriera el corredor desde el fondo.

Pensó que era una impresión pasajera, fruto del cansancio, y siguió caminando. Pero al llegar a la sala, se encontró con Herr Meier, ya muy mayor, colocando nuevas cajas en las estanterías. A pesar del paso del tiempo, mantenía la dignidad silenciosa de quienes han dedicado su vida a custodiar la memoria de otros.

—¿Busca algo en particular? —preguntó Meier sin girarse del todo.

—No, en realidad. Solo intento familiarizarme con la organización del archivo —respondió Hoffmann.

Meier se giró y lo observó con una mezcla de curiosidad y ese tipo de paciencia que se reserva para quienes aún no saben lo que están buscando.

—Los documentos que más suelen encontrar a sus lectores, no suelen ser los que vienen a buscar. Son los que les esperan.

Hoffmann sonrió por cortesía, pero sus ojos se desviaron hacia una estantería lateral, menos prominente, donde se acumulaban cuadernos y manuscritos sin clasificar del todo, con lomos desgastados y tapas que parecían haber sido tocadas por manos distintas a lo largo de los años. Algo, sin saber qué, lo llevó hacia allí.

No era un llamado, ni un presentimiento. Era más bien la misma sensación que se experimenta cuando alguien reconoce un objeto antes de saber por qué. Alargó la mano y tomó un cuaderno de tapas simples, sin título, sin indicaciones externas. Lo abrió al azar y vio una página escrita con letra clara, firme, intensa. Leyó unas líneas y sintió, de manera inexplicable, que había encontrado una voz que conocía desde antes de escucharla.

—¿De quién es esto? —preguntó sin despegar los ojos del texto.

Meier se acercó despacio, como si ya hubiera anticipado esa pregunta muchos años atrás.

—De una investigadora que pasó por aquí hace tiempo. Nos dejó su cuaderno con la condición de que no fuera evaluado ni leído de inmediato. Solo pidió que permaneciera. Y que, cuando llegara el momento, lo encontrara quien lo necesitara.

Hoffmann volvió a mirar la página. Había algo en ese fragmento —una cadencia, una claridad, una forma de mirar el mundo sin esquemas rígidos— que le produjo una extraña mezcla de consuelo y desestabilización, como si esas palabras hubieran estado esperando exactamente su estado de ánimo, su momento vital, su manera de respirar.

Pasó a la primera página. Leyó la frase escrita con tinta ya ligeramente apagada:

«*Solo florece lo que se recuerda*».

No la leyó como un lema. Ni la interpretó como un mensaje destinado a otro. La leyó como si fuese una respuesta a algo que no sabía que había preguntado.

El aire de la sala se movió con un susurro imperceptible, lo suficiente para rozarle la nuca con un calor improbable. Giró la cabeza, creyendo que alguna corriente se había colado por una rendija, pero las ventanas estaban herméticamente cerradas. El castillo permanecía en un silencio absoluto.

—¿Ha sentido eso? —preguntó en voz baja, como si temiera romper la atmósfera.

Meier pensó unos instantes. Miró el cuaderno, luego a Hoffmann, y finalmente al pasillo que quedaba más allá de la puerta.

—Rosenklang tiene su propia forma de acompañar a quienes lo escuchan. No es magia ni superstición. Es memoria y la memoria es una energía de presencia.

Hoffmann cerró el cuaderno con delicadeza, no para devolverlo a su sitio, sino para conservarlo un momento entre las manos, como quien sostiene una conversación íntima recién iniciada. Algo había cambiado en él, algo sutil pero definitivo, una sensación de que acababa de entrar en un territorio que no pertenecía solo al estudio académico, sino a un nivel más profundo de comprensión.

—¿Puedo llevármelo un par de horas? —preguntó, casi temeroso de recibir una negativa.

—Por supuesto —respondió Meier—. Los textos que esperan no son frágiles. Saben cuándo se les necesita.

Hoffmann salió al pasillo con el cuaderno apretado contra el pecho. Mientras avanzaba hacia la sala de lectura, sintió que la brisa cálida volvía a recorrer el corredor, como una presencia suave que no reclamaba atención, pero que tampoco se escondía. Al fondo, cerca del reloj antiguo que marcaba los pasos del castillo, un tic resonó con un tono más claro que de costumbre, distinto, casi alegre.

No necesitó mirar hacia atrás para comprender que algo, en ese edificio, seguía vivo.

Y quizás —pensó al abrir de nuevo el cuaderno— no era solo el castillo. Quizás era el jardín interior que cada lector, cada alma futura, llevaba consigo sin saberlo. Al pasar la página, sintió que el tiempo respiraba con él.

El eco de las rosas continuaba.

Nota final al lector

Si has llegado hasta aquí, ya conoces este jardín y sus espejos. Tal vez, has encontrado tu rosa negra.

Lo has recorrido despacio, quizá con preguntas o con silencios que no pedían respuesta.

Esta historia no se cierra con un sentido único. Como ocurre en los procesos verdaderos, algunas comprensiones llegan más tarde, otras no necesitan palabras. Lo importante no es lo que se ha explicado, sino lo que ha sido reconocido en uno mismo.

Si algo de este libro ha resonado contigo, tómalo como una señal amable. No para interpretar, ni para concluir, sino para seguir atendiendo aquello que en nuestro interior pide espacio, coherencia o cuidado.

Gracias por sostener la lectura sin prisa.

Gracias por permitir que los símbolos hicieran su trabajo.

Al salir de este jardín, los espejos no desaparecen. Caminan contigo.

Helen Flix

www.helenflixescritora.com

GLOSARIO DE LOS PROTAGONISTAS

Amsel, Herr Dietrich

Tutor de tesis en Viena, 58 años. Defensor férreo del patrimonio cultural austríaco y del psicoanálisis freudiano. Concibe la historia como un territorio que debe ser interpretado con rigor y respeto.

Bauer, Lukas

El ayudante, 20 años. Leal a Frau Greta, que lo trata casi como a un hijo. Vive entre fogones, reparaciones y silencios, aunque sueña con un mundo que comienza más allá de las cocinas del castillo.

Berger, Liselotte «Lisé»

Asistenta de hogar, 40 años. Discreta, obediente y profundamente supersticiosa. Observa más de lo que dice; su presencia pasa inadvertida, pero nunca es inocente.

Castillo — Schloss Rosenklang*

Situado en el Tirol austríaco, en el pueblo de Edelhain, a unos cuarenta minutos de Innsbruck. Rodeado de bosques de abetos y dominando un valle estrecho, vive bajo un clima húmedo y brumoso. El acceso se realiza por un camino empedrado casi olvidado.

Conocido como *El Castillo del Eco de las Rosas*, su nombre alude tanto a Sisí —las rosas negras, lo femenino— como a la música y a los ecos emocionales que resuenan en su historia.

Construido en el siglo XVIII y remodelado por deseo de Francisco José como refugio para Sisí. Ella lo habitó brevemente tras la muerte de Ludwig II. Durante ese periodo realizó sesiones con médiums bávaras, escribió poemas dictados —según creía— por Heinrich Heine y registró sueños y símbolos en un cuaderno oculto.

Tras su partida, el castillo quedó cerrado durante décadas. Fue conservado por ramas menores de los Habsburgo hasta principios del siglo XX y más tarde cayó en un prolongado semi abandono. Años después pasó a manos de una heredera excéntrica, la baronesa Verena von Heller, quien ha custodiado el archivo familiar con extrema discreción.

**El pueblo y el castillo son creación de la autora para la novela, fusionando el de Gödöllõ (Hungría) y el de Ambras (Innsbruck).*

Elisabeth, Emperatriz — «Sisí»

Poeta del alma y fugitiva del cuerpo. Encarna la tensión entre la carne que envejece y el espíritu que se resiste a hacerlo. Busca trascender los límites de la corte, del tiempo y de la razón a través de la belleza, la poesía y el contacto con lo invisible.

Hoffmann, Greta

Cocinera, 50 años. Para ella, la tradición, la familia y la comida son el centro de la vida. Defiende el orden de la cocina como si se tratara de un reino propio.

Hoffmann, Karl

Esposo de Greta, 58 años. Responsable de las obras y del mantenimiento de Schloss Rosenklang. Hombre práctico, silencioso, más cómodo entre muros y herramientas que entre palabras.

Lowell, Dra. Margaret

directora de la tesis de Clara, 60 años. Psicoanalista junguiana, especialista en arquetipos femeninos y en el poder de lo simbólico dentro de las narrativas culturales. Profesora en la Universidad de California.

Ludwig II

Rey de Baviera. Osciló siempre entre el deber de ser rey y el deseo de ser un soñador anónimo. Entre el esplendor de sus castillos y la ruina económica y emocional que estos provocaron. Entre la lucidez poética y la sospecha de locura.

Meier, Herr Hans

Mayordomo, 58 años. Respeto absoluto por la tradición y la jerarquía. Cree firmemente que el orden es la base de toda estabilidad.

Von Heller, Verena

La baronesa. Edad indefinida, entre los 55 y los 60 años. Custodia del linaje y defensora de la nobleza como guardiana de la cultura. Vive más entre documentos y memorias que en el presente.

Weiss, Clara

Protagonista, 34 años. Estadounidense, nieta de un emigrante alemán. Psicóloga clínica especializada en trauma e historia emocional. Investiga cómo la construcción de la imagen pública moldea la psique de las figuras históricas, sin sospechar hasta qué punto esa búsqueda la implicará personalmente.

[1] El Melange es una bebida de café, más concretamente un café vienés similar al capuchino, que se prepara con un expreso, leche caliente y espuma de leche por encima. Es una especialidad tradicional de Viena, Austria; su nombre proviene de la palabra francesa «mezcla». Y el Wiener suppentopf es una sopa, a menudo elaborada con ingredientes como carne (especialmente ternera o cerdo), verduras (zanahorias, puerros, apio) y patatas. Servida en una olla y acompañada de pan.

[2] Spiegel, significa espejo.

[3] Carmen Sylva, seudónimo literario de la Reina Isabel la reina consorte de Rumania

[4] El pueblo Edelhain y el castillo Rosenklang, son creación de la escritora, fusionando el castillo de Gödöllõ (Hungría) y el castillo de Ambras (Innsbruck).

[5] Achilleion, cerca de Corfú, Grecia.

[6] La liminalidad es un estado de transición, un «umbral» o «frontera» entre dos situaciones, etapas o estados de existencia, que puede ser tanto físico como mental. Se refiere a un período de ambigüedad y cambio, donde se ha dejado algo atrás, pero aún no se ha llegado a lo siguiente.

[7] El alma es mi lámpara

[8] Una «carpeta miscelánea» es una carpeta que contiene documentos variados de los que no se conoce con certeza su origen o que corresponden a asuntos inactivos o de comunicación poco frecuente. Su propósito es organizar y almacenar temporalmente o indefinidamente la correspondencia y documentos que no ameritan una carpeta individual debido a su naturaleza mixta o a la falta de un criterio de organización claro.

[9] Capítulo 9

[10] Es una palabra francesa que significa **«tocado»** y se usa coloquialmente para reconocer que un oponente te ha superado con un argumento ingenioso o una respuesta inteligente, admitiendo que «ganó» ese punto en una discusión, similar a decir «me has ganado» o « tienes razón»

[11] La palabra «contraparte» se podría cambiar en psicología junguiana por términos más específicos que reflejan la naturaleza de la oposición, como **«**ánima/ánimus**»** para el arquetipo de lo masculino/fem. inconsciente, **«**sombra**»** para la parte reprimida o «enantiodromía» para el principio de inversión de opuestos. Estas alternativas son más precisas porque Jung utilizó términos técnicos para describir las dinámicas psíquicas de manera más matizada que el simple concepto de «contraparte»

[12] En la psicología analítica de Carl Jung, este concepto es central y se relaciona con el proceso de individuación, que es la integración de los aspectos conscientes e inconscientes para alcanzar la totalidad del ser.